

Índice

Portada
Índice
Dedicatoria
Cita
Capítulo 0
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39

Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Nota del autor
Biografía
Créditos
Click

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita

Planetadelibros.com

y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

*A mi ciudad y a su gente.
A Eli. Y a Mónica*

Un lugar malvado atrae a personas malvadas

S. K.

Capítulo 0

La luz se encendió de pronto y la súbita claridad le hizo daño. Llevaba tanto tiempo a oscuras que se había olvidado de que tenía los ojos abiertos. Estaba tirada en el suelo, desnuda. Las lascas de cemento y un frío helado se clavaban en su cuerpo. Probablemente tuviera una pierna rota.

Una mano agarró su brazo y tiró de ella con violencia. No podía ver nada más que fluorescentes sucediéndose uno detrás de otro y paredes grises. Alguien la arrastraba por un pasillo interminable desgarrándole la piel de la espalda. Sus gritos no sirvieron de nada. Otros gritaban más fuerte.

Tres escalones le trajeron la oscuridad de nuevo. También hicieron crujir su cadera. Las punzadas de dolor se multiplicaban. La sentaron en una silla y escuchó el chirrido de las patas metálicas de un taburete arañando el suelo. Se encendió entonces una bombilla frente a ella. El viejo la estaba mirando. Sonreía.

El tipo acercó sus manos al cuerpo de la chica y la palpó de arriba abajo. Respiraba con dificultad emitiendo un gruñido molesto, asmático. De vez en cuando hacía un chasquido nervioso con la lengua, como si quisiera despegarse un caramelo de los dientes.

Aquella piel, tan lisa y morena, le gustaba, pero tenía demasiados arañazos. Los miembros eran largos, escuálidos: no le servirían. Le llamaba la atención el pelo, quizá lo utilizara más tarde. Se permitió un segundo para pensar con qué cuchillo arrancárselo sin producir demasiados desperfectos en el rostro.

No obstante, lo que codiciaba de ella eran sus ojos. Esos sí los quería. El viejo acercó un punzón al globo ocular.

Capítulo 1

El hombre intentó levantarse, pero, una vez más, cayó sobre el asfalto.

Aunque aún no la recordara, la paliza había sido brutal. El lado derecho de su cuerpo estaba completamente entumecido, era posible que tuviera la pierna y el brazo fracturados. No sabía cuántas horas llevaba tirado en aquella cuneta; sin embargo, presentía que, si no lograba levantarse, iba a ocurrir algo horrible. Decidido a continuar, se giró sobre sí mismo y gateó hasta el quitamiedos.

Aferrándose a la valla metálica consiguió al fin erguirse.

Se encontraba en lo alto de una loma. Abajo, el océano rugía reventando contra las rocas del acantilado. El hombre apoyó los dos pies en el barro y se esforzó en seguir ascendiendo por la carretera. Mientras lo hacía, le asaltaban imágenes desenfocadas, ruidos y una marea confusa de voces.

«El viejo, busca al viejo.»

Tuvo que detenerse para recuperar el aliento. Apretó los párpados y maldijo en los dos idiomas que conocía. Debía recordar, tenía que hacerlo. Finalmente, sus rodillas cedieron y se desplomó de nuevo.

«Matt.»

El grito de una mujer acudió a su mente. Reunió fuerzas y, con dificultad, se ladeó para apoyar en la tierra el brazo sano. Un camino sin asfaltar se abrió ante sus ojos, un sendero embarrado que desaparecía tras un recodo. Se arrastró hasta ponerse de pie junto a la pared de roca que bordeaba el precipicio, con la mirada fija en la penumbra donde se perdía de vista el camino, como si desde allí le llegaran palabras y recuerdos que su mente no era todavía capaz de ordenar. La mujer, los disparos, el viejo...

«Corre, Matt, corre.»

Un extraño sonido interfería entre todas aquellas voces repitiéndose constantemente como el estribillo de una canción infantil. Un chasquido húmedo, pegajoso.

Entonces su mente lo reprodujo al fin con todo el horror que contenía. Sus músculos se tensaron.

«¡Yetch!»

Las piernas volvieron a flojearle y, extenuado, se arrodilló de nuevo en la cuneta. El dolor era insoportable, pero ahora ya sabía qué le había llevado allí, sabía quién era y, lo más importante, sabía que apenas le quedaba tiempo.

Un rugido metálico quebró el silencio. En la carretera, varios metros más arriba, la reja de seguridad de un local acababa de ser abierta.

El policía se levantó y se dirigió hacia ella.

Capítulo 2

Linda tenía nueve años el día que murió. Hasta entonces todo había sido normal.

Capítulo 3

Cuando Isaac se atrevió a abrir los ojos, la estancia seguía a oscuras. Llevaba tantas horas durmiendo que pudo sentir el grasiento chasquido de los párpados al despegarse. Le dolía terriblemente la cabeza, como si en el siguiente latido amenazara con romperse en mil pedazos. No obstante, la jaqueca no le había despertado, sino el olor. El olor que despedían los demás.

No sabía cuántos eran, cuántos habría encerrados allí con él, pero podía oír sus lamentos y el goteo persistente de la sangre cayendo sobre el suelo. Y, aunque apenas alcanzaba a ver lo que sucedía a su alrededor, estaba seguro de que él iba a ser el próximo.

Una vez que sus pupilas se acostumbraron a la penumbra, observó que un resquicio de luz se colaba en la habitación desde su espalda, una débil franja de claridad azul que cruzaba el cemento desnudo y se perdía en la oscuridad, al fondo. Con su ayuda, Isaac empezó a intuir las siluetas de los otros. Habría media docena, tal vez más, rodeándolo, colgados como él de los ganchos del techo. Pero no podía verlos a todos porque era incapaz de darse la vuelta.

Isaac reconoció a su derecha dos cuerpos que se agitaban entre pesadillas. Uno de ellos era el de la mujer a la que un rato antes, imposible saber cuándo —la última vez que había estado despierto, le habían cortado el antebrazo. Al ver el reguero de sangre que se deslizaba por su costado, Isaac quiso gritar, pero la voz se negó a salir de su garganta. ¿Dónde estaban sus pulmones? Apartó la vista y trató de alejarse de la inútil claridad que le mostraba el horror en el que había despertado. Solo consiguió apartar el rostro, el resto de su cuerpo no se movió siquiera.

¿Dónde estaba el resto de su cuerpo?

La cabeza seguía doliéndole como si un clavo retorcido le rasgara el cerebro, pero eso era todo. Su sentido común se empeñaba en buscar una explicación a la ausencia de otro dolor que no fuera aquel, avivando de manera desmedida su miedo. Isaac lo comprendió al intentar inútilmente mover las manos, al querer doblar una rodilla. Las lágrimas brotaron de sus ojos cuando al fin entendió que estaba muerto de cuello para abajo.

Minutos después escuchó un rumor de pasos entre la maraña de quejidos. Alguien se acercaba por un interminable pasillo hacia la habitación. Cada vez sonaban más fuerte, como una siniestra amenaza que repica entre las paredes en un ascenso visceral y desquiciante. Cuando parecían más cerca fueron interrumpidos por un áspero carraspeo al que siguió un desagradable chasquido como el que produce la lengua al intentar deshacerse de un chicle que se ha adherido al paladar: «¡Yetch!». Al oírlo, los que seguían conscientes empezaron a gritar, intentando en vano sacudir sus cuerpos inertes para zafarse de los ganchos.

El corazón de Isaac también latía desbocado, tronando contra los músculos muertos de su pecho. El hombre irrumpió en la penumbra y cruzó entre los cuerpos hasta perderse en la oscuridad absoluta del fondo de la habitación. Encendió un flexo al otro lado, una sucia y poco potente bombilla que crepitó con un chirrido antes de iluminarse del todo. Zumbaba como un avispero mientras apenas dejaba caer su luz anaranjada sobre un escritorio desordenado y un par de estanterías metálicas cargadas de libros y herramientas.

Para Isaac aquello no podía ser más que una pesadilla.

El hombre salió de la habitación, aunque regresó enseguida; y cuando pasó junto a él pudo ver que en una mano llevaba la mitad de un brazo humano. El vómito se agolpó en la garganta del chico que, horrorizado, se esforzó por tragar y restablecer el ritmo de su respiración. El tipo se acomodó entonces en el escritorio y pasó unos minutos revolviendo entre sus herramientas. Los condenados no dejaban de gritar. Isaac no podía quitárselos de la cabeza; empleaba toda su concentración en mantenerse sereno, en no pensar, en imaginar que no estaba allí y que nada

de aquello estaba sucediendo, pero los chillidos atravesaban su armadura y desquiciaban sus nervios.

Rebuscaba en su mente recuerdos que le ayudaran a no dar forma a los sonidos que estaba escuchando. Metales, láminas de aluminio chocando entre sí. El silbido de las hojas de un libro yendo de un lado a otro. El hombre trabajaba en silencio, de espaldas a él. El tipo se inclinaba sobre su escritorio y hojeaba con atención un libro ajado apoyado en un atril junto al miembro inerte.

El chico apretó los párpados y tragó un nudo de saliva. Cerca de él la joven del brazo amputado gemía en silencio. Isaac no pudo evitar recordar sus gritos y el crujido astilloso de sus huesos al partirse cuando aquella bestia le extirpó la extremidad aún sin acabar de cortarla. La había operado deprisa y mal, casi a oscuras, como si no le importara el resultado, y se la había arrancado de cuajo cuando ya no tuvo más ganas de seguir cortando.

Los gritos crecían hasta hacerse ensordecedores, pero aquel hombre parecía ajeno a ellos, acostumbrado a oírlos de día y de noche, una vez que las drogas que inyectaba a sus presas dejaban de hacer efecto. Isaac se esforzaba por ignorarlos conteniendo la respiración y manteniendo a raya el pánico para que ningún gesto lo delatara e hiciera notar que no estaba dormido. Escuchaba con horror los murmullos que emitía su captor silabeando, masticando las palabras que leía en aquel volumen manchado de sangre.

La agónica espera despertaba en Isaac una morbosa inquietud, así que volvió a dejar que su párpado se levantara apenas un milímetro. La mortecina luz incidía de lado sobre el hombre. Vestía un mono de trabajo oscuro y sucio. Sacó de su bolsillo una manzana y la mordió con ansia, sujetándola con sus dedos roñosos mientras comparaba las ilustraciones del manual con el despojo amputado que descansaba sobre la mesa. Los extremos partidos del cúbito y el radio asomaban blancos como trozos de marfil entre la carne desgarrada.

Sin embargo, no era el antebrazo de la muchacha. Isaac pudo distinguir que este era mucho más velludo y fuerte; sin duda, el de un hombre.

El tipo colocó la extremidad amputada a un lado, tomó de uno de los estantes una grasienta caja de plástico y empezó a rebuscar en ella hasta que sacó una alargada y retorcida aguja de coser cuero y un carrete de hilo. Tras hojear nuevamente el manual, puso la manzana y la aguja sobre la mesa y se acercó con el antebrazo en la mano hacia su colección de cuerpos colgantes. Pasó junto a Isaac, aunque pronto lo dejó atrás con grandes zancadas, deteniéndose en la penumbra frente a la muchacha herida. Agarró su muñón y le colocó debajo el trozo amputado, girándolo hasta hacer que encajaran. Isaac no podía torcer tanto el cuello como para distinguir lo que hacía, pero le escuchaba murmurar, quejarse, escupir su repugnante y horrible tic. «¡Yetch!»

«No sirve», le escuchó decir. De pronto, el hombre regresó de la oscuridad y se dirigió a su escritorio farfullando una maldición, tiró el trozo de extremidad contra el rincón haciéndolo rebotar como un trozo de goma y después miró a Isaac. Lo miró fijamente, como si acabara de recordar que seguía ahí.

Sin mediar palabra, empezó a caminar hacia él.

El chico sintió de pronto una bofetada de horror sacudiéndole el rostro. El aire quedó atrapado en su garganta como una enorme pelota de lana reseca y rugosa. Intentó moverse, pero ninguno de sus miembros respondía. La respiración húmeda del anciano golpeó los párpados de Isaac. Oía a tabaco amargo. En ese momento decidió abrir los ojos: le descubrió examinando su brazo, girándolo a un lado y a otro.

Se mordió la lengua para no gritar.

Entonces el hombre asintió, se incorporó y, sonriendo, le miró a los ojos. Isaac pudo ver entonces su mueca desdentada. El anciano chasqueó la lengua y le tiró con fuerza del brazo para llevarlo hasta la mesa arrastrándolo por el carril del que pendían los anclajes. Isaac

apretaba los ojos para no mirar, sentía la sal de las lágrimas mezclándose en su boca con el sabor amargo de la sangre. Por alguna razón aún se mordía la lengua: seguía empeñado en que no le oyera gritar. El viejo detuvo el cuerpo junto al flexo y pudo ver el resto del escritorio. Estaba repleto de trozos de hueso, pedazos de carne y tendones, como en un mercadillo macabro. El tipo soltó el brazo, que se balanceó a su costado como el péndulo de un antiguo reloj, retrocedió dos páginas del libro y se estiró para coger algo de la estantería. A continuación, se giró hacia Isaac con una mugrienta sierra de hierro en la mano y lo agarró por el codo.

Cuando el viejo volvió a chasquear la lengua, Isaac olvidó la suya y empezó a gritar.

Capítulo 4

—Mierda...

El maldito despertador le reventó los tímpanos justo antes de que lo lanzara contra la puerta del armario. No recordaba haberlo programado tan temprano. Se arrancó las sábanas como tiras de piel arrugada y se sentó en el borde de la cama apretándose la cabeza con las manos.

Una botella vacía de vodka rodó por la moqueta, empujada por un pie que tanteaba el suelo buscando las zapatillas. Matt la observó perderse debajo de la cama. Harto de buscar, decidió levantarse descalzo. Al apoyarse en el colchón para ponerse de pie, recordó la herida del antebrazo. La puta bala había salido, esa era la noticia buena; la mala era que le habían cosido el agujero con el culo y no había manera de que dejara de sangrar. Ahora la venda estaba sucia y pegada a la herida, formando un desagradable emplasto de sangre seca.

Cuando se levantó, toda la habitación empezó a darle vueltas al ritmo del inútil ventilador del techo. Tuvo que volver a sentarse. Hacía demasiado calor. Se frotó el cabello, corto y sucio como un cepillo viejo, y se tragó dos aspirinas del frasco que siempre tenía sobre la mesilla. Después se dirigió a la ventana y subió las persianas para que entrase un poco de aire. Estaba siendo el final de verano más caluroso de los últimos años.

—Mierda...

Abandonó la ventana y se dirigió al montón de ropa apilada a los pies del armario, revisó sus vaqueros y encontró la petaca. Tanto calor le había dado sed.

—Ah, no, eso se acabó. —Susie irrumpió en la habitación desbordando una alegría que a Matt le sentó como una patada en la boca. «Mi resaca...», pensó. Ni siquiera se molestó en cubrir su cuerpo desnudo ni en contestar a la mirada de reproche que le dedicó la chica cuando vio la colección de botellas vacías en el suelo—. Me prometiste que eso ya se había terminado...

Matt devolvió el tapón a la petaca y la tiró al suelo junto a la ropa. Susie se acercó a él ignorando su desnudez y le plantó un beso en la mejilla.

—Deberías afeitarte.

Susie era tan morena como lo había sido su madre; de hecho, ni siquiera parecía hija suya, pero ese era un tema zanjado. A todos los efectos, Susie era su pequeña. Había sacado, además, los ojos de su familia, por lo que no cabía duda.

Una negrita con los ojos grises era algo que no solía pasar desapercibido. Eso le sacaba de quicio. Aunque lo peor era que la niña estaba creciendo. Esa mañana llevaba un vestido claro que ceñía demasiado una figura que ya no era infantil, y aunque Matt hacía tiempo que sospechaba que salía con chicos y tonteaba con drogas, sabía también que hacía mucho que había perdido todo control sobre ella.

—¿Es que no sabes llamar a la puerta? —le recriminó. Su voz, mezclada con el alcohol, sonaba muy poco convincente.

—No tienes nada que no haya visto antes —canturreó ella.

—No me lo recuerdes —gruñó Matt—. Todavía soy tu padre.

Capítulo 5

El agua fría se deslizó entre las heridas de la espalda y del pecho empapando la venda del brazo, así que Matt tiró de ella y se arrancó lo que quedaba del apósito, haciendo que la herida volviera a sangrar. Cerró el grifo enseguida y salió de la ducha para secarla y cubrirla de nuevo con una gasa. El vendaje tenía mucho mejor aspecto. Despejó con la mano el vaho del espejo y cogió la cuchilla de afeitar. Le llamaron la atención sus propios ojos, tan grises como los de su hija, reflejados en el cristal. Unos ojos cansados, viejos, aguados por el calor y el vodka. Entre los pelos rojos de la barba se adivinaban las diminutas cicatrices de las quemaduras que sufrió en aquel incendio. Susie era muy pequeña cuando ocurrió. También tenía marcas en el costado y en el muslo. En realidad ya no le dolían, pero seguían ahí para recordarle las palabras de su hija.

Dejó la cuchilla sin usar a un lado y se puso unos pantalones. Ya se afeitaría. Cuando bajó a desayunar, Susie ya se había marchado. Mierda. No era solo igual que su madre en el color de la piel, y eso que era lo único bueno que la niña había sacado de aquella zorra. Matt la conoció a finales de los ochenta en Dublín. Ella trabajaba como niñera de una familia irlandesa y hacía pocos meses que había llegado de España. Morena, caliente y latina, embrujó fácilmente al policía paleta. Un embarazo que no fue por accidente dio con el pelirrojo en las islas Canarias buscándose un lugar en el sistema policial español. Al poco de nacer Susie, aquella bruja le hizo la única herida que aún no había podido cicatrizar.

La nota decía: «Ya no te soporto». Nada más.

Desde entonces había criado solo a su hija, aunque, demasiado a menudo, ella parecía olvidarlo.

El teléfono móvil del policía empezó a sonar debajo de los papeles que tapizaban el sofá del salón. El sonido enlatado de *Stairway to Heaven* naufragó bajo un mar de informes hasta que Matt dio con el aparato. Todavía no eran las nueve de la mañana, así que no necesitaba mirar la pantalla para saber quién le estaba llamando. Dejó terminar la canción y cuando escuchó el pitido de mensaje recibido llamó a su buzón de voz. Activó el altavoz y dejó caer el móvil otra vez sobre los cojines. Segundos después, la voz empezó a hablar.

—Mierda.

Capítulo 6

Linda tenía nueve años el día que murió. Pronto habría cumplido los dieciocho.

Damián, su padre, no podía quitarse esa idea de la cabeza. Recordaba vívidamente el instante en que el doctor había certificado su muerte, el momento en el que aquel guardia de seguridad le obligó a soltar la mano helada de su hija y salir de la habitación. No había sido capaz de luchar contra la enfermedad, la misma que se había llevado a su madre unos años antes. Sin embargo, ahora Damián ya había decidido que nada podría arrebatarse a su pequeña.

Los pensamientos horribles lo acosaban siempre en noches solitarias como aquella, escondidos entre el zumbido de las luces halógenas y el rumor del generador eléctrico, sobre todo cuando las piezas que guardaba en el taller dormían bajo los efectos del suero. Pasaba las horas tumbado en el catre de su cubículo mirando la oscuridad del pasillo, esperando a que Linda apareciera de repente y corriera a darle un beso.

Porque Linda estaba viva. Y pronto iba a ser su cumpleaños. Linda estaba en casa, esperándolo, esperando a que terminara su regalo. Un regalo que iba a ser perfecto.

A Linda le encantaban las muñecas. Las retocaba siempre junto a su padre para hacerlas más bonitas. Les ponían otra ropa, les cambiaban el pelo... Partes de una le podían quedar mejor a otra, igual que podían unirse para formar una muñeca mejor. Jamás desechaban ninguna, porque cuando alguna parecía estropeada, su hija lo buscaba en cualquier lugar y con aquella mirada tierna le pedía que se la arreglara. Entonces se encerraban juntos durante horas en el taller. Con la pequeña sentada en las rodillas de papá, cortaban, cosían, pegaban y pintaban hasta conseguir la más bonita de las muñecas, aun mejor que una nueva, y esa sonrisa en el rostro de su hija le hacía sentir grande, satisfecho, le ayudaba a olvidar las penurias y a creerse útil. Hacerla feliz era su dicha. Linda era todo lo que le quedaba después de la muerte de su esposa. No había dejado de regalarle muñecas durante todos esos años. Solo que ahora, con más medios, le podía conseguir muñecas mejores, más reales, muñecas que casi parecían vivas. «Linda...», suspiró Damián a un paso del sueño. Hacer muñecas mantenía unida a la familia.

Por eso también era natural que en el cumpleaños de su mayoría de edad su regalo tuviera que ser el mejor de los que jamás le hubiera hecho, el más importante. Tenía preparada para ella una gran sorpresa, lo que siempre quiso: una enorme y preciosa casa de muñecas.

Había elaborado el diseño al milímetro y dedicado muchas horas a la preparación de cada detalle. Ahora que la fecha se acercaba, ya tenía preparadas la mayor parte de las muñecas. No resultaba fácil conseguir las piezas; de hecho, era bastante arriesgado y él lo sabía, no estaba loco, sin embargo, también era cierto que aún no tenía suficientes. Hacían falta más, muchas más.

Los gritos lo despertaron poco después del alba, señal de que el suero había dejado de hacer efecto. Se incorporó y encendió la luz de los pasillos; las lámparas halógenas empezaron a zumbar por los túneles como un enjambre de abejas desatado. Cuando llegó a la habitación, algunos ya se habían despertado, así que los sedó de nuevo y, tras cambiarse de ropa, se marchó a casa. Su jornada de trabajo empezaba en menos de dos horas.

Una vez en su piso, entró en el vestíbulo y dejó las llaves sobre la mesita. Echó un vistazo a la habitación de Linda, donde todo seguía tal y como lo había dejado, y preparó el desayuno. Después se duchó y se vistió con el uniforme de Guaguas Municipales. Cada mañana seguía la misma rutina.

A las ocho y media en punto estaba tocando en la puerta de su supervisor en la estación de San Telmo.

Se subió a su autobús y encendió el motor.

Capítulo 7

La ciudad era pequeña. Pequeña y condenadamente caliente. *A bloody small town*, como hubiera dicho su padre, un policía irlandés de pura cepa. Además, estaba llena de gente. Y aunque contaba con uno de los más eficientes departamentos de policía del país, pasaban cosas. Matt podía dar fe de ello.

La llamada del comisario para enviarlo a investigar un coche abandonado no le había hecho ni puta gracia. El vehículo estaba cerrado a cal y canto. Lo habían aparcado en la cuneta, al borde del barranco, en una de las carreteras menos frecuentadas de la ciudad que unía la zona alta en plena expansión con el sector marítimo del auditorio y los barrios de la playa. Se trataba de un turismo azul marino con dos ruedas reventadas. Un par de policías trajeados husmeaban en su interior a través de las ventanillas.

Matt aparcó su viejo coche al otro lado de la carretera y se bajó sin apagar el motor, no fuera que después no lograra ponerlo en marcha. Hacía tanto calor que el asfalto despedía un inquietante olor a plástico quemado.

El irlandés cruzó la calzada y saludó con la cabeza a los dos agentes. Él, que solo llevaba vaqueros y camisa, no entendía cómo aquel par de maderos podía respirar dentro de sus rígidos trajes sin vomitarse encima.

—¿Por qué me han llamado para esto? —protestó acercándose al más viejo.

—¿No buscabas un coche nuevo? —contestó uno entre risas.

Era Adolfo Ruiz, inspector de homicidios. Matt se preguntó qué se le había perdido al departamento de fiambres en aquella cuneta.

—No veo ningún cadáver —apuntó ignorando el comentario.

—Por eso te hemos llamado.

El segundo policía se apellidaba Ríos, aunque Matt ni siquiera recordaba su nombre. Era más alto y bastante más joven que Ruiz, y cuando terminó de examinar el vehículo se unió a ellos.

—Hola, Rojo —lo saludó estrechándole la mano. Un instante después, una Kangoo gris se detuvo detrás del coche de los policías y Ríos la señaló con la cabeza—. Aquí llega el cerrajero.

Un tipo sobrado de peso se bajó de la furgoneta y con aire cansino se dirigió a hacer su trabajo mientras Ruiz ofrecía a Matt un cigarrillo.

—No fumo —gruñó el irlandés.

Observaron en silencio los progresos del cerrajero y cuando a los pocos minutos consiguió abrir la puerta, Ríos se introdujo en el coche con unos guantes de látex y un paquete de bolsas de plástico.

—Bien, cuéntame algo —dijo Matt al inspector Ruiz mientras su compañero examinaba el interior del vehículo.

—De acuerdo. —Ruiz abrió con un gesto las tapas de su libreta, se mojó con la lengua la punta del dedo índice y pasó un par de páginas—. Volkswagen Polo del noventa y cinco, sin multas ni impuestos pendientes. No tiene marcas de haber sido forzado ni manchas de sangre. Pertenece a Isaac Jiménez, de veinticuatro años, estudiante de Medicina. La familia denunció su desaparición hace dos días, pero hasta hoy no habíamos encontrado su coche. Vinimos pensando que el cuerpo estaría dentro o, en todo caso, en los alrededores, pero no hemos dado con él.

—Ya, ahí es donde entro yo... El policía cerró su cuaderno.

—Es tu campo, ¿no?

—Supongo...

Matt chasqueó la lengua y rezongó por lo bajo. Estaba hecho polvo. Le dolía la cabeza y sentía un desagradable zumbido en los oídos que le rebotaba de una sien a otra. Intentó examinar el

entorno, aunque al instante se dio por vencido.

—¿Una mala noche? —preguntó Ruiz.

—Vete a la mierda —replicó el irlandés, engullendo dos aspirinas—. Oye, dime dónde coño estamos.

El inspector sonrió.

—Esta es la antigua carretera que llevaba al norte, la llamaban la carretera de Chile. Antes había que cogerla inevitablemente para subir a Las Torres, al cementerio y hasta para ir a Arucas, pero desde que hicieron la circunvalación no la utiliza ni Dios.

—No es un sitio muy popular, ¿verdad?

—Pues no. Si acaso pasan por aquí los que quieren unas buenas vistas de la ciudad o las parejas que buscan... Bueno, ya me entiendes, quedarse a solas.

—Ya... Aparte de los que viven por aquí...

—Claro, esos también. De hecho nuestro amigo Isaac vivía en Siete Palmas. —Ruiz pasó otra hoja de su bloc comprobando los datos—. Esta carretera lleva hasta allí, aunque en algún momento se bajó del coche y no llegó a casa.

—Cuestión de neumáticos —apuntó Matt señalando el par de reventones que lucía el Volkswagen.

—Eso parece —añadió Ruiz—. El caso es que aquí le perdemos la pista. Matt y el inspector se acercaron al coche. Ríos estaba terminando el registro.

—Un paquete de chicles, otro de toallitas, un folleto del Carrefour y un euro setenta en monedas sueltas —detalló emergiendo del interior del vehículo.

—¿Nada más? —preguntó Ruiz.

—Bueno, los papeles del coche y algunos cedés.

—Qué tío más soso —apuntó Matt.

—Bueno, ahora es todo tuyo —contestó sonriendo el inspector.

—Ya veo...

—Sí, este tiene pinta de ser de los tuyos —concluyó el agente Ríos.

Los policías volvieron a cerrar el coche. Ríos estaba llamando al depósito para que fueran a buscar el Polo mientras Ruiz pasaba a limpio sus notas para entregárselas a Matt. Este miraba a su alrededor, ausente.

—Toma, Rojo —dijo el inspector, entregándole una delgada carpeta azul con el escudo de la Dirección General de la Policía serigrafiado en la cubierta—. Esto es para ti.

—¿Adónde lleva ese camino? —preguntó el irlandés mientras señalaba con el brazo una estrecha carretera mal asfaltada que unos metros más arriba se internaba en el barranco hasta perderse detrás de la montaña.

—¿No lo sabes? —comentó Ruiz frunciendo el ceño a la vez que miraba más allá de la escarpada ladera—. Al antiguo acuartelamiento Manuel Lois. —Matt le miró como si no entendiera—. Solía ocuparlo la Marina, pero ya hace tres o cuatro años que está cerrado.

—Ahora se usa para competiciones de botellón —añadió Ríos llegando junto a ellos—. A ver quién es capaz de dejar más basura.

—También para impresionar a las chicas —continuó el inspector—. Ya sabes cómo va, los chiquillos juegan a hacerse los valientes colándose de noche en los cuarteles y metiéndose por los túneles.

—¿Túneles? —preguntó Matt. Los policías se encogieron de hombros.

—Hay todo un mundo subterráneo ahí abajo.

Matt se quedó de pie hojeando las notas de Ruiz mientras los dos agentes subían a su coche y arrancaban el motor. El inspector iba al volante y giró para acercarse a él antes de irse.

—Buena suerte, Rojo, nos vamos. —El irlandés asintió sin levantar los ojos. Ruiz lo conocía bien. Lo observó durante unos segundos, preocupado—. Oye, Matt, ¿qué tal la niña?

El policía dejó de leer y miró al inspector por encima de las gafas de sol, sin evitar el esbozo de una sonrisa amarga.

—Bien, bien. Cada vez mejor —dijo.

—¿Seguro?

Matt resopló, no quería hablar de ello.

—Bueno, ya sabes, nos vamos adaptando...

—Chicos, ¿verdad?

Chicos, *piercings*, alcohol, drogas... Ruiz tenía dos hijas mayores que Susie, sabía bien cuáles eran las preocupaciones que podían acosar a Matt cada noche.

—Sí, algo así.

El viejo inspector sonrió mientras daba la vuelta con el coche.

—Es la peor edad —aseveró—. Tranquilo, lo estás haciendo bien.

Ruiz le guiñó un ojo antes de que su coche se perdiera carretera abajo hacia el barrio de Guanarteme.

—Vete al carajo —murmuró Matt.

El policía echó un último vistazo al interior del Polo y después se asomó al acantilado que gobernaba la playa y el nuevo auditorio. Subió a su tartana y arrancó con la intención de dirigirse al norte, subiendo hacia los barrios de Las Torres y Siete Palmas, donde vivía la familia del chico. Sin embargo, no había recorrido todavía quince metros cuando tomó una curva cerrada a la derecha y se encontró de frente con una parada de guaguas. Detuvo el coche. La carretera seguía ascendiendo, pero lo importante en aquella curva era, sin duda, la parada.

Matt se rascó la cabeza y tomó nota en una de las hojas de la carpeta de Ruiz.

En el coche de Isaac había dinero. Si tenía las dos ruedas pinchadas, ¿por qué no había vuelto a casa en autobús? Matt cruzó la calzada y paseó hacia abajo; una vez en la curva, pudo ver el Polo de Isaac esperando a que llegaran del depósito municipal. Si el chico tomaba esa carretera cada día, sabría de sobra de la existencia de una parada a pocos metros del accidente. Según el inspector, su familia no sabía nada de él desde hacía ya cuarenta y ocho horas. Si no le sacaron del coche a la fuerza, Matt estaba seguro de que habría cogido el autobús. Lo que estaba claro era que, si lo hizo, no fue para regresar a casa.

Capítulo 8

Hacía mucho calor ese día. Damián estaba sentado en una terraza de la calle Triana. Tenía sobre la mesa su segundo café con leche y una libreta repleta de apuntes y garabatos a bolígrafo, uno de los mil cuadernos de notas donde constantemente rediseñaba su gran obra. Quedaban pocas semanas para el cumpleaños de Linda y no quería dejar nada al azar.

Damián sabía que ya no era un chaval, que cada vez le costaba más trabajo llevar las piezas al taller, vencer su resistencia, cargar con ellas y subirlas a los ganchos. Además, sabía también que su método de recolección no era precisamente el más discreto y, si bien había funcionado hasta entonces, era cuestión de tiempo que cometiera algún error y acabaran por descubrirle. El cansancio y la rutina le harían confiarse, se volvería descuidado, y no se podía arriesgar a que dieran con él y se lo llevaran. ¿Quién cuidaría de Linda entonces?

Por todo eso había marcado ese dieciocho aniversario en su calendario como el final de una etapa. Linda era mayor, se había convertido en una mujer y ya no tenía edad de jugar con muñecas.

«Quizá alguna de vez en cuando», pensó Damián sonriendo.

Esa mañana estaba enfrascado en diseñar la colocación de cuatro muñecas que estarían sentadas en torno a una mesa de té, como en la Inglaterra victoriana. Llevarían guantes de hilo y pabela, y sujetarían las tazas con el dedo meñique en alto. A Linda le iba a encantar.

Cuando levantó la mirada de su bloc, la camarera estaba de pie junto a su mesa e intentaba decirle algo.

—Perdona, hija —dijo cerrando rápidamente su cuaderno. Aquel regalo era solo para Linda.

La muchacha sonrió.

—Le preguntaba si quería tomar algo más.

Damián echó un vistazo a su taza de café. Justo entonces, la alarma de su reloj de pulsera le recordó el final de la hora de descanso.

—No te preocupes, preciosa —contestó ceceando. Su voz sonaba áspera, cansada, desagradablemente nasal y se atropellaba con algunas consonantes. Pronunciaba despacio, como si la falta de práctica le dificultara el habla—, tráeme solo la cuenta.

Damián regresó a la estación de guaguas intentando esconder una sonrisa. Se sentía con ganas de trabajar en el taller esa noche. Además, por alguna razón presentía que aquel iba a ser un día realmente provechoso.

Bajó las escaleras hacia el interior de la estación y atravesó la zona de los andenes hasta su vehículo. De camino se cruzó con dos de sus compañeros que charlaban junto a la máquina expendedora hojeando con interés el periódico. Aunque su incipiente sordera no le permitía escuchar lo que estaban diciendo, sí pudo ver las fotos y leer el titular del artículo que comentaban. Un joven había desaparecido. En una fotografía se veía un coche azul estacionado en la cuneta; en la otra, el rostro de un chico que le resultaba bastante familiar.

En la parada de su línea ya había gente esperando, aunque estaba seguro de que no llegaba tarde. En cuanto encendió el motor empezaron a subir los pasajeros. Dos ancianas con bolsas de la compra, un tipo de traje oscuro con maletín, un grupo de universitarios que regresaban a casa y, justo antes de salir, una pareja de chiquillos con gorra, pendientes en la ceja y ropa informal. No quería de esos en su regalo para Linda y los demás tampoco le servían, así que tendría que esperar. Sacó el autobús de la estación y empezó su recorrido, confiando en que a lo largo de la tarde tendría la oportunidad de recoger a alguien más interesante. Estaba

convencido de que ese día llevaría al taller unas piezas estupendas.

Capítulo 9

Poco después de anochecer, Matt regresó a su apartamento asqueado del trabajo en la oficina. Había recabado toda la información que pudo sobre las últimas desapariciones y se llevaba a casa tres cajas de cartón colmadas de informes, interrogatorios, declaraciones y fotografías que en pocos minutos regarían los sillones y la mesita del salón. Por suerte, Susie no estaba en casa para criticar el desorden que había conseguido organizar en apenas un minuto. Durante todo el día, Matt había confiado en que al caer la noche bajarán un poco las temperaturas; sin embargo, eran más de las nueve, estaba sentado en el sofá en calzoncillos y camiseta y aun así sudaba como un cerdo. Dejó de revisar los papeles y fue a la cocina a por una cerveza fría. Entonces encontró la nota de Susie sujeta con un imán con forma de cabeza de payaso en la puerta de la nevera.

«Ya he cenado. Me voy al cine con las chicas. Tq.»

«Con las chicas...», pensó Matt arrugando el papel y tirándolo a la basura. No recordaba que su hija le hubiera hablado una sola vez de alguna amiga, aunque debía admitir que el hecho de que no lo recordara no significaba que no lo hubiera hecho. Antes de abrir la lata de cerveza se la pasó por la frente para refrescarse, después regresó al sofá y se sentó con la intención de ordenar aquel caos. Mientras colocaba cada foto con su informe y cada declaración con su correspondiente, no podía quitarse de la cabeza la nota de Susie. No confiaba en ella. No confiaba en sus genes. No creía que, llegado el momento, fuera capaz de elegir la opción correcta, de decir «no».

Cuando terminó de ordenar los informes tenía ante sí el historial de las desapariciones ocurridas en la ciudad en los últimos diez años. Casi todos se habían resuelto de un modo u otro, y eso incluía desde entregar a las familias a un ser querido desorientado hasta llevarlos a identificar un cadáver. Apartó y puso en un montón el medio centenar de expedientes de personas que jamás habían llegado a aparecer, guardó el resto en sus cajas correspondientes y apuró la cerveza de camino a la cocina.

Matt llevaba toda su vida trabajando en las desapariciones. Desde el inicio de su carrera en Dublín, y gracias a su reputación, había colaborado con agencias de Madrid, de Londres y también de Alemania. Incluso la policía francesa le había hecho alguna consulta en más de una ocasión. Era bueno en su trabajo. Con veintisiete años rechazó un contrato de la Europol por instalarse en las islas con su esposa. En Las Palmas había encontrado un nuevo reto: los casos sin resolver.

Había dos o tres cada año, desaparecidos con diferentes perfiles vistos por última vez en distintas zonas de la ciudad. Sin conexión, sin motivos aparentes, sin encontrarse nunca ni pistas ni cuerpos. Por cada caso que había resuelto en los últimos nueve años, tres personas se habían esfumado sin dejar rastro.

En la comisaría sus jefes le acusaban de haber perdido la ambición y de darse a la bebida. Estúpidos.

Regresó al sillón con un bocata y otra lata de cerveza.

Veinte minutos después cogió el primero de un montón de informes que tenía sobre la mesa, el del último chico desaparecido.

Isaac Jiménez no tenía pinta de ser un caso fácil de resolver. Si un niño pijo de Siete Palmas reventaba las ruedas de su coche y no tenía cerca un taxi, lo más probable era que regresara a casa en guagua, con los auriculares de su mp3 en las orejas y demasiados litros de alcohol en la sangre. Sin embargo, en esta historia había demasiados puntos oscuros. A poca gente se le

revientan dos ruedas a la vez, por más viejo que sea su coche, pocos olvidan cómo llegar a casa y, desde luego, no tardan dos días en volver. Isaac era estudiante de Medicina, no parecía el típico pardillo que se perdía regresando borracho de marcha.

Matt rescató uno de sus cuadernos de notas de entre la montaña de papeles. Las desapariciones no resueltas se habían multiplicado por cuatro en los últimos ocho años, especialmente entre los meses de octubre y noviembre, aunque también se producían de manera esporádica durante el resto del año. Matt llevaba un seguimiento exhaustivo de cada uno de ellos, anotaba todo lo que creía que era relevante, incluyendo las biografías de *losperdidos* y los datos aportados por familiares y por algunos testigos. Hacía años que se había hecho con un mapa ampliado de la ciudad y, desde entonces, marcaba en él con puntos de rotulador rojo los lugares donde vivían las víctimas y, si los conocía, en los que habían sido vistos por última vez.

El tintineo del adorno metálico que colgaba del techo junto a la puerta le despertó en mitad de la madrugada. Susie acababa de llegar. El policía abrió los ojos y buscó el reloj del reproductor de DVD, eran las cinco y media de la mañana. La chiquilla entró en casa con cuidado; no sabía que su padre la esperaba en el sofá y que podía oír cómo se quitaba los zapatos. Cuando ya se creía a salvo, Matt la alcanzó por sorpresa al pie de la escalera. Estaba borracho.

—Sue, ¿de dónde vienes?

Susie se giró sobresaltada, a punto de tropezar con el primer escalón. Encontró a su padre en calzoncillos, teniéndose en pie a duras penas, una vez más, mucho peor que ella.

—Ay, papá, por Dios... —murmuró abrumada por la lástima.

—Llegas tarde...

—Sí, lo sé, se me hizo un poco tarde —contestó ella intentando evitar el rancio olor a alcohol de su padre—. Anda, vete a la cama...

—¿Dónde estabas?

El policía se tenía que sujetar a la barandilla de la escalera para no caer de espaldas y le costaba mantener los ojos abiertos.

—Con las chicas...

—¡Mentira! —chilló Matt fuera de sí.

—Papá, estás borracho —replicó Susie intentando contener las lágrimas—. Vete a dormir y mañana...

Matt seguía a lo suyo, solo tenía en la cabeza las fotos de *losperdidos*, de sus fracasos, no soportaba la idea de que su hija se convirtiera en uno más.

—Puedo estar borracho —exclamó—, pero no creas que no veo lo que pasa.

El irlandés trazaba círculos con la mano mientras su cuerpo se balanceaba sobre sí mismo. Susie pensó que no iba a tardar en caer, aunque estaba demasiado asustada como para intentar sujetarlo.

—Veo tus ojos rojos, huelo tu ropa... —balbuceaba el policía.

—Lo que hueles es tu aliento, papá —gimió la chica. El irlandés abofeteó a su hija.

—¡No consentiré que mi hija se convierta en una zorra como su madre!

Todo acababa de cambiar. Su relación, sus vidas, dieron un giro en aquel mismo instante. Ella lo sabía y él, aunque estuviera demasiado bebido, también debía saberlo. Susie se incorporó lentamente apoyándose en la pared y, sin darse la vuelta para que su padre no pudiera ver sus lágrimas, subió a su habitación.

—Puto madero borracho... —murmuró.

Matt intentó alcanzarla, pero tropezó y cayó de bruces sobre los primeros escalones. De alguna manera, cuando escuchó el golpe en el dormitorio supo que este cerraba mucho más que una puerta.

Capítulo 10

Muy lejos de allí, algunas horas antes, resonaba otro portazo, pero esta vez en la cabeza de Benjamín Castro. Todavía le parecía oírlo mientras terminaba de vestirse esperando el ascensor en la planta diecinueve. Habían vuelto a discutir y ya estaba harto. No soportaba su relación, no soportaba verla ni oírla, siempre la misma mierda que terminaba sacando de quicio a cualquiera. Ya estaba bien, regresaría a casa cuando ella no estuviera para recoger sus cosas y después buscaría otro lugar donde vivir. No quería volver siquiera a pensar en ella.

Terminó de abrocharse la chaqueta y de calzarse justo cuando se abrían las puertas del ascensor. Entró rezongando. Maldita sea. Se acabó, la odiaba a muerte.

Se miró en el espejo para colocarse el cuello de la camisa y se arregló un poco los pliegues de la chaqueta y de los pantalones. Tenía ganas de gritar, de golpear el espejo, pero en lugar de eso lo que iba a hacer era coger un taxi, zambullirse en la noche, ir a una discoteca y vivir la vida que ella le había robado.

El ascensor llegó a la planta baja y se abrió con un incómodo pitido. No había nadie en el rellano a esa hora de la noche, así que Benjamín lo cruzó a grandes zancadas y salió al exterior. Cruzó la avenida y no tardó en encontrar un taxi libre. Mientras le llevaba al barrio del puerto arrojó por la ventana el anillo de oro que ella le había regalado.

Benjamín no tardó en perder la noción del tiempo esa noche; la noción del tiempo, del espacio y de la vergüenza. Estuvo bailando solo durante horas, bebiendo, engullendo las pastillas que consiguió que le pasaran y vomitándolo todo igual de deprisa. Como si nadie quisiera acercarse a él, hacia la mitad de la madrugada se había quedado completamente solo, bailando con el cubata en la mano una melodía que únicamente él parecía escuchar. Tampoco le hicieron mucho caso, pocos sabían que aquella noche se había despojado por fin de la carga que le había estado oprimiendo durante tantos años.

Para Ben aquella expiación etílica significaba caer en lo más profundo del abismo para poder levantarse de nuevo.

Benjamín Castro salió de la discoteca mareado, empapado en sudor y apestando al ron con Coca-Cola que se había tirado encima. Deambuló con la mente en blanco hasta que se dio cuenta de que se había perdido. La ciudad empezó entonces a dar vueltas a su alrededor, hasta que se le vino encima y se desmayó.

Despertó en la soledad de una parada de guaguas y supuso que alguien le habría llevado hasta allí. Lo que no sabía era cuánto tiempo había pasado. Tampoco pudo adivinar dónde estaba exactamente, aunque creyó reconocer la avenida Mesa y López. No quería volver a casa con ella, desde luego, y en el estado en que se encontraba hubiera sido un crimen aparecer en casa de sus padres. Un crimen en todos los sentidos. Primero, porque mataría a su madre del disgusto, segundo, porque después su padre lo liquidaría con la misma escopeta de caza con la que su abuelo mataba conejos. Así que lo que hizo fue subirse en el primer autobús que se paró delante de él y, acurrucado en un asiento, se quedó dormido.

Capítulo 11

La noche no era tan cálida como habían pensado. El otoño se había decidido por fin a hacer acto de presencia y los había pillado desprevenidos.

—Tampoco es para tanto —dijo él con una sonrisa—. Ven, acércate más a mí.

—Sí —contestó Ruth agradeciendo el abrazo.

Víctor era mayor que ella y también bastante más grande. Llevaban casi un año y medio saliendo juntos y cada día le gustaba más enrocarse en su abrazo. La madurez de Víctor la hacía sentir segura. «En realidad, no hace tanto frío», pensó; pero quería abrazarlo igualmente.

—¿Mejor? —Víctor le frotaba los hombros desnudos; solo llevaba una fina camiseta de tirantes y estaba helada.

—Sí, sí, mejor —dijo ella.

Abrazados, siguieron su camino hacia la parada de autobús. Querían llegar cuanto antes a casa, especialmente por Ruth.

—¿Se lo has dicho ya? —le preguntó. Ella bajó la cabeza—. Maldita sea, Ruth, me prometiste que se lo dirías.

—Ya sabes lo que sucedió la última vez.

—Han pasado dos años, Ruth. Llevamos dos años saliendo a escondidas —insistió—, ¿cuándo piensas decírselo?

La chica se deshizo del abrazo y continuó caminando al lado de su novio.

—No me hables de esa forma. —Víctor resopló.

—No podemos seguir así...

Ruth aceleró el paso. Se detuvo en la siguiente esquina y le miró con rabia.

—La última vez que se lo insinué no se lo tomó demasiado bien —recordó a Víctor cuando este llegó a su altura—. No quiero que vuelva a ocurrir.

—No eres una niña, Ruth, no necesitas su aprobación para todo.

Un coche patrulla pasó despacio muy cerca de ellos y los dos giraron la cabeza instintivamente, un gesto que habían tenido que aprender, tristemente. El padre de Ruth era policía retirado y no podían arriesgarse a que alguno de sus amigos los reconociese y fuera con el cuento.

—Estoy harto de esto, Ruth.

La joven miró indignada a su novio.

—¿Entonces?

A Ruth le temblaba el labio. Víctor al final dejó caer los hombros.

—Entonces nada.

Continuaron caminando abrazados hasta que Ruth tiró de su novio hacia el resguardo de un portal y se besaron.

—Vamos, o llegarás tarde. —Le secó una lágrima.

Aceleraron el paso. Las guaguas no pasaban con regularidad a esas horas y, si no se daban prisa, seguro que perdería la siguiente. Llevaban varios minutos en silencio cuando Víctor rompió la tensión acumulada.

—¿Qué te pareció la película? —le preguntó mientras cruzaban para cambiar de acera.

—No me ha terminado de convencer.

—¿Ah, no?

Ella se encogió de hombros.

—El final, no sé, la chica... No me pareció coherente. Víctor sonrió.

—Hablas como una entendida. Ruth protestó.

Cruzaron dos calles más y enseguida pudieron ver la parada.

—A veces pienso que no encajamos —se sinceró Ruth. Pudo sentir cómo él apretaba la

mandíbula, pero no quiso mirarlo—. No sé nada de muchas cosas que te gustan, y tú...

—Qué.

—No sé, a veces pienso que me gustaría que tuviéramos más en común.

Víctor rehistó, aunque sabía perfectamente a qué se refería. Siempre creyeron que la diferencia de edad no iba a ser un problema, pero evidentemente siempre lo había sido. A menudo esa misma madurez que Ruth tanto apreciaba en él se convertía en una sobreprotección que la hacía sentir muy pequeña a su lado.

—Eso es una tontería —masculló el chico.

La chica seguía con la mirada clavada en el suelo.

—Mi padre dice... Víctor estalló.

—Sé perfectamente lo que dice tu padre, siempre es la misma mierda. Si fuera por él, ni siquiera pronunciarías mi nombre.

—Lo siento —se apresuró a decir ella—. No quería...

Ruth se detuvo y le abrazó. Él tardó en acariciarla, pero al final lo hizo. A pesar del intenso frío, sus manos estaban cálidas cuando rozó su mejilla. La luz de la parada parpadeaba a un par de manzanas.

—Es tarde. Deberíamos ir pensando en despedirnos —dijo.

Su novia se separó de él incapaz de levantar la mirada sin empezar a llorar. Su discusión no se centraba en poner fin a su relación, sino en cómo ajustarla para salvar los obstáculos. Sin embargo, no había salido como esperaba. Finalmente asintió.

—Vamos.

Retomaron el camino hacia la parada. A punto de cruzar la última calle, Ruth sintió que, si subía al siguiente autobús y se separaban, estaría poniendo mucho más que kilómetros de carretera entre ellos.

—¿Dónde te quedas hoy? —le preguntó—. Si es con tu padre, puedo llamar al mío y decirle que pasaré la noche estudiando con una amiga.

Pero Víctor meneó la cabeza.

—Da igual, es tarde y mañana hay clase. Ya hablaremos.

La parada de guaguas no estaba vacía, había un hombre de pie junto al banco, apoyado contra el cartel luminoso de un perfume. Su piel y las trenzas de su cabello pegadas al cráneo les hizo pensar que era africano. En cuanto llegaron los taladró con la mirada, como si le molestara recibir visita. Se sentaron y examinaron el panel electrónico que señalaba los horarios de los autobuses. Estaba apagado. Por lo visto, ya era demasiado tarde. Guardaron silencio y desearon que la guagua no tardara más de lo necesario.

Pero no fue así. Había transcurrido un buen rato cuando Víctor empezó a impacientarse.

—Voy a preguntarle.

—¡No! —exclamó Ruth en voz baja.

—Espera. —Levantó la mano para llamar la atención del desconocido—. Perdona..., ¿ha visto pasar la guagua de la línea tres?

De repente, el tipo se giró furioso hacia él.

—¡No, no, no! *Latré capút, latréestácapút. ¡Capút!*

—¿Cómo dice? —replicó Víctor asustado.

Ruth había pegado un respingo y se abrazaba a su novio.

—*¡Capút!*—El hombre hacía gestos incomprensibles con las manos—. *Nomáguaguatré.*

¡Ya no! ¡*Latré capút!*

Unos segundos después llegó el autobús de otra línea, se subió sin decir nada más y desapareció. Víctor se acurrucó junto a su novia sin dar crédito.

—Qué miedo, ¿no? —comentó Ruth.

—Bueno, al menos ha quedado claro que la tres hoy ya no pasará por aquí.

La chica empezó a reír y Víctor no pudo más que unirse a ella. Sin embargo, su semblante volvió enseguida a ensombrecerse.

—Ahí viene una —anunció ella.

Tras salir del semáforo, la guagua se detuvo ante ellos. Se despidieron con un beso en la mejilla y Ruth subió. No había sido la mejor de las noches. El chófer arrancó mientras ella aún tomaba asiento; al instante, como en un acto reflejo, miró hacia atrás y dedicó una sonrisa a su novio antes de que el vehículo la alejara para siempre de su lado.

Víctor no sonreía. No había tenido tiempo para reparar en el conductor malhumorado que conducía la guagua, tampoco en el chaval desaliñado que dormía la mona dos asientos más atrás. Sin embargo, un extraño presentimiento aceleraba su pulso. Mientras veía desaparecer el autobús por la avenida, pensaba en Ruth como si de algún modo supiera que ya no iba a volver a verla.

Capítulo 12

Rodrigo del Castillo estaba harto de aquella mierda de trabajo. Todas las semanas de los tres últimos meses le había tocado el turno de noche.

Llevaba trabajando para la misma empresa de seguridad desde que llegó de Ecuador, y casi siempre lo había hecho en aquel centro comercial. Por eso no le quedaba más remedio que seguir patrullando por los silenciosos pasillos del *parking* del Siete Palmas.

Esa noche era ya tan tarde que únicamente quedaban los tres o cuatro coches de los que habían ido a la última sesión de cine. Y tampoco había más vigilantes en el subterráneo, así que estaba solo. Solo y aburrido como una ostra. Además, le dolía la espalda. Su enorme corpachón ecuatoriano, de uno noventa y más de cien kilos, era demasiado para la ridícula motocicleta Honda con la que se veía obligado a recorrer los pasillos y que casi se le perdía entre los muslos. Debía encorvarse tanto para conducirla que ya tenía las cervicales destrozadas.

Se consoló pensando en que le quedaban solo unos pocos minutos para terminar su turno y largarse a casa. Una vez más tendría que salir corriendo; no sería la primera noche que por entretenerse al cerrar llegaba tarde a la parada y se le escapaba el autobús.

Así que apagó la radio e hizo la última ronda en el único piso que le quedaba. Los pasillos parecían gargantas oscuras abriéndose frente a él. Rodrigo miró su reloj. No solía inquietarle la soledad del aparcamiento de madrugada, pero tampoco podía negar que algunas noches hasta el más mínimo ruido conseguía ponerle los pelos de punta.

El silencio tras cortar el hilo musical sonó como un estallido. El centro comercial se apagaba.

Cuando el guardia comprobó que ya podía cerrar el *parking* y marcharse, se dirigió al cuarto de vigilancia. Aparcó la moto, que enmudeció por fin tras un ronroneo afónico, y entró rápidamente para firmar el parte, desconectar las luces y cambiarse de ropa. Atravesó los solitarios pasillos sin atreverse a levantar la mirada del suelo. Evitaba así que sus ojos se salieran del trazado de sus zapatos sobre el cemento, concentrado únicamente en escuchar el tañido hueco y apresurado de sus propias pisadas. «Has visto demasiadas películas, viejo», pensó.

Rodrigo cruzó la avenida en dirección a la parada. No había nadie más esperando. Se sentó en el banco y miró el indicador luminoso que señalaba el tiempo restante para la llegada de los distintos autobuses.

—Catorce minutos —dijo en voz alta para al menos escuchar una voz, aunque fuera la suya—. No me falles, cabronazo.

Rodrigo sabía de lo que hablaba. Ya le había pasado varias veces. Después de esperar durante más de una hora, la guagua no aparecía. Estaba lejos, era la parada más periférica del recorrido, pero los autobuses no podían dejar de pasar por allí porque no llevaran a nadie. ¿No era eso lo que se suponía? En un rápido repaso mental, Rodrigo contó al menos tres veces en las que la guagua le había dejado tirado. Esa noche hacía frío y le dolía la espalda, así que esperaba, por su propio bien, que no fuera la cuarta. Como tuviera que regresar otra vez caminando a casa, la denuncia iba a ser gorda.

Nueve minutos, seis, cuatro... Según el indicador, el autobús estaba al caer.

—Joder...

Se levantó y salió de la marquesina cuando el panel marcaba dos minutos y empezó a pasearse de un lado a otro. «Lo mato, lo mato», repetía, y redactaba mentalmente el texto de la denuncia. Poco después escuchó con alivio el rugido del motor de una guagua que se acercaba, aunque enseguida comprobó que no era la suya, sino otra que regresaba fuera de servicio a la estación central.

Iban a volver a saltarse su parada, no lo podía creer. El recorrido de esa línea consistía en subir

desde Mesa y López a través de Las Torres, recogerle en Siete Palmas y continuar hacia la estación de San Telmo por La Paterna, donde vivía. Pero los conductores siempre hacían lo que les salía de los cojones.

—Esta vez pondré una reclamación, joder. Se van a enterar...

Antes de que terminara de divagar, el indicador luminoso ya se había apagado. El vigilante miró su reloj y comprobó que pasaban cuatro minutos de la hora en que debía haber llegado el autobús.

Por alguna razón, esa noche la guagua no subió tan arriba.

Capítulo 13

En el último turno del día, Damián había salido de la estación de San Telmo cansado y empezando a desesperar. Tenía multitud de diseños para las nuevas muñecas, pero no había manera de que subiera al autobús ninguna pieza que le sirviera. Eso le ponía de mal humor. Sabía que si llegaba así al taller e intentaba trabajar, todo le iba a salir del revés y acabaría tirándolo a la basura por la mañana. Y, a estas alturas, no podía permitirse malgastar ni tiempo ni materiales.

Este último trayecto tampoco prometía: tras más de la mitad de camino recorrido, únicamente tenía a un borracho dormido que daba asco y a una niñata empalagosa canturreando en uno de los asientos traseros. Menuda basura. Damián empezaba a enfurecerse. Decidió que le daba igual tenerlo que tirar por la mañana. Tal vez no le sirvieran para la casa de muñecas, pero valdrían para desahogar su mal humor con ellos, en lugar de con las piezas buenas que guardaba en el taller. Además, a lo mejor de la chica incluso podría sacar algo.

«¡Yetch!», gruñó. Daba igual, se divertiría destripándola. Giró a la derecha y entró en el barrio de Guanarteme.

Capítulo 14

A pesar de que las guías de turismo juraban que en la isla hacía calor durante todo el año, en según qué estación resultaba muy jodido llevar minifalda. Y cuando encima habías tenido la mala suerte de tropezar con un hijo de puta y los moretones y arañazos asomaban por los muslos y las pantorrillas, podía ser aún peor.

Silvia escupió el pedazo de diente que le había partido aquel cabrón, arrojó la peluca sobre el charco de sangre del policía y salió a trompicones a la calle. Como tenía un tacón roto, se quitó los dos zapatos y los tiró a un contenedor de basura.

Wilma, la mujer que la había instruido en el oficio, ya la advirtió de que nunca se fuera con policías. Esta vez no podía decir que no sabía lo que hacía, porque aquel desgraciado iba de uniforme, con placa, pistola y todo, pero estaba tan bueno y tan bien surtido —la había convencido de subir con él a la habitación enseñándole la bolsa de coca que escondía en el bolsillo— que no se le ocurrió poner pegas. Sin embargo, las sabias palabras de Wilma le vinieron rápidamente a la cabeza en cuanto aquel tipejo empezó a pegarle bofetadas y a escupirle en la cara. Tras el forcejeo, Silvia salió rodando contra la silla donde el poli tenía colgado el uniforme, rebuscó entre los pantalones hasta hacerse con la pistola y apretó el gatillo. A esa distancia el disparo le reventó el pecho.

Cómo había desenfundado, cargado y abierto fuego en una fracción de segundo con el colocón que llevaba encima sería siempre un misterio para ella. Si tuviera que hacerlo de nuevo, no podría. Quizá el dios que le había fallado cuando a los dieciséis años confesó a sus padres su embarazo se había acordado ahora de ella. A lo mejor existía un dios diferente para las putas.

Silvia dejó al policía muerto en el suelo de la habitación y huyó del hotel escaleras abajo. Como al llegar con el madero no había dado su nombre y llevaba la peluca, el recepcionista no tenía por qué reconocerla. No lo haría a menos que ella se entretuviera al salir para despedirse, y por el dios de las putas que no pensaba hacerlo.

Minutos después, la noche envolvía su cuerpo magullado y semidesnudo, aunque también escondía las huellas de su crimen. Caminaba todo lo deprisa que podía, sin apenas distinguir dónde pisaba y sin atender las voces de la gente que murmuraba a su lado. Empezaba a refrescar, como si de repente el frío se hubiera instalado en la ciudad desalojando la ola de calor a golpes de brisa helada. Y ese frío se colaba por las mangas de su camiseta, que enseñaba más carne que tela, y por los pliegues de su minifalda mientras las piedras del asfalto le taladraban los pies descalzos y los cubrían de arañazos. No había tenido tiempo de coger su chaqueta. Pensó que si era capaz de no llorar, lograría que no se le corriera el rímel.

Entonces pensó en Julián. Solo le había pasado algunas veces, muy pocas mientras trabajaba, pero esa noche todos los recuerdos de su hijo le golpeaban la mente como si fuera el centro de un campo de tiro. Se cubría la cabeza con las manos para evitar que las imágenes del niño atravesaran la armadura con la que pretendía protegerse cada noche. A esa hora Julián estaría durmiendo en casa de su tía, la única que había apoyado a Silvia tras dar a luz. Acababa de cumplir siete años y no conocía ni a sus abuelos ni a su padre, al que ella también había querido olvidar.

Silvia finalmente rompió a llorar llegando al barrio de Guanarteme. Tenía encima que soportar las miradas y los comentarios por lo bajo de las prostitutas transexuales que podían interpretar su presencia allí como una amenaza para su negocio. Aunque la vieron demacrada y herida, ninguna se acercó a ayudarla. Varias calles más arriba encontró una parada de autobús. Una mujer y su marido se apartaron al verla llegar y tomaron el primer taxi que pasó; otros que se cruzaron con ella simplemente cambiaron de acera. Silvia se sentó a esperar; las lágrimas formaban una tela de araña en su garganta. Se abrazó las piernas y empezó a canturrear la

canción con la que solía dormir a su hijo. Las palabras, fangosas, no tenían prisa por salir. Minutos después sorbió mocos y saliva y subió a la primera guagua que llegó a la parada. Ni siquiera miró qué línea era. Lo único que deseaba era huir de aquel maldito lugar.

El puto viejo que iba al volante la miró de arriba abajo y luego emitió un desagradable sonido con la lengua. Ella le pagó el billete con las pocas monedas que le quedaban en el bolsillo y entró en el vehículo. Casi todos los asientos estaban vacíos, excepto uno en que había un idiota babeante durmiendo la mona y otro al fondo que estaba ocupado por una cría que no dejaba de mirar por la ventana. ¿Es que no veían que estaba sangrando? «¡A la mierda todos!», pensó. Fue zozobrando por el pasillo hasta tropezar con un asiento cerca de la salida y ahí mismo se quedó sentada. Trató de limpiarse la sangre de la cara con un extremo de su minúscula camiseta, y al mirar hacia el frente tropezó con los ojos del chófer a través del espejo retrovisor. La observaba y todavía no se había puesto en marcha.

—¿No tiene nada mejor que hacer? —gritó.

El tipo chasqueó otra vez la lengua dibujando una mueca ambigua. Acto seguido volvió a mirar a la carretera y puso el motor en marcha. Solo entonces Silvia se concedió un suspiro de alivio, mientras amparada por la seguridad del asiento veía empequeñecerse su área de trabajo, la sucia cloaca que iba dejando atrás. No puso entonces trabas al recuerdo de Julián, que ya debía de estar dormido. Y aunque notaba que el conductor volvía a buscarla en el espejo de cuando en cuando, no se volvió a quejar. Solo quería llegar de una puta vez a casa.

Minutos después salieron del barrio de Guanarteme, enfilaron hacia el hospital y, tras rodearlo, cogieron la vieja carretera que subía a Las Torres. «Vaya desvío de mierda», pensó Silvia.

De repente, la guagua aceleró.

Capítulo 15

La chica nueva le servía, estaba claro. Y, mirándolo bien, del payaso borracho y de la flaca también podría sacar algo. A lo mejor la noche iba a resultar más productiva de lo que pensó en un primer momento.

Damián chasqueó la lengua satisfecho y aceleró, salió de la rotonda del hospital y tomó la carretera a Las Torres como cada día, aunque esta vez no pensaba llegar tan lejos.

La puta le gustaba. Tal vez le cambiase los ojos, los podría conseguir más claros y seguro que le quedarían mejor. También le buscaría unos brazos más gorditos y lo mismo haría con las piernas porque estaba muy delgada. Sin duda, le gustaba su cara y sobre todo sus tetas. Incluso las partes que le pensaba quitar le servirían para restaurar otras muñecas. A los otros dos también los llevaría al taller, nunca sabía qué podía hacerle falta más adelante.

Aumentó la velocidad. Deseaba llegar cuanto antes. Manejaba el volante con brusquedad, pero le daba lo mismo porque ninguno podría poner una hoja de reclamaciones. Subió un par de lomas abruptas y giró en varias curvas cerradas. Parecía que el vehículo fuera a volcar ascendiendo a toda velocidad por el acantilado.

Damián no podía parar de reír.

—¡Eh! ¿Qué demonios hace? —gritó la última chica que había recogido. No le hizo caso. Reía aún más fuerte mientras aumentaba la velocidad.

—¿No la oye? —intervino la flaca del fondo sujetándose a una de las barras verticales—.

¡Pare esto!

Incomprensiblemente, el tipo borracho seguía dormido. Damián se salió del recorrido habitual de la línea y giró a la derecha para coger un estrecho camino de tierra sin iluminar que se internaba en el valle. En ese momento apagó las luces interiores del autobús.

—¡Oiga! —chilló la niñata—. ¿Se ha vuelto loco? ¿Qué está haciendo?

La de las tetas bonitas se levantó de su asiento y trató de acercarse al conductor, pero este se deshizo de ella con un brusco volantazo. La chica se tambaleó antes de caer al suelo. El golpe por fin despertó al muchacho, que, desorientado, levantó la cabeza y empezó a buscar dónde agarrarse.

—¡A callar! —exclamó Damián mirándolos por el espejo interior—. Aquí no se mueve ni Dios.

Permanecieron todos quietos. Aquellos ojos como agujeros negros reflejados en el cristal les helaron la sangre. ¡Yetch! La guagua se zarandeaba a toda velocidad igual que el vagón de una montaña rusa sacudida por los baches y por los choques continuos contra la pared del acantilado. Más allá solo había oscuridad, una cantidad de metros de altura indeterminable y, mucho más lejos, las luces de la ciudad reflejadas en un mar en calma. Cuando Ben consiguió reaccionar, no tenía ni idea de dónde estaba.

—Eh... ¿Qué está pasando aquí? —balbuceó buscando una explicación a las miradas de pánico de las chicas. Ninguna le pudo contestar; estaban bastante más ocupadas en sujetarse—.

¿Adónde vamos?

Ben intentó levantarse, pero una vez de pie el siguiente bandazo le hizo perder el equilibrio y cayó de espaldas al suelo. Rodó por el pasillo del autobús hasta que consiguió pararse justo al lado de Silvia.

—Será mejor que te quedes en el suelo... —le aconsejó esta.

El autocar seguía zarandeándose, chocando por un lado contra las rocas y por el otro contra los bloques de cemento que hacían las veces de quitamiedos al borde de la carretera. Eran lo único que los separaba del acantilado. El conductor aumentaba la velocidad al salir de cada curva, mientras reía sin cesar y chasqueaba la lengua contra los dientes como si tuviera un trozo de carne trabado. ¡Yetch!

—¡Por Dios, pare de una vez! —chilló Ruth desde el fondo.

—Este no es el recorrido... —murmuró Ben atontado.

Silvia le miró con lástima, incapaz de ocultar su propia angustia.

La chica intentó levantarse de nuevo, pero no conseguía mantenerse erguida. Poco después la guagua enfiló un tramo de carretera recta y entonces sí logró incorporarse y casi levantar a Ben. Pero justo en ese momento el conductor frenó en seco y los dos salieron despedidos contra los asientos delanteros. Más atrás, Ruth se golpeaba la cabeza con una de las barras de protección y se abría una brecha.

—Bien, hemos llegado.

Ante la sorpresa de sus rehenes, el conductor dejó el autobús en punto muerto y se bajó con una palanca en la mano. Al levantar la cabeza, Silvia y Ben vieron a través del parabrisas cómo el viejo se dirigía hacia un par de moles de piedra, dos rocas más grandes que él mismo, que bloqueaban el camino justo delante de los faros. Guiándose por la luz, colocó la barra debajo de una de ellas y comenzó a empujar. Esa era la oportunidad de los chicos para mover pieza. Ruth se levantó como un resorte y corrió hasta la puerta en busca del botón de apertura de emergencia mientras Silvia y Ben la observaban expectantes.

—¡Abre, por Dios! —exclamó la prostituta.

Ruth pulsó el botón una vez, dos veces, tres..., pero no sucedía nada.

—¡No funciona! —balbuceó entre lágrimas.

—¿Cómo que no? —preguntó Ben levantándose del suelo—. Déjame a mí.

Torpemente, el chico consiguió llegar hasta Ruth, la apartó de un empujón y empezó a apretar el pulsador como ella lo había hecho un minuto antes, pero la puerta tampoco cedió un milímetro.

Desde fuera les llegó el estruendo de una de las rocas que estaba siendo arrastrada por el suelo.

—¡Corre! —gritó Silvia—. ¡Ya vuelve!

La puerta delantera se abrió con un estridente chirrido y el chófer subió convertido en un basilisco. Con grandes zancadas pasó por encima de Silvia y le estampó la palanca en la cabeza a Ben. El chico se desplomó como un saco viejo y perdió el conocimiento.

—¡No funciona! —gritó Damián—. ¡El botón no funciona!

El conductor regresó a su lugar al volante y reemprendió la marcha carretera abajo sin que ninguno se atreviera a decir una sola palabra. Silvia y Ruth intentaban atender a Ben, que perdía mucha sangre por la brecha en la coronilla, mientras el autobús se deslizaba entre las dos rocas y continuaba hacia el fondo del abismo.

Capítulo 16

Ben Castro ya no se movía. Su noche había terminado mal, igual que había empezado, y todo lo que veía eran jirones de luna tiñéndose de rojo. Las dos chicas intentaban frenar la hemorragia; una de ellas se había roto un pedazo de la camisa para apretárselo contra la herida abierta. Minutos después cayó inconsciente. Delante de ellos empezaba a dibujarse, apenas perceptible en la oscuridad, la silueta de un viejo arco de piedra. Se trataba de una especie de portal de cemento, adosado a una caseta en ruinas que poco a poco fue tomando forma frente a los faros de la guagua.

—Es la vieja base abandonada —murmuró Ruth.

—¿El qué? —preguntó Silvia.

—La base, la base militar, he venido varias veces.

—¿Y qué hay ahí?

—Nada...

El enorme vehículo atravesó sin problemas aquella estrecha y decrepita entrada arrancando lascas de piedra de la pared del barranco al evitar una verja derruida y oxidada que yacía tirada en el suelo. Damián apagó los faros y aceleró para introducirse entre la maleza lo antes posible, por si algún curioso se asomaba desde la cima del acantilado y se preguntaba qué hacía una guagua entrando a aquellas horas en la base.

—¿Tienes un móvil? —preguntó Silvia en un susurro—. El mío está en mi bolso y mi bolso... Bueno, no lo tengo aquí.

Ruth negó con la cabeza y echó la mano al bolsillo.

—Sí —contestó mostrándole un teléfono negro envuelto en una funda rosa—, y lo intenté usar antes, pero aquí no tengo cobertura.

—¿Crees que él tendrá? —Silvia señaló con la cabeza a Ben, que dormía inconsciente en su regazo. Apestaba a alcohol y a vómito.

—Cómo saberlo —repuso Ruth—. Quizá tenga otra compañía distinta a la mía.

—Averigüémoslo.

La chica se inclinó sobre Ben y palpó sus bolsillos. No encontró nada.

El autobús continuaba descendiendo por un angosto camino de tierra que discurría entre la ladera de la montaña y una especie de selva descuidada de matorrales, palmeras reseca y malas hierbas. Los rodeaban la oscuridad y el silencio, pero podían distinguir las diminutas luces anaranjadas de los barrios de la cima del barranco.

—¿Piensas que nos ven desde ahí arriba? —preguntó Ruth en voz baja.

Silvia se giró preocupada por la cabeza de Ben, que seguía apoyada en sus muslos. El chico parecía estar despertando.

—No lo sé —dijo.

Poco después el muchacho abrió los ojos y se intentó incorporar, pero una punzada de dolor le atravesó el cráneo. Fue como si todos los huesos de su cabeza se hubieran hecho astillas y se le clavaran en el cerebro. La oscuridad cambiaba de forma frente a él a través de las ventanas.

—¿Dónde estamos? —gruñó.

—¡Chss!, quieto —lo detuvo Silvia—. Al parecer esto es no sé qué base.

—Una antigua base militar —apuntó Ruth.

—¿Una base militar? ¿Y para qué coño nos ha traído aquí? —Las chicas no supieron qué responder.

Habían llegado al final de la cuesta. El autocar giró a la derecha y se introdujo por el sendero que atravesaba un campamento abandonado. Había medio centenar de casetas de madera invadidas por el follaje envejeciendo bajo capas de moho y humedad. Solo el zumbido del aire

que mecía las ramas era capaz de romper aquel silencio que le daba un aspecto espeluznante y fantasmal. El conductor iba deprisa, dejando atrás edificios vacíos con ventanas rotas, puertas derribadas y paredes decoradas con una lúgubre colección de grafitis.

—Oye, ¿dónde está tu móvil? —preguntó Silvia a Ben.

Este se palpó los bolsillos, nada que no hubiera hecho Ruth antes, y se llevó la mano a la frente.

—Dios, no tengo ni idea... —murmuró—. No recuerdo prácticamente nada de lo que he hecho esta noche.

El autobús golpeó una de las ramas más bajas de aquella foresta descuidada y tropezó con otra que estaba tirada en mitad del camino. Sus faros descubrían siluetas y formaciones extrañas apenas escondidas entre los arbustos.

—Estupendo.

El mismo camino los llevó fuera del campamento tras pasar por encima de otra valla metálica descoyuntada de sus soportes y volcada como un viejo velo de herrín. Habían llegado al extremo sur de la base. Damián aminoró la marcha mientras subía el vehículo a una tarima de cemento. La carretera terminaba ante ellos. Continuó un poco más y redujo para preparar un giro de noventa grados. Había enfilado una enorme abertura excavada en la montaña.

—¿Dónde estamos? —preguntó Silvia.

Ruth se asomó por una de las ventanillas. La ladera presentaba tres orificios —el central, algo mayor que el resto— y el autobús se dirigía como una exhalación hacia el tercero de ellos.

—Hemos llegado a los túneles.

El chófer se introdujo en el conducto. Una débil luz teñía de gris los primeros metros del túnel descubriendo pilas de basura y escombros, aunque dejaba el resto de la gruta en total oscuridad. Damián volvió a encender las luces, pero ni siquiera los potentes faros del autocar eran capaces de romper la penumbra. Conducía a toda velocidad y sin ninguna precaución, igual que un maníaco temerario. Conocía perfectamente cada resquicio de aquellos túneles, como si los hubiera construido con sus propias manos.

Giros a izquierda y derecha, interminables pasillos apenas mancillados por los haces de luz amarillenta; el viejo cazador se llevaba a sus presas hacia el interior de la montaña, saltando entre charcos ponzoñosos y tropezando una y otra vez contra formas indefinidas que quedaban aplastadas bajo sus ruedas. Los pasajeros, aterrados, no podían ver adónde iban, bastante tenían con no golpearse con las barandillas y respaldos al rebotar de un lado a otro.

El túnel no parecía tener final.

—Adónde diablos nos lleva... —musitó Silvia tapándose los oídos con las manos.

Sufrieron un brusco volantazo a la derecha, la guagua subió un escalón y aumentó la velocidad.

—Socorro... —gimió Ruth con los ojos cerrados.

Ben todavía estaba desconcertado; las chicas se preguntaban si entendía el alcance de lo que estaba sucediendo. El autocar se estremeció al tropezar con un bache y el chico vomitó sobre la falda de la prostituta. Ruth empezó a llorar.

—Tranquila —susurró Silvia limpiándose los restos de la tela vaquera y de sus muslos desnudos. Empujó a Ben hacia atrás para quitárselo de encima—. Saldremos de esta, ya lo verás.

Consiguió incorporarse con la ayuda de una de las barras de fijación y entonces pudo intuir con horror lo que estaba pasando: los llevaba a toda velocidad a través del subterráneo directamente contra la pared final del túnel. Silvia lo comprendió de inmediato. Aquel perturbado quería suicidarse estrellando su autobús. Y pensaba hacerlo con ellos dentro.

Capítulo 17

Damián detuvo el vehículo a escasos centímetros de una tarima de hormigón construida al final del túnel. Apagó el motor y los faros, abrió la puerta delantera y se giró hacia sus pasajeros con la palanca de hierro en la mano.

—¡Abajo! —ordenó mientras le miraban exhaustos y paralizados por el miedo—. ¡Vamos! ¡Yetch!

Entre Silvia y Ruth ayudaron a Ben a ponerse de pie y bajaron las escaleras. En la impenetrable oscuridad del túnel sus ojos empezaron a distinguir una columna nebulosa de polvo en suspensión que caía sobre la tarima, iluminada por un tubo de luz espectral que se filtraba desde una trampilla en el techo. Damián se colocó detrás de ellos.

—Suban —les dijo apoyando la palanca en la espalda de Silvia—. Pónganse en la luz. ¡Muy juntos!

Damián subió tras ellos y los colocó sobre una especie de portezuela circular de hierro, similar a una tapa de alcantarilla, justo debajo del haz luminoso. Una gruesa cadena de grandes eslabones oxidados bajaba desde una polea en el techo hasta la trampilla y servía para subirla y bajarla. El conductor agarró con fuerza la cadena y cuando se aseguró de que los chicos tenían los brazos y las piernas dentro del cilindro de luz, empezó a tirar de uno de los extremos.

—No se muevan... —ceceó—. ¡Yetch! La trampilla empezó a bajar.

Descendieron por un pozo estrecho y oscuro desde cuya base llegaba un terrible olor a humedad junto a otro picante y ácido difícil de identificar. A medida que bajaban se escuchaba con más claridad un zumbido constante e incómodo, el ruido de un generador eléctrico. Ben, con la cabeza transmutada en una caja de alfileres, lo sentía mucho más lejos de lo que estaba en realidad; Ruth y Silvia, en cambio, empezaban a distinguir otros sonidos por debajo del ronroneo del motor.

La trampilla metálica arañaba las paredes de cemento al bajar por aquel conducto que parecía perderse en las entrañas de la tierra. Cuando al final se detuvo tras un violento golpe contra el suelo, se encontraron en la entrada de un angosto pasadizo iluminado por lámparas halógenas anaranjadas. Algunas estaban encendidas; la mayoría no. Habían ido a parar a un sótano infernal en lo más profundo del búnker de los horrores.

—¿Qué son esos gritos? —preguntó Silvia.

Damián le respondió con un fuerte hachazo de su barra de acero que le crujió la espalda y la empujó al interior del pasillo.

—Ahora lo sabrás. ¡Yetch! ¡Andando!

Los obligó a atravesar un laberinto de pasadizos de cemento excavados muchos años atrás bajo los cimientos de la base militar y, a juzgar por el ruido creciente, los conducía al lugar del que provenían los lamentos. En muchos tramos las bombillas que debían iluminar los pasillos estaban rotas y los túneles se convertían en largas lenguas de oscuridad. El aire sucio y viciado se les atoraba en la garganta.

Pero había algo más debajo de ese aire.

—¿Adónde nos lleva? —se atrevió a preguntar Ruth.

—¡A callar!

El viejo volvió a utilizar su palanca, estrellándola esta vez en el muslo de la chica, que se dobló con un alarido a punto de caer al suelo. Silvia la ayudó a recuperar el equilibrio a pesar del dolor. Tuvieron que continuar casi a oscuras, sin ver dónde pisaban, cubriéndose la nariz para escapar del olor a heces, a orines y a carne putrefacta. Ben vomitó de nuevo, su estómago se había convertido en un saco ajado de piel desgarrado por las continuas náuseas. Sus ojos apenas bailaban sobre dos bolsas de pellejo y se estaba poniendo amarillo. El conductor le

arreó una patada en los riñones, lanzándolo contra un recodo del túnel. Empezó a sacudirlo con la palanca hasta que volvió a ponerse en marcha.

A cada paso que daban, los gritos se oían más cerca y con mayor claridad. Había muchas más personas atrapadas allí dentro.

—Por favor, Señor, ayúdanos... —musitó Ruth.

—Me temo que aquí nadie va a ayudarte, niña —dijo Damián entre dientes.

Entonces los hizo parar. Oyeron cómo el chófer bajaba unos escalones y atravesaba el suelo viscoso de una habitación. Después de unos segundos se detuvo y al instante se prendió una luz crepuscular y sucia. El destello de un flexo dibujó las siluetas de una colección de cuerpos colgados.

Enseguida lo comprendieron todo: los lamentos y el hedor venían de ese cuarto.

—Dios no se asoma nunca por aquí.

Los tres empezaron a gritar y sus alaridos se unieron a los del resto. Habían llegado al matadero. Damián agarró a Benjamín por los hombros de la chaqueta, lo arrastró al interior de la habitación y lo levantó hasta colgarlo de espaldas en uno de los ganchos vacíos. Estaba viejo, pero sus músculos seguían respondiendo. Una explosión de sangre asaltó la nariz y la boca de Ben, incapaz desde ese momento de sentir cómo su tronco y sus extremidades morían entre convulsiones. Desde el umbral, Silvia y Ruth solo pudieron chillar cuando Damián se giró hacia ellas. En ese mismo instante, empezaron a correr.

—¿Adónde van? —preguntó Damián con una sonrisa.

Los gritos de las chicas se perdieron en el laberinto de pasadizos mientras el conductor retrocedía a su escritorio y alargaba el brazo hacia un panel de controles de luz situado en la pared. Le apetecía jugar un rato, volver a ver el terror en sus ojos.

Damián apagó las luces del búnker.

Se pasó la lengua por los labios. Yetch. «Esto va a ser divertido», pensó.

Capítulo 18

Matt despertó a media mañana con la resaca que esperaba, tirado en el sofá sobre una montaña de papeles. Susie ya no se hallaba en casa, aunque no estaba seguro de si se había marchado porque tenía clase o para no tener que verlo. Recogió las botellas vacías y fue a la cocina a por una tanda urgente de aspirinas. Engulló los calmantes con un trago de zumo y regresó al salón para ordenar los informes arrugados y llevarse a la habitación un puñado de ropa sucia que había dejado tirada por el sofá. No pudo evitar desplomarse en la cama.

Abrió los ojos cerca de las tres de la tarde. Había perdido todo el día. El dolor de cabeza no había remitido, pero decidió ignorarlo y se sumergió debajo del agua helada de la ducha. Se quitó la venda del brazo, la herida ya no sangraba. ¿Qué demonios pintaba él en aquel tiroteo? Solo porque la información de la radio le había pillado en el peor lugar en el momento más inoportuno, el Rojo había acabado persiguiendo a un payaso atracador con su mierda de tartana. Aun así, había conseguido arrinconarlo y detenerlo, pero a cambio se había llevado el regalo de una bala en el antebrazo. Por suerte había sido una herida limpia y casi le habían dolido más los huesos de la mano por la somanta de hostias que le había devuelto como agradecimiento.

Encima, su superior le había abroncado por «brutalidad policial». Estúpidos.

Deambuló de la ducha al armario y del armario a la cocina sin poder abrir los ojos por culpa de la jaqueca. Abordado por las náuseas, no pudo probar bocado, así que terminó de vestirse, guardó los apuntes sobre Isaac Jiménez en una carpeta y se metió en el coche.

—Joder, Pablo, sí —gruñó por encima de las interferencias de la radio—. Consígueme todo lo que puedas sobre el chaval desaparecido.

Matt conducía todo lo rápido que le permitía su resaca en dirección al domicilio de la familia Jiménez, situado en una zona residencial de reciente construcción en el barrio de Siete Palmas. La amplia avenida estaba adornada con setos y palmeras y salpicada de rotondas ajardinadas. Aunque ya era la hora del almuerzo, el tráfico no descendía debido a la gran cantidad de locales y comercios que había en aquella zona, además del centro comercial, al que también iba mucha gente a comer.

—¿El chico o la chica? —contestó su compañero con la voz metálica de las ondas.

El pelirrojo creyó haber oído mal. Los cruces en esa frecuencia eran peores de lo habitual y la radio chisporroteaba como un paquete de palomitas de maíz asándose en el microondas.

—El desaparecido, coño —protestó—. Mierda de radio.

—No, no —replicó Pablo—. Sí te he oído, solo te pregunto si quieres la información del chico o la de la chica.

Ahora Matt sí estaba confuso.

—¿Chica? ¿Qué chica?

Abordó la primera de las mil rotondas sin apenas prestar atención al ceda el paso. El conductor de un Mégane azul le tocó el claxon enfurecido.

—No jodas que no lo sabes, Rojo. ¿Dónde has estado metido? El irlandés resopló.

—No he salido de casa. ¿Qué cojones ha pasado?

—Vaya, pensé que lo sabías. Como llevas tú estos casos...

A pesar de los crujidos en la línea y de las interrupciones, Matt podía notar el tono dubitativo en la voz de Pablo, y como le dolía demasiado la cabeza para estar pendiente de la carretera y ocuparse también de la conversación, detuvo el coche en un lateral de la avenida frente a una caja de ahorros.

—Dime exactamente lo que ha sucedido.

Oyó cómo el otro tragaba saliva en lo que la radio emitía un crujido.

—Hay un nuevo desaparecido —dijo al fin el agente.

Por su forma de hablar, Matt comprendió que no se trataba de una desaparición más, que no era un caso corriente.

—Quién.

Pablo no contestó enseguida. La radio crepitó unos segundos y luego le llegó la voz del policía.

—La niña de Márquez no volvió ayer a casa.

El irlandés abrió los ojos de par en par.

—¿Márquez, el de homicidios?

—Sí, el que se jubiló el año pasado.

Matt se tomó unos segundos para asimilar la información en lugar de contestar lo primero que le viniera a la cabeza. Intentó razonar por qué no se le había avisado antes de cabrearse sin motivo —la resaca no era buena compañera de viaje para caminar al borde de la ira—, y al final creyó encontrar la respuesta. Quizá la situación no era tan desesperada, seguramente el comisario había decidido no abrir una investigación hasta que estuvieran seguros, esperarían un poco más antes de alarmar a nadie.

—Bueno, la niña no ha vuelto —dijo—. Eso no significa nada. Estará con su novio, trabajándose en algún motel de la playa.

Pero Pablo se lo negó al instante.

—Me temo que no, Rojo.

—Ah, ¿no tiene novio? Bueno, pues entonces...

—No, no; sí que tiene —explicó el policía a través de los burbujes de la radio.

—¿Entonces?

—Su novio está aquí, detenido. Asegura que la dejó en la guagua antes de volver a casa, después de ir al cine.

—¿Y le han detenido?

—Qué quieres que te diga, Rojo. Márquez se presentó hecho una furia y el comisario Almeida hizo todo lo que le pidió. Al parecer el padre de la niña no se fía mucho del chico.

Matt empezaba a entender. La relación entre Márquez y Almeida era lo suficientemente estrecha como para que en un caso así el comisario se volcara con su amigo.

—Joder... —murmuró—, soy yo quien investiga las desapariciones. Me gano la vida con eso.

—Lo sé —contestó Roberto—, por eso estaba seguro de que estabas al tanto. Ahora no sé qué decirte, excepto que supongo que Almeida pretende llevar esto de un modo más... personal.

—Ya, será eso.

El irlandés intentaba controlar su mal humor a pesar de que el dolor de cabeza no hacía más que empeorar a causa de las continuas interferencias de la radio y a esa nueva manera que su jefe tenía de pasarle por encima. «A la mierda», pensó. Si su superior no quería encargarse de un caso, que se lo metiera por el culo. Al fin y al cabo había muchísimas desapariciones a lo largo del año y no todas tenían que ver con *susperdidos*. De hecho, la mayoría aparecían por sí solos, como él bien sabía, y seguramente esta niñata no tardaría en volver a casa, zumbada y con las bragas en la mano.

Cuando ya iba a cortar le asaltó una única duda, una más en aquella maraña de desapariciones. Recordó el mapa en el que apuntaba los casos sin resolver y en su mente se formuló una pregunta.

—Oye, Pablo —dijo—. Supongo que el informe lo tendrá Almeida, pero ¿podrías decirme dónde se separó el novio de la chica?

—A ver, espera... Sí, tengo aquí unos apuntes de la primera declaración del chaval, a ver... Fue en la avenida Mesa y López, a la altura de...

Matt colgó la radio con un golpe en el salpicadero, arrancó el coche y aceleró sin mirar, chirriando las ruedas y dejándose la mitad de los neumáticos en el asfalto. Aunque estaba cerca

de la casa de Isaac, cambió de sentido en la siguiente rotonda y retomó la carretera en dirección contraria, a toda velocidad, hacia la comisaría.

—Esa es la zona.

Capítulo 19

El olor fue lo que despertó a Silvia. Abrió los ojos y encontró a Ruth justo delante de ella, colgada de un garfio, desnuda, despellejada. Le habían arrancado los pechos y amputado la mitad de una pierna. La sangre goteaba en el suelo desde la rodilla. Silvia se vomitó encima, incapaz de girar el cuello para apuntar a otro lado. Ella también estaba suspendida de un gancho. Empezó a chillar: no podía moverse.

Toda la habitación estaba en penumbra y la poca luz llegaba desde la puerta abierta que daba al pasillo. Los gritos se habían atenuado. Los *colgados* parecían dormir o, por lo menos, dormitar entre pesadillas.

—Silvia...

Una voz muy débil la llamó desde algún lugar a su izquierda. Pertenecía a un chico, un chico que una vez había sido Ben. Cuando Silvia logró vislumbrarlo forzando su cuello todo cuanto pudo, se dio cuenta de que le faltaban la dentadura, los brazos y las dos orejas, sangraba como un cordero degollado y apenas podía mantener los ojos abiertos.

—Dios mío, Ben... —murmuró la chica—. Te estás desangrando.

—¿Estoy muerto? —balbuceó él.

Silvia apenas pudo contener las lágrimas, a medio camino entre la lástima y la rabia más profunda.

—No... Aún no —sollozó.

—Ah...

La cabeza de Ben miraba a los lados mientras lo que quedaba de su cuerpo se licuaba sobre un charco de vísceras. Estaba tan al borde de la muerte que probablemente no sentía dolor. Ya no era Ben, ya no era nada.

—Silvia... —casi sonrió—. Estás aquí.

La muchacha se obligó a que Ben no la viera llorar. No quería sentirse débil, no quería que el hijo de puta que los había llevado hasta allí supiera que lo era. Tenía a Ruth delante, muerta, y al mirar a su izquierda decidió que si ella estuviera en el lugar de Ben, también habría preferido estarlo. No obstante, y aunque no podía asegurarlo, tenía la impresión de seguir todavía entera, de que aquel tipo no le había quitado nada. Si eso era así, tal vez tuviera una oportunidad.

Minutos después escuchó los pasos rotundos del viejo acercándose por el pasillo. Su corazón se aceleró durante el tiempo que este tardó en llegar a la habitación y encender el flexo. Al ver iluminados ante sí los despojos de Ruth, Silvia supo que iba a morir.

Ben empezó a gritar.

—¡Qué pasa aquí! ¡Yetch! —chilló Damián acercándose al chico con una jeringuilla. Le inyectó en el cuello una sustancia transparente y al momento Ben recuperó la calma—. Mucho mejor.

El anciano devolvió la jeringa usada a un cajón del escritorio y empezó a pasear nervioso entre los ganchos de sus presas. «Algo le preocupa», se dijo Silvia, esperanzada al ver su frustración. En ese momento Damián se detuvo justo delante de ella, le dio un fuerte bofetón —otro diente roto a manos de un hombre, el segundo en pocas horas— y la amenazó apuntándole al rostro con un cuchillo enorme.

—¡No me dijiste lo de las marcas! —ceceó fuera de sí. Introdujo el filo del machete por debajo de la camisa de Silvia y empezó a cortar la tela hacia arriba, dejando al descubierto sus pechos amoratados por los golpes—. ¡Tus tetas no me sirven!

Damián continuó paseando enfurecido alrededor de la muchacha, blandiendo su cuchillo con un enfado descomunal.

—He tenido que coger las de ella —murmuró señalando el cuerpo mutilado de Ruth—, ¡pero no es lo mismo!

—Le hiciste eso viva, hijo de puta...

—¡Yetch! —Oyó cómo el monstruo chasqueaba la lengua contra los dientes. Silvia fue consciente entonces de que ese estremecedor sonido la iba a acompañar hasta la tumba—. Si no las corto estando viva, la piel se queda dura y luego no se puede coser.

«Y qué vas a hacer ahora, psicópata —pensó Silvia—. Por el amor de Dios, déjame ir...»

El viejo seguía divagando, murmurando maldiciones incomprensibles mientras deambulaba de un lado a otro de la habitación. Se paró delante de Ruth y le quitó las gafas.

—Sus tetas eran una mierda —dijo—, pero no me negarás que tiene unos ojos preciosos. Damián llevó la punta del cuchillo hacia la cara de la chica y, clavándolo por un lateral de la cuenca derecha, empezó a arrancarle el globo ocular.

—Unos ojos muy especiales...

Silvia apretó los párpados presa del terror, pero no pudo evitar escuchar el chasquido repugnante cuando le cortó el filamento nervioso.

—Me encantan los ojos —dijo—. Son mi debilidad.

Los colocó en la palma de su mano y jugueteó unos segundos con ellos. Se los mostró entonces a Silvia.

—Te da asco, ¿eh? —Los observó un instante, cada uno miraba a un punto cardinal diferente—. Sí, a mí también.

Sin decir nada más se marchó a su escritorio, se sentó en un taburete y dejó los ojos de Ruth dentro de una taza. Después empezó a hojear una libreta llena de tachones mientras tomaba notas en una hoja suelta.

—¿Y yo qué? —le chilló Silvia—. ¿No te sirvo? ¡Suéltame si no me necesitas!

Damián se giró y observó a la muchacha. En especial se fijó en su piel y en la sangre que la cubría. La brecha en la sien se la había hecho él con la palanca, pero del resto de heridas no era responsable. Además de los cortes y las cicatrices, tenía golpes recientes por todo el cuerpo. Era una pieza defectuosa, su piel estaba estropeada.

—¡Déjame ir si no te valgo!

«Creía que sí. Desde que te subiste a la guagua», pensó Damián.

—Lástima.

—¡Suéltame!

Silvia vio al viejo levantarse del taburete y dirigirse hacia ella con el cuchillo en la mano.

La hoja del machete atravesó su cuello con un movimiento tan veloz que apenas pudo sentirla.

Capítulo 20

El exinspector Márquez tenía los ojos de un azul muy intenso, igual que su hija. Cuando Matt irrumpió en el despacho de Almeida, se clavaron en él como dardos envenenados.

—No te hemos llamado, Rojo —dijo Almeida, que ya suponía por lo que venía.

—¿Qué narices es esto, jefe?

La puerta de cristal se cerró detrás del irlandés con un golpe seco.

—Hola, Matt —le saludó Márquez desolado. Su rostro mostraba un intenso dolor y muchas horas sin dormir.

—Siento lo sucedido —contestó Matt—. Solo quiero saber por qué no se me deja colaborar.

El comisario Almeida suspiró y le hizo un gesto con la mano, invitándolo a ocupar la única butaca vacía.

—Siéntate.

Matt se sentó a la derecha de Márquez. Antes de que el comisario empezara a hablar, se fijó un segundo en el hombre que tenía a su lado. Solo se había jubilado hacía unos meses, pero parecía haber envejecido diez años en las últimas horas. Se preguntó cómo reaccionaría él si a Susie le pasara algo parecido.

—Quiero pedirte disculpas, Márquez —dijo—. Comprendo que no es un momento fácil. Lo que pasa es que no entiendo que se me retire del caso.

—No se te retira de nada, Rojo... —replicó el expolicía con la voz apagada. Matt se giró confuso hacia Almeida. Este carraspeó y comenzó a explicarse.

—No tenemos ningún motivo para relacionar este caso con ninguno de los que tú investigas.

—¿Cómo que no? —exclamó el irlandés recordando el mapa de puntos rojos—. La zona... Almeida le interrumpió con un gesto de su mano.

—No sigas, Matt —pidió Márquez bajando la mirada.

El tozudo irlandés sacudió la cabeza, se levantó airado y empezó a pasear por el despacho intentando calmarse.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó al fin.

—No estás apartado de ninguna investigación —contestó Almeida—. De hecho necesitamos que te sigas ocupando de esas desapariciones.

—¿Entonces?

El comisario miró por un segundo a Márquez antes de seguir con Matt, y este pudo ver en sus ojos ese brillo de lástima y compasión que solo se puede sentir por un amigo.

—Márquez me ha pedido que me encargue de un modo más personal del caso y le he dicho que sí. He puesto a uno de mis mejores hombres a la cabeza de la investigación y ya se están haciendo averiguaciones.

Matt miró a los dos tipos desconcertado.

—¿Sacas el caso de mi departamento?

—Ya te he dicho que está al margen de tu trabajo.

—¡Eso es una mierda! —exclamó el pelirrojo marcando sin proponérselo su fuerte acento irlandés.

Almeida le fulminó con la mirada y señaló a Márquez.

—Por Dios, un poco de respeto.

El policía jubilado tenía la cabeza baja y la mirada perdida en el suelo, no quería entrar en la discusión.

—Sé cómo te sientes, Matt —murmuró—, pero compréndeme.

—¿Que te comprenda? —gruñó Matt—. Comprende tú que llevo nueve años con estas desapariciones, ¡nadie puede ayudarte mejor que yo!

—Matt —intervino Almeida con gesto severo—, la discusión ha terminado. Métete en la cabeza que esta es una investigación distinta a la tuya y lárgate.

El irlandés no daba crédito.

—Tienes a un chaval en el calabozo que puede ayudarme, ¿y me pides que me mantenga al margen?

El comisario asintió y le señaló la puerta.

—Así es, adiós.

Matt se alejó unos pasos de la mesa de su superior y tomó aire.

—Señores, lamento mucho la desaparición de...

—Ruth —apuntó el padre de la chica.

—De Ruth. Pero tengo motivos para pensar que lo que sepa su novio puede...

—¿Por qué? —murmuró entre dientes.

—Porque no es asunto tuyo.

—No queremos presionarlo —intervino Márquez.

—¿Crees que ha sido él? —dijo el Rojo—. ¿Crees que te diré dónde la tiene? Pues te equivocas, Márquez, se equivocan los dos. Él no ha tenido nada que ver.

—Tú no lo sabes —gruñó el comisario perdiendo la paciencia.

—Déjame interrogarlo.

—Te he dicho que no.

—Es mi investigación —protestó Matt acercándose al escritorio. Almeida se puso de pie y se encaró con él.

—No, esta no lo es.

El rudo policía entendió que tenía la batalla perdida. Sabía de sobra cómo caía dentro del departamento y cuáles eran realmente sus bazas en un enfrentamiento con el comisario. Ninguna. Se separó de la mesa y se dirigió a la salida.

—Dime al menos quién lleva la investigación —dijo.

—No es asunto tuyo.

Matt sonrió furioso y agarró el pomo de la puerta.

—Prométeme que se me informará de los progresos que tengan que ver con mi trabajo. Almeida se volvió a sentar.

—Adiós, Matt.

El irlandés apretó el puño en el picaporte, descargando su ira contra el metal.

—Ya... —susurró con resquemor—. Adiós.

—Adiós, Rojo —lo despidió Márquez—. Lo siento.

Matt abrió la puerta y al momento le asaltaron los ruidos incesantes de la comisaría. Una marabunta de voces, de tecleos histéricos, los pitidos de la máquina de café... Consultó el reloj colgado en la pared de la sala de espera. La tal Ruth llevaba más de doce horas desaparecida.

Se iba, sí, pero antes se dio la vuelta y se dirigió a Márquez.

—No te preocupes —espetó—. Tu hija ya está muerta.

Capítulo 21

Matt había abandonado el despacho del comisario como un verdadero hijo de perra, ignorando los gritos de Almeida y las lágrimas mudas de Márquez. Sabía que iba a sufrir represalias por haber tratado así al amigo del jefe, pero le daba lo mismo. Tras subirse en su coche y conducir durante horas escuchando AC/DC a todo volumen, se detuvo en una cafetería de la zona industrial del puerto y pidió un té y un perrito caliente.

—O muy tarde para comer o muy temprano para cenar —le dijo la camarera al dejar su bandeja en la mesa.

«Tú cállate y déjame comer en paz», pensó Matt, aunque solo le dio las gracias. A fin de cuentas la chica no estaba mal y, desde luego, no tenía culpa de nada.

—¿Puedes traerme un par de aspirinas? —preguntó. Ella asintió con una sonrisa.

Estaba sentado en una estrecha mesa de madera junto a la ventana, con la vista de los tejados de la ciudad y la panorámica de los barcos llegando al puerto, en una cafetería medio vacía que solo por las mañanas se llenaba de marineros, policías y transportistas. Llevaba horas lloviendo, como si el otoño hubiera decidido irrumpir de pronto.

—Vaya tiempo más raro, ¿eh? —comentó la camarera mientras colocaba sobre la servilleta un par de calmantes y un vaso de agua—. Después de tanto calor, parece que ahora toca sacar el paraguas.

—Sí, por fin —contestó Matt con una sonrisa, dejándose llevar por los recuerdos de su Dublín natal.

—¿Por fin? —replicó la chica—. Qué va, qué va. Yo prefiero el sol y la playita.

—Claro —sonrió Matt.

—¡May! —exclamó desde la barra un tipo que debía ser el dueño del local—. No te entretengas.

La chica torció el gesto.

—¿Te llamas May? —preguntó Matt. Ella asintió—. Muy bonito.

La camarera sonrió y regresó a la cocina mientras su jefe clavaba en el irlandés unos ojos cargados de desconfianza. Quizá le daba mala espina por su aspecto rudo, su pelo naranja y esas feas cicatrices debajo de la barba sin afeitarse.

—Vete a la mierda —murmuró Matt.

Había desplegado sobre la mesa el mapa punteado en el que tomaba nota de las desapariciones. La noche anterior había registrado la de Isaac y mientras esperaba la comida sacó el rotulador rojo para dibujar otro puntito sobre la casa de Márquez. No vivían dentro de ninguna de las áreas más coloreadas, sin embargo el novio de la chica había declarado haberse separado de ella en una de las paradas de autobús de Mesa y López. Una cruz más sobre Mesa y López, y ya eran unas cuantas. Matt necesitaba hablar con el chico para averiguar exactamente dónde ponerla.

Terminó su almuerzo en dos bocados. Estaba muerto de hambre. Después pasó varios minutos con la atención perdida más allá de la ventana, contemplando cómo la lluvia caía pesadamente sobre los charcos mientras rumiaba los últimos acontecimientos. Dos desapariciones seguidas. Un poco de agua se filtraba entre los cristales y salpicaba sus papeles. Era empujada por un fuerte viento que venía de la calle y cuyo desagradable silbido se escuchaba en todo el garito, haciéndole la competencia a la música irritante del televisor.

Matt pensó en llamar a Susie, más que nada para ver cómo estaba, pero entonces tendría que disculparse por lo sucedido la noche anterior y de verdad que no sabía cómo hacerlo. Además, tal vez su hija no quisiera coger el teléfono.

—Es canario.

Matt se giró sobresaltado, como si le despertaran de un profundo sueño. La camarera estaba a su lado recogiendo los restos de la comida.

—Mi nombre —añadió—. Es canario.

El policía sonrió. Así, de cerca, descubrió que la muchacha tenía unos ojos muy bonitos, a medio camino entre el verde y el gris.

—Ah —contestó—. Me gusta mucho.

Varios metros detrás del escote de la camarera y de su intencionada sonrisa encontró la mirada severa y reprobadora del dueño del bar desde la barra.

—Gracias.

Solía pasarle a menudo. Precisamente ese aire bruto y peligroso que ahuyentaba a los padres era lo que más atraía a las hijas. Ellas le miraban como a un extraño animal en vías de extinción, aunque tampoco podían evitarlo. Y al parecer a esta le había dado fuerte. Matt solo le dedicó una sonrisa con sus ojos fríos como el hielo; por más que la chica mereciera la pena, él no tenía ánimos para jugar.

—¿Es tu padre? —le preguntó señalando al maromo de la barra.

—¿Él? —Ella miró de reojo—. Menos mal que no. Es mi tío.

—Parece que se preocupa mucho por ti.

La chica estaba inclinada sobre la mesa del policía, sonriéndole con picardía y enseñando todo lo que quería que viera.

—Que se joda. Matt se echó a reír.

—Igual deberías volver al trabajo.

—No te preocupes —dijo ella fingiendo que recogía las migas de la mesa con un trapo—. No hay mucha gente.

—Ni en esta mesa hay migas —rio él.

La camarera se incorporó y juntó los labios en una mueca.

—De acuerdo, si quieres que me vaya, lo haré —murmuró—. Solo pensé que necesitabas algo de compañía.

—No hace falta, gracias —contestó el irlandés abriéndose sutilmente la cazadora para dejar a la vista la placa sujeta al cinturón—. Pero puedes traerme la cuenta.

—Okey.

Matt no pudo evitar mirarla mientras se iba; tal vez se había equivocado al no ser más amable. Los ojos encendidos del tío de la chica le quitaron la idea de la cabeza.

Le hacía gracia la actitud de las muchachas de esa edad —debía ser un poco mayor que Susie—, siempre dispuestas a la aventura, a experimentar emociones, aunque muchas después lo lamentaran. Por suerte no todas eran como esta, tan lanzadas; sin embargo, mientras esperaba la factura, se puso a pensar en cuántas sí lo eran. Cuántas no percibían el riesgo de marcharse solas con un tipo como él. Por qué les atraía el peligro, por qué coño no pensaban con la cabeza. A cuántas no les asustaban los tipos malos.

Ese divagar terminó por dibujar una idea terrible en su cabeza. Cuando la chica regresó con la cuenta, él la invitó a sentarse. Ella accedió ignorando las miradas de su tío.

—¿A qué hora terminas aquí, May?

La chica sonrió, como si no pudiera creer que de verdad se lo estuviera preguntando.

—A las dos —contestó nerviosa—. Pero entre que recogemos y limpiamos, solemos salir cerca de las tres. ¿Te parece muy tarde?

—Es tarde —apuntó el policía pensativo.

—¿Por qué? ¿A qué hora terminas tú? Matt sonrió.

—¿Tienes moto o coche? —le preguntó.

—Hum..., eres un tipo curioso —comentó ella con una sonrisa de medio lado; lo cierto era que resultaba bastante atractiva—. Me temo que no. No tengo ninguna de las dos cosas.

—¿Y cómo sueles volver a casa?

La camarera se echó a reír. Su tío estaba a punto de explotar detrás de la barra.

—Pensé que eso lo ibas a resolver tú.

El irlandés volvió a sonreír y negó con la cabeza.

—No, en serio. Dime.

Ella parecía no entender de qué iba aquel tío.

—Pues bueno —empezó señalando más allá del cristal empañado de la ventana—, bajo por aquí hasta el puerto..., y allí cojo la guagua.

—¿La guagua, a las tres de la mañana?

—Sí, claro, qué le voy a hacer, mi tío no me paga lo suficiente para comprarme un coche. Tengo carné, ¿sabes? Estoy intentando ahorrar.

—No, no. Me refería a que cómo es que tan tarde todavía hay guaguas.

—¡Pues claro! —exclamó la chica exhibiendo una amplia sonrisa—. Cómo se nota que los maderos no cogen nunca el transporte público.

—Alguna vez lo he hecho... —se defendió Matt—, solo que nunca a esas horas.

—Pues sí que hay —contestó la camarera acercándose. Sus labios casi rozaban la oreja del policía—. Y se va la mar de calentito, por si no te gusta la lluvia.

—¡May! —chilló el posadero.

—Qué pesado —protestó ella, y se volvió hacia Matt—. Oye, yo te he dicho mi nombre, pero todavía no me has dicho el tuyo.

El irlandés sonrió.

—Espera —le guiñó un ojo, le gustaba disfrutar de su impaciencia—. Entonces, ¿vuelves a casa sola? —Ella asintió, se mordía el labio con media sonrisa. «Vaya —pensó Matt—, pues sí que va deprisa.»—. A esa hora las guaguas deben ir casi vacías, ¿qué pasa si de repente se sube alguien con mala pinta, alguien peligroso?

—¿Alguien como tú? Él sonrió, joder con la niña. Se preguntó si su tío era consciente de cómo se las gastaba.

—Alguien peor, alguien con malas intenciones.

La camarera se retiró un poco haciendo un mohín.

—¿Tú no tienes malas intenciones? —preguntó cruzando los brazos delante del pecho de manera que sus encantos se elevaran lo suficiente.

El policía no pudo evitar reírse, tenía edad para ser su padre y aquella mocosa estaba consiguiendo ponerle nervioso.

—Je, no, en serio. Dime.

—¿A qué viene tanta pregunta? —replicó ella empezando a impacientarse.

—Por favor, contesta.

—No te gusto...

—Que sí, boba, claro que me gustas. Solo contéstame a esa pregunta. Ella puso cara de fastidio.

—Pues no sé, no suele pasar eso. En esta ciudad nunca pasa nada.

Matt se reclinó en la silla. Esa estúpida conversación solo iba encaminada a un fin desde el principio y la sencilla respuesta de la chica no hacía más que confirmar su sospecha. La tranquilidad con que la gente llevaba cada día su rutina era el mayor de los peligros a los que podía enfrentarse. No te asusta nadar con tiburones si no sabes que los tienes debajo, y cuando deciden mostrar su aleta, ya es demasiado tarde.

El policía se puso de pie y le dedicó una sonrisa a la camarera, que no entendía lo que estaba sucediendo.

—A las tres, entonces —le dijo el policía, y dejó un billete de veinte euros encima del mantel, aunque su comida había costado mucho menos—. Hazme caso, coge un taxi.

El irlandés salió del local y atravesó el aguacero hasta su coche. Por primera vez en meses creía

tener un hilo del que tirar. Sabía cuál era el perfil que todas las teorías tendían a asignar a un secuestrador recurrente: hombre joven o de mediana edad, razonablemente fuerte, con cierta habilidad para congeniar con sus víctimas antes de ponerles la capucha. Podía dominar el lenguaje y también conocer la ciudad y sus costumbres, de manera que le fuera sencillo entablar una conversación con un desconocido. Una vez rota esa barrera...

Las investigaciones habitualmente solían dirigirse a maestros, a monitores deportivos, también a gente con cierta formación y facilidad de oratoria. Nunca se descartaba a los médicos, a los propios policías e incluso a los bomberos, a todos los profesionales que de por sí despertaran la confianza de la gente. Lo normal era pensar que debía tratarse de un tipo atractivo, pero la experiencia le había enseñado que no tenía por qué ser siempre así.

Durante nueve años Matt había ido descartando media docena de teorías. Pero ahora, gracias a May y a lo poco que sabía de la declaración del novio de Ruth, empezaba a dar forma en su mente a una de las hipótesis más sólidas: ¿y si el tipo se acercaba a sus víctimas en la soledad de un autobús?

Se dirigió a la comisaría.

Capítulo 22

El vigilante de la estación de San Telmo era un tipo grande y robusto que no se separaba nunca ni de su gorra ni de su radio portátil; siempre llevaba un auricular incrustado en la oreja. Esa tarde no iba a ser una excepción. Saludó con la mano a Damián desde debajo de la rampa y se acercó a él como cada vez que se lo encontraba. El chófer intentó recordar su nombre, pero ni siquiera estaba seguro de haberlo sabido nunca. Era increíble cómo aquel tipo, día tras día, se empeñaba en compartir con él alguna estupidez.

—¿Sabes cómo va la Unión Deportiva? —le preguntó con una afable sonrisa señalándose con un dedo el auricular. Todos en el trabajo sabían que el viejo conductor no oía bien.

Damián, contribuyendo a fomentar esa idea, decidió hacerse el sordo y siguió de largo como si no hubiera notado la presencia del vigilante. Entonces una manaza le detuvo golpeándole en la espalda.

—¡Damián, hombre, que te estoy llamando! —exclamó el guarda con su grueso vozarrón, y le obligó a darse la vuelta.

—No me había enterado —murmuró el conductor—, perdona.

—No pasa nada, viejito. —El tipo se desconectó el auricular del oído—. ¿Cómo va todo?

Por un momento, Damián se sintió incómodo. No entendía muy bien a qué venía tanto interés.

—¿Qué? ¿Por qué me lo preguntas?

El conductor hizo un rápido repaso mental por su rutina de aquel día, intentando recordar si se había dejado algo, una mancha, una gota de sangre en la camisa o alguna herida sin limpiar; pero no, no creía que hubiera nada. Había dejado a sus piezas dormidas en el taller y había seguido escrupulosamente todos los pasos necesarios para presentarse al trabajo sin levantar sospechas. Respiró con alivio, obviando la presencia del segurata. Pensó que se estaba haciendo mayor, que hacía mucho tiempo que no le inquietaba tanto que le preguntaran por sus cosas, esa sensación de que los demás saben algo y esperan que confieses. Afortunadamente no parecía ser ese el caso.

—Por nada, hombre —contestó el vigilante—. Es que tienes mala cara.

—¿Tengo mala cara? —replicó el chófer intentando forzar una sonrisa social—. No me había dado cuenta...

—¿Pero estás bien, bribón?

El guardia de seguridad le guiñó un ojo y Damián tuvo que contener una mueca de asco.

«¿Por qué no me dejas en paz?», pensó.

—Sí, sí —asintió, en lugar de contestar lo que pensaba. Y decidió poner fin cuanto antes a la conversación—. Bueno, no he dormido muy bien esta noche, será por eso.

El vigilante le regaló otra palmada en el omóplato que por poco le descoyunta el hombro.

—¡Pues será por eso! —exclamó estallando en una sonora carcajada.

—Oye... —Damián seguía sin recordar su nombre—. Será mejor que me vaya, que llevo tarde.

Y dejó al hombretón recreándose en su propia risa.

Se alejó de los mostradores y rodeó las grandes columnas para llegar al vestuario. Después de fichar guardó su bolsa de deporte en la taquilla y entró en el baño. Mientras se lavaba las manos y se refrescaba la cara observó en el espejo que al tozudo vigilante no le faltaba razón. Las largas horas de trabajo en el taller le estaban pasando factura y se veía pálido y ojeroso como si de verdad estuviera enfermo.

Nada más salir del vestuario se dirigió a la oficina del supervisor de la compañía, Luciano Cabrero, un empleado tan viejo como él.

—Llegas tarde —le regañó al verlo entrar.

Los dos habían empezado casi a la vez en el mundo del transporte, a pesar de que después la

vida, en especial la de Damián, los había ido separando. Cabrero era un tipo curtido, brusco, con un espeso bigote negro que le cubría el labio superior, y que solía protegerse detrás de unas feas gafas de culo de botella. Tenía tantos años como Damián, pero sus ojos eran pequeños y vivaces como los de un muchacho. Su gran pasión era el fútbol, y por eso tenía toda la oficina decorada con banderines y gorras de la Unión Deportiva. En su juventud había sido jugador casi profesional, pero ahora volcaba toda su ilusión en su nieto, que con cinco años daba sus primeras patadas al balón en los campos de hierba artificial del barranco de La Ballena.

—Lo siento —replicó Damián.

Cabrero lo miró por encima del puente de sus gafas.

—Ya.

Mientras el supervisor revisaba por enésima vez el periódico, Damián cruzó la oficina y se sirvió una taza de café de una jarra que habían dejado sobre la encimera.

—Está frío —protestó.

—Haber llegado antes.

El chófer se tragó el brebaje con calma, observando por la ventana cómo los autobuses iban y venían sin cesar cargados de pasajeros. Los que subían cerraban sus paraguas, los que llegaban los abrían.

—Hay que ver cómo cambió el tiempo anoche, ¿eh? —murmuró.

—Sí, pasamos del verano al otoño en cuestión de horas —respondió el supervisor—. Y eso que tú acabas de llegar, a primera hora de la mañana era mucho peor.

Damián apuró el café, enjuagó la taza debajo del grifo y la dejó junto a otro montón para el siguiente que la necesitara.

—Ya volverá el calor, seguro. ¡Yetch! —gruñó frotándose las manos—. Bueno, me voy a mi guagua.

—Espera un momento —le dijo Cabrero—. Ven.

Damián frunció el ceño y se acercó al escritorio de su jefe. Su amigo lo miraba como si viera un fantasma, haciéndole sentir inquieto por segunda vez en ese día. Se estremeció intentando adivinar en qué podía haber sido descuidado, cuál podría ser el error que pasara desapercibido a ojos del estúpido vigilante, pero que lo delatara delante de Cabrero. El supervisor se levantó las gafas.

—Vaya, sí que tienes mala cara. Damián se apartó bruscamente.

—Pero qué dices, hombre, estoy bien. Cabrero no pareció escucharle.

—¿Cómo te encuentras, Damián?

—¿Qué?

—Que cómo estás, si te duele algo... ¿Te notas débil? Damián meneó la cabeza.

—No, no, me siento bien... —Empezaba a hartarse—. ¡Yetch! Bueno, un poco cansado,

El supervisor volvió a colocarse las gafas y se puso de pie. Se dirigió al otro lado de la oficina y regresó con un par de píldoras, una azul y otra naranja.

—Cógelas —le ordenó.

—Pero si estoy bien...

—Ya, eso crees.

Le puso un vaso de agua en la mano y se aseguró de que se tomara las pastillas. Realmente tenía tan mala cara que dudó que fuera buena idea mandarlo a trabajar ese día.

Damián terminó de tragar.

—Bueno, ya está. Y ahora sí me voy, que ya es demasiado tarde y Pedro me va a matar. Pedro era el otro chófer que cubría la línea de Damián.

—A él no le importará doblar turno —contestó Cabrero mesándose el bigote sin dejar de mirarlo, como si estudiara sus ojeras, sus arrugas, su palidez—. Necesita el dinero tanto como

yo una próstata nueva. —Su viejo amigo se giró hacia él—. ¿Sabes qué? Deberías tomarte unos días libres.

—¡Yetch! Pero ¿por qué?

—Porque te lo digo yo. Soy tu amigo, no te veo bien y me preocupo por ti. Damián no sabía dónde meterse, el día estaba siendo de lo más extraño.

—Pero no hace falta...

—No me discutas —concluyó el supervisor—. Vete a casa, descansa unos días y, cuando te encuentres mejor, vuelves. Yo coordinaré con Pedro para arreglar tus turnos. En serio, me agradecerá unas horas extra. No quiero verte por aquí hasta que tengas mejor color.

Mientras Cabrero hablaba, Damián iba analizando todas las opciones, y la verdad era que quedarse unos días en casa tenía algunas ventajas. Tal vez estuviera un tiempo sin recoger piezas nuevas, pero tendría la oportunidad de trabajar con las que ya había seleccionado y de retocar las muñecas viejas. Cuando necesitase más material, volvería al trabajo y lo conseguiría sin mayor problema. Empezaba a ver las cosas con una luz diferente, tanto que casi se dibujó en su cara una sonrisa perversa. Por suerte recordó enseguida que le convenía hacer creer a su jefe que estaba enfermo.

—La verdad es que te lo agradezco, Luciano —dijo como si de repente le dolieran todos los huesos del cuerpo—. No me vendrá mal descansar unos días.

—Claro, hombre —añadió Cabrero—. Llevas sin vacaciones desde...

El supervisor guardó silencio de golpe. Definir los días que Damián había estado de baja por la muerte de su hija como «periodo vacacional» no era demasiado correcto. Por suerte, el chófer, como si estuviera pensando en otra cosa, pareció no darse cuenta.

—¿Qué hago con las llaves de la guagua? —preguntó de pronto—. Me las llevo, ¿no?

—No, déjamelas a mí —contestó Cabrero mientras recibía el sucio llavero, colgándolo en el panel metálico junto al resto.

Damián se puso tenso.

—Pero es mi guagua...

El supervisor se echó a reír y le palmeó la espalda acompañándolo a la puerta. Al parecer ese día todos se habían confabulado para causarle una contractura.

—No te preocupes —le dijo—. Los chicos cuidarán de ella. Venga, vete a casa y ponte una buena peli. ¿Tienes aspirinas? —El otro asintió—. Perfecto. Pues ya te veré en unos días.

Prácticamente le cerró la puerta en las narices y Damián se alejó cabizbajo. No le preocupaba que sus estúpidos compañeros cuidaran de su guagua. Le preocupaba el hecho de no recordar si había limpiado del suelo la sangre del tipo al que le había reventado la cabeza con la palanca y si no había olvidado disimular algún desperfecto demasiado evidente. Aunque casi se había convertido en un experto chapista, esa última incursión había resultado especialmente accidentada. Por suerte para él, Damián podía ser muchas cosas excepto un hombre descuidado.

Capítulo 23

La mayoría de los funcionarios de la comisaría habían terminado su turno a esa hora de la tarde, por eso cuando llegó Matt el aparcamiento estaba vacío. Por si acaso, dejó su coche en una de las plazas más alejadas de la entrada y recorrió a pie los doscientos metros que lo separaban de la puerta lateral del edificio, la que le permitiría acceder a los calabozos sin pasar por la oficina central. Aún tenía que subir los escalones metálicos, pero antes de llegar arriba ya distinguía la voz enlatada de uno de esos programas de televisión de sobremesa, así que al instante pudo adivinar quién estaba de guardia. Ni él mismo lo habría escogido mejor.

El chaval se llamaba Nacho, estaba recostado medio dormido detrás de un enorme mostrador con el cinturón desabrochado. Tenía ante sí una montaña de papeles, un pequeño calendario y un televisor portátil. Solo le faltaba poner los pies encima de la mesa para ganarse el despido.

—¿Cómo puedes ver eso? —le preguntó Matt a modo de saludo—. ¿No eres ya muy mayor? Al oír la inesperada voz de su superior, el muchacho se esforzó torpemente en recuperar la compostura, aunque pronto se dio cuenta de que mantener la dignidad iba a resultarle muy difícil. No se conocían demasiado, pero todo el mundo en la comisaría sabía quién era el Rojo y la fama que tenía.

—No diré nada, ¿verdad? —susurró. Matt se echó a reír.

—No diré nada si me haces un favor.

El chico apagó el televisor y trató de ordenar apresuradamente sus papeles mientras miraba al policía de reojo. Haciendo un gesto con la cabeza, este le señaló el pasillo que llevaba a las celdas.

—Necesito que me dejes hablar con un detenido.

Nacho no estaba seguro de poder hacerlo. Se acomodó en su silla y sacó de debajo de la montaña de informes un grueso libro de registro.

—Por mí no hay problema, pero...

—¿Qué es esto, un hotel? —preguntó el irlandés con una sonrisa tramposa. Necesitaba transmitir confianza al chico; era fundamental para su investigación hablar con Víctor.

Sin embargo, el joven agente no se rio, sino que lo miró de refilón mientras abría el libro y tiraba de la cinta roja que hacía de marcador.

—¿Qué detenido? —preguntó.

—Un chaval —contestó Matt secamente—. Un tal Víctor.

Nacho deslizó el dedo por la página izquierda y después por la derecha.

—Víctor... ¿Roca? Matt cruzó los dedos.

—Sí, ese.

—¿Tiene autorización?

—¿Y tú tenías abrochados los pantalones?

El chico lo miró desconfiado y con una larga mueca de odio en la cara. Entendía perfectamente el mecanismo del «una por otra», pero él se jugaba mucho más que eso.

—Si usted dijera algo... —empezó, pero Matt lo calló con un gesto.

—¡Chss!... Será nuestro secreto. Nacho suspiró vencido.

—Cinco minutos —dijo.

—Perfecto —celebró el Rojo—. ¿Dónde está ese tal Víctor Roca?

El novio de Ruth Márquez estaba sentado al fondo de su celda, en el filo de un sucio camastro de metal cubierto solo con una raída manta gris. Tenía cara de sueño y, a juzgar por su ropa, lo

habían sacado de casa recién levantado y a rastras. En el habitáculo no había ningún otro detenido, cosa que Matt agradeció, y en la celda de al lado solo dormía un sucio vagabundo. Cuando el pelirrojo golpeó los barrotes con su pistola, el chico lo miró con una mezcla de miedo y rencor que no se esperaba. Tras examinarlo un segundo, el policía se dio cuenta de que aquel pobre diablo no tenía la pinta de alguien que sabe por qué lo han encerrado.

—¿Víctor? —preguntó con su rudo acento. El muchacho dio un respingo y se acurrucó un poco más en la penumbra de la celda, pero no contestó—. Soy policía.

Se escuchó un suspiro en el silencio del calabozo; silencio en el que zumbaba como un avispon el tubo fluorescente del techo.

—Qué bien —contestó Víctor sin acercarse a la luz. Matt solo podía verlo a medias.

El detenido tenía la voz ronca, como si hubiera estado llorando; sin embargo, parecía entero o, al menos, intentaba parecerlo.

—Oye, chaval —le dijo el irlandés—, sé que tú no lo hiciste.

Matt no obtuvo respuesta de la oscura silueta que estaba sentada en la sombra. Se acercó un poco más a los barrotes, pero su percepción no mejoró en nada. Entonces pasó a su plan B. Se metió la mano en el bolsillo de la cazadora para sacar un bocadillo envuelto en papel de aluminio y lo lanzó hacia donde estaba Víctor. Este lo agarró al vuelo, abrió rápidamente el envoltorio y comenzó a devorarlo.

—Ya me conozco la mierda de comida que dan en este sitio —dijo—. Ahora dime tú por qué te han metido aquí dentro.

—Se lo debo al papá de mi novia —contestó Víctor con sarcasmo—. Al parecer no le gusto demasiado.

Se interrumpió mientras masticaba un trozo de pan. Matt ya suponía que no había comido ni mucho ni bien desde que lo trajeran por la mañana.

—Ya veo.

—El muy cabrón cree que le he hecho algo a su niña.

—Y, claro, tú no lo has hecho.

—¡¿Yo?! —exclamó Víctor alterado por primera vez. Se bajó del catre de un salto y se acercó a la puerta de la celda con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Yo jamás le tocaría un pelo, ella es lo que más quiero en el mundo!

El policía trató de calmarlo, se dirigió al final del pasillo y sacó de una máquina expendedora una botella de agua mineral.

—Toma —le dijo.

Víctor bebió hasta terminar la botella.

—Te han interrogado ya, ¿verdad?

—Sí —contestó él con la boca llena—. Una tía. Matt frunció el ceño extrañado.

—¿Una mujer?

El chaval comía tan deprisa que casi no conseguía mantener la boca vacía. Asintió con migas por toda la barbilla.

—Sí, una pelirroja —dijo, tragó y lo señaló con un dedo—. Coño, podría ser hermana suya.

El policía fingió una sonrisa. Después de lo que acababa de oír, ya sabía a quién había asignado Almeida el caso.

—Bueno, ¿y qué le dijiste?

—La verdad —replicó el muchacho insolente.

Matt se obligó a sonreír, forzando los límites de su paciencia.

—Ya, ¿y podrías decirme lo mismo a mí?

De repente Víctor se alejó de los barrotes y miró al pelirrojo con desconfianza.

—¿Y por qué no se lo pregunta usted? —dijo, y regresó a la sombra de la celda sin dejar de observarlo. Desde allí se tomó unos segundos para estudiar el aspecto desaliñado de aquel tipo

tan raro, su acento extranjero, su ropa vieja y desgastada. Matt comprendió que lo había perdido—.

—¿Cómo sé que es usted policía?

—Mira, chaval —empezó agarrando los barrotes como si los fuera a romper—. Tu suegro quiere enchironarte, si no encuentran a la chica serás el principal sospechoso, y resulta que el único que te cree inocente y que la puede encontrar soy...

—¡Rojo, la hora! —gritó Nacho desde arriba. Matt se giró hacia Víctor.

—Se me acaba el tiempo, chico.

El novio de Ruth lo miró de arriba abajo y suspiró. Estaba harto de todo aquello. Pensaba en su novia, en que no estaba, en que alguien se la había llevado y no le dejaban salir a buscarla. Pero al levantar la vista solo encontró los ojos impávidos del policía. Víctor lo miró fijamente.

—¿Me creerá?

—Convénceme.

Capítulo 24

Aunque a media tarde ya no llovía, el fuerte viento no había hecho desaparecer las nubes de la tormenta. Por esa razón en el barrio alto de La Minilla no había nadie bañándose en la piscina.

—Vaya mierda —dijo Eric. Estaba sentado en el bordillo dibujando ondas en el agua con los dedos, mientras su amigo maldecía en voz baja sin quitar los ojos de la ventana.

—¿El qué? —le contestó Jandro sin ganas.

—El tiempo. Nos va a joder la noche.

Jandro miró hacia arriba. La verdad es que le daba lo mismo el cielo, lo que le importaba era la hora; cada vez era más tarde y las chicas no bajaban.

—Ya será menos —comentó—. No creo que llueva.

—Eso espero.

Jandro volvió la mirada a la ventana, la luz de la habitación seguía encendida. Resopló y dijo algo entre dientes. Eric se echó a reír.

—¿Qué te pasa? —le preguntó—. Te saca de quicio, ¿eh? Su amigo lo miró con una mueca.

—A ver si te hace tanta gracia que te tire al agua —contestó haciendo ademán de levantarse e ir a por él.

—¡Ni se te ocurra! —exclamó Eric sin parar de reír, retirándose del bordillo. Se sacudió los pantalones y se sentó en una hamaca. La luz de la ventana se apagó de pronto—. Ahí las tienes.

Jandro ya se había dado cuenta. Suspiró.

—A ver si es verdad.

Instantes después, la puerta de entrada al recinto de la piscina se abrió y aparecieron Mónica e Iris con varias bolsas de plástico en las manos. Las dos llevaban minifalda y una blusa muy fina. Mirando a su chica, Jandro pensó que había merecido la pena esperar. Sin embargo, no podía reconocerlo.

—Ya era hora, ¿no? —gruñó.

—¿Tienen la bebida? —preguntó Iris ignorándolo.

Su novio, Eric, la devoraba con los ojos, salivando como un cachorro ante su golosina.

—¿Y ustedes traen el hielo? —contestó él. Iris levantó las bolsas.

—Pues nos vamos —concluyó Jandro.

Cargaron las provisiones en el maletero y se pusieron en marcha con la música a todo volumen y las luces azules de los guardabarros encendidas.

—¿Iremos a algún sitio después? —preguntó Mónica, una vez se hubo sentado en el asiento delantero junto a su novio—. No me he vestido así para nada.

—No sé, ya veremos —contestó Jandro.

—Todavía no lo hemos decidido —añadió Eric—. ¿Se les ocurre algún sitio?

—No —repuso Iris—. Ya pensaremos en algo.

Jandro pudo ver por el espejo retrovisor cómo la chica se dejaba caer encima de su amigo y juntos desaparecían en las profundidades del asiento trasero. Sonrió y puso la mano sobre el muslo de su novia, justo donde empezaba la falda.

Aceleró y salió de la rotonda en dirección a la vieja base abandonada.

Detuvieron el coche en un ensanchamiento de la carretera, en el camino de entrada a la base, a pocos metros de la arcada de cemento y justo al lado de la vieja caseta de control. Dejaron las luces de los faros encendidas, subieron el volumen del reproductor de cedés y abrieron el maletero para sacar las bolsas.

—No recordaba esas rocas —comentó Eric mientras ordenaba las botellas de ron y Coca-Cola junto al hielo y los vasos de plástico.

Se refería a dos enormes piedras que bloqueaban el camino, un kilómetro más arriba. Por suerte el vehículo de Jandro pudo pasar entre ellas.

—La última vez no estaban —contestó este—, pero yo ya sabía que las habían puesto. Alguien me lo dijo.

Mientras los chicos preparaban las bebidas, ellas empezaron a animarse, bailando con timidez a la luz de los faros. A los pocos segundos llegaron los primeros cubatas. Jandro les acercó dos vasos colmados y una bolsa de cortezas de jamón.

—¿Y sabías también que estaban separadas y se podía pasar? —preguntó Mónica cogiendo su bebida.

—De eso no estaba tan seguro —sonrió el chico—. Me la jugué un poco.

Su novia le plantó un besazo en los morros. La noche empezaba a animarse.

—No jodas que hemos venido a ciegas —le recriminó Eric mientras le daba su vaso.

—No, hombre —replicó Jandro—. Hablé con Jonay y me contó que había venido la semana pasada con una chica y que pudo pasar, que alguien había movido las rocas. Yo solo supuse que seguirían separadas, pero no podía estar seguro.

—Ya —concluyó Eric no muy convencido—. Vamos, que por poco nos tenemos que volver a casa.

—Anda, calla y disfruta —contestó su amigo—. ¿Vas a dejar que tu novia baile sola?

Eric se deslizó al ritmo de la música hasta el centro del círculo de luz y rodeó la cintura de Iris con un brazo. Simplemente quería bailar, sentir su piel y el vaivén de sus caderas, beber y olvidarse de todo.

Unas horas después, ya de madrugada, no les quedaría ni alcohol ni ganas de bailar ni tiempo.

—Tío, qué tarde —comentó Eric mirando su reloj.

Estaban sentados en lo alto de una roca con la mirada perdida en la oscuridad del valle.

—Déjame tu chaqueta —pidió Iris a su novio.

Eric se acercó al asiento trasero del coche para cogerla y ponérsela por encima de los hombros.

—Por lo menos no ha llovido —añadió Mónica conteniendo un bostezo.

Habían pasado las últimas horas bailando y bebiendo sin parar, y de repente el sueño los había golpeado como un mono con una maza.

—¿Ya no queda nada de ron? —preguntó Iris mirando el fondo vacío de su enésimo vaso de tubo.

—No —contestó Eric negando con la cabeza.

—Pues vaya.

Jandro miraba distraído más allá del barranco, donde la escasa luz de la luna que conseguía atravesar las nubes se reflejaba tenuemente en el mar. Lo había pasado muy bien, pero empezaba a dolerle la cabeza.

—¿Hacemos algo? —le preguntó Eric.

—¿Y qué quieres hacer? —repuso.

—No sé, ir a algún sitio.

Nadie pareció escuchar el comentario, así que Eric supuso que su idea no había tenido éxito. Jandro se acomodó en la roca y estrechó contra sí a su novia.

—Es muy tarde, tío... —farfulló—. Además, no me apetece conducir.

—¿Y tú puedes conducir? —replicó su novia girándose para alcanzar sus labios.

—Te sorprendería lo que soy capaz de hacer estando borracho...

—Aggg, no puedo verlo —dijo Eric girando la cabeza mientras se besaban. A su lado, Iris tiritaba embutida en la chaqueta—. ¿Tienes mucho frío?

—Bastante... —sonrió ella.

—¡Pues la noche no se puede acabar aquí! —exclamó Mónica incorporándose de pronto—.

¡Levanta, niña, vamos a bailar!

La chica tiró del brazo de su amiga hasta que la obligó a bajar de la roca. Después se ayudaron mutuamente para llegar al centro de la luz sin tropezar y empezaron a bailar entre risas.

—¡Cómo están...! —comentó Jandro sonriente.

Iris le hacía señas con las manos para que se uniera a ella, pero él declinó la oferta con la cabeza.

—¿De qué se ríen?

La pregunta de Jandro lo despertó de su fantasía. Se dio cuenta entonces de que las chicas llevaban un rato cuchicheando entre ellas, los miraban y se reían.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Hemos tenido una idea —murmuró Iris. Los chicos se miraron desconfiados.

—Bueno, ¿cuál? —se atrevió a preguntar Eric.

Iris frunció el ceño, pero no era nada más que un truco.

—Hemos pensado que...

—Que nos gustaría entrar —terminó Mónica.

Jandro frunció el ceño y miró a su amigo por encima del hombro de la chica.

—¿Entrar dónde?

—Ahí.

El dedo de Mónica señalaba hacia la base, más allá de la arcada de cemento, a la oscuridad, donde la maleza y la negrura se comían el fondo del valle. Los chicos se echaron a reír.

—¿Qué pasa? —preguntó Iris—. ¿A qué vienen esas risas?

Jandro se deshizo de Mónica y entró en su coche para bajar la radio.

—Ahí abajo no hay nada —dijo.

Su novia también se incorporó y fue hacia él.

—Bueno, si no es peligroso, podemos bajar —comentó.

—¿No se atreven? —preguntó Mónica golpeando donde duele.

—No hace falta atreverse —saltó Jandro como un resorte—. No pasa nada, he bajado mil veces.

—Entonces...

—Eric, diles tú que no merece la pena.

—No sé —contestó este cuando se dio cuenta de que los demás esperaban una respuesta—. Yo no he entrado nunca...

Jandro bufó enfadado. Empezaba a cansarse de que su mejor amigo fuera tan pardillo. A él nunca lo dominaría una mujer por más tetas que tuviera. Se giró airado hacia sus amigos.

—Pues yo sí he bajado y sé bien que no... Mónica se le acercó despacio.

—Venga —le susurró—, enséñanos la base.

—Sería romántico —añadió Iris.

—Y emocionante...

Los chicos se miraron abrumados. Al final fue el propio Jandro quien tuvo que ceder. Por alguna razón sabía que se iban a arrepentir.

—De acuerdo, bajaremos.

Capítulo 25

La carretera que descendía hasta la base tenía la anchura justa de un camión militar, pero también era oscura como la boca de un lobo y estaba minada de escombros y socavones. Habían tenido que dejar el coche en la entrada, pues bajo el arco de cemento lo que había era una verja oxidada y rota que ya no cumplía su función, pero que sí bloqueaba el camino para un vehículo pequeño como el de Jandro. Así que bajaron andando. Con el cielo encapotado por la amenaza de tormenta casi no había luz que alumbrara el camino, solo la pequeña linterna de mano que Jandro guardaba en el maletero.

—No se separen —ordenó el chico blandiendo el foco—, esto está lleno de baches.

Tenía razón. El camino de tierra y gravilla descendía entre la pared del barranco hendida por oscuras y terroríficas cavernas y los espesos matorrales que ocultaban las casetas del campamento abandonado. En aquella silenciosa penumbra empezaban a temer que ni siquiera el alcohol les concediera el valor suficiente para bajar a la base.

—¿De verdad has entrado antes? —preguntó Mónica a su novio mirando de reojo una de las cuevas de la ladera.

Este asintió.

—Claro. Los chicos y yo vinimos un par de veces, exploramos las casetas y los túneles.

—¿Los túneles? —intervino Iris tiritando de frío a pesar de llevar la chaqueta de Eric.

—Sí —contestó Jandro—. Esa es la gracia de este sitio.

Estaban llegando al final del tramo asfaltado de la carretera. A partir de allí podían seguir bajando por un oscuro camino de tierra o internarse en la zona más boscosa a su derecha. Jandro eligió la segunda opción.

—¿Qué hay más allá? —le preguntó Eric.

—Una piscina enfangada y un campo de fútbol pelado —contestó aquel. Después trazó un arco con la linterna para mostrarles los restos del campamento—. Los túneles están por este lado.

—Háblanos de eso, ¿sí? —le pidió Mónica.

Entraron en la zona más espesa y enmarañada, donde los matorrales habían crecido sin ningún orden envolviendo las antiguas instalaciones de los militares, y la atravesaron despacio, mirando con temor hacia las ventanas oscuras y desdentadas en las que cada sombra parecía estar viva, observándolos.

—No sé demasiado de los túneles —dijo Jandro al cabo de un rato—. Esto antes era un centro de acuartelamiento y se utilizaban como almacén de armas y munición, a veces también como oficinas. Eso me han contado.

—Como un búnker —añadió Eric.

—Algo así.

Dejaron a su izquierda el edificio principal, un lóbrego palacete de tres plantas que una vez estuvo pintado de blanco y cuyas ventanas habían sido apedreadas de la primera a la última. Iris se apretó contra su novio.

—¿Y por qué ya no se utiliza? —preguntó Eric.

—No estoy muy seguro —contestó Jandro mientras alumbraba con la linterna los oscuros grafitis de la fachada de uno de los edificios—. Debieron pensar que ya no hacía falta. El caso es que recogieron todo y se largaron.

—¿Y lo piensan dejar así? —intervino Iris, a la que la idea de entrar en los túneles empezaba a parecerle menos divertida.

—Supongo que lo derribarán algún día para hacer un campo de golf o un centro comercial.

—Qué bien...

Aunque se esforzaban por caminar ocupando el centro de la carretera, cuando esta se estrechó

tuvieron que pasar más cerca todavía de las casetas. Por los ventanales rotos y la puerta derrumbada de una de ellas podían ver las horribles pintadas en rojo y negro que llenaban las paredes. Había símbolos anarquistas, estrellas hebreas y todo tipo de representaciones obscenas y presuntamente esotéricas. A un lado del muro alguien había escrito: «No podréis salir vivos de aquí». Se sobrecogieron.

—Este sitio da pavor —susurró Mónica.

—Todos los lugares abandonados son así —comentó Jandro abrazándola—. No debes asustarte.

—Me parece tarde para eso —replicó Eric forzando una sonrisa.

—He oído que hay gente que se reúne en estos cuarteles y organiza sesiones de espiritismo y ritos satánicos —explicó Jandro.

—Qué interesante... —dijo Mónica entre dientes sintiendo un escalofrío.

—¿Eso crees? —contestó su novio—. Han matado gente ahí dentro.

Iris guardaba silencio. Observaba cada una de las cabañas sin soltar el brazo de Eric.

—Me pone los pelos de punta.

Continuaron avanzando y antes de darse cuenta ya habían dejado atrás las últimas casetas. La carretera se internó unos metros entre la maleza y más allá encontraron una verja desvencijada al pie de la montaña. Al otro lado había una explanada de cemento y tres agujeros enormes horadados en la piedra.

—Esos son los túneles —anunció Jandro.

Jandro y Eric empujaron la verja y los cuatro se colaron en el recinto del búnker. Junto a la valla había una antigua hormigonera y varios sacos de cemento y arena. Allí también había escombros, restos de vigas de metal y palos de hierro esparcidos por el suelo como los despojos de una obra abandonada. El olor que salía de los túneles no era mucho más agradable que el de una cloaca.

—¿Son muy profundos? —quiso saber Mónica.

—Solo uno de ellos lo es —explicó Jandro—. Los otros dos son solo almacenes de munición, pero hace mucho de la última vez que vine y no recuerdo muy bien cuál es cada uno.

—¿En serio vamos a entrar? —preguntó Iris. Empezaba a resultarle imposible disimular su miedo.

—¡Claro, a eso hemos venido! —exclamó Eric fascinado.

Se acercaron a una de las entradas y Jandro dirigió hacia allí su linterna. Estaba tan oscuro que apenas le permitía iluminar los primeros metros. El tímido haz de luz descubrió unas paredes roñosas de cemento y una gran cantidad de escombros en el suelo. Papeles arrugados y bolsas de basura flotaban en los charcos del agua ponzoñosa que goteaba desde el techo.

El chico miró de reojo a los demás.

—Pues entremos.

Capítulo 26

Los primeros metros del pasadizo eran muy poco excitantes. Solo había basura, lodo y un olor nauseabundo que indicaba que el túnel se había estado utilizando como vertedero improvisado. Los cuatro caminaban muy juntos detrás de la linterna de Jandro, intentando evitar el intenso frío que poco a poco se adhería a sus huesos. El pequeño círculo de luz descubría en los muros pintadas e inscripciones como las que había en las casetas, mensajes terribles que no podían evitar leer, pero que ninguno quería tomarse en serio. Aun así, lo más aterrador era el eco de sus pisadas en el túnel.

Cuando llevaban un rato caminando, Iris y Eric se giraron de golpe con el miedo dibujado en sus rostros. La abertura de la entrada se veía pequeña y profunda como la cuenca vacía de un ojo.

—¿Qué pasa? —preguntó Mónica.

—Hemos oído algo —dudó Eric.

—Son nuestros pasos —explicó Jandro—. El eco hace que se escuchen por detrás.

—Parecía que alguien nos estaba siguiendo —murmuró Iris entrecortadamente. Estaba muerta de miedo.

—No te preocupes —añadió el chico—. Sigamos.

Doblaron un recodo y, tras pasar por encima de unos palés de madera carcomidos, encontraron las sobras de lo que fuera un triste almuerzo, un trozo de pan rancio y varios cartones de vino junto a los restos de una hoguera. Después de un largo trecho en línea recta llegaron hasta una pared tiznada de negro, probablemente por el humo de un incendio. El túnel continuaba hacia la derecha por un corredor más estrecho y Jandro dirigió la linterna hacia ese lado, dispuesto a seguir avanzando.

—Espera, para. —Eric señalaba hacia el extremo contrario de la pared—. Aquí hay algo. Cuando Jandro apuntó con la luz hacia donde le indicaba su amigo, encontraron la puerta forzada de una pequeña habitación. Parecía un almacén. Al igual que el resto de la base, no tenía energía en los interruptores y, en su interior, tres escritorios engullidos por el polvo estaban sembrados de papeles y formularios con la tinta mecanografiada a medio borrar. En algunos se podía leer una fecha: mil novecientos noventa y siete.

—¿Qué crees que será? —preguntó Eric.

Jandro meneaba la cabeza. Estaba revisando unas cajas de cartón vacías que ocupaban las baldas de una estantería oxidada.

—No tengo ni idea —murmuró—. Será mejor que sigamos. Salieron de la habitación y continuaron hacia el interior del túnel.

Esquivaron un trío de bobinas desnudas de cable de cobre y varios trozos de tubería y pasaron al lado de una congregación de insectos terminando de devorar la cabeza decapitada de una rata. El resto del animal se estaba pudriendo junto a un par de neumáticos reventados. Mientras caminaban, Eric había cogido la manía de mirar hacia atrás y ahora ya no podía dejarla. Le ponía la piel de gallina que no se viera la entrada del túnel. No tuvo más que echar un vistazo a sus colegas para darse cuenta de que no era el único que empezaba a ponerse nervioso. Al rato, Jandro se detuvo y con un gesto les pidió silencio.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó al fin.

—Vamos, tío, no nos metas más miedo —gruñó Eric. Jandro le mandó callar.

—No estoy bromeando.

Guardaron silencio. El chico no se equivocaba. Muy a lo lejos se podía escuchar un zumbido.

—Parece un motor —apuntó Eric.

Siguieron avanzando durante algunos minutos, descubriendo que aquel rumor cada vez se percibía más fuerte y, aún peor, más cerca. Por su parte, Eric estaba seguro de que otro tipo de

sonido se les acercaba por la espalda. Por más que Jandro se lo jurase, no podía creer que solo fueran sus pasos.

—Deberíamos salir de aquí —susurró.

—Sí, por favor —rogó Iris abrazándolo.

Jandro recorrió la oscuridad que se abría ante ellos con su linterna e hizo una mueca de protesta. Ni siquiera se distinguía todavía el final del pasadizo. Se giró para decir algo y entonces escucharon claramente el sonido de algún objeto pesado que se arrastró por el suelo justo detrás de ellos. Se dieron la vuelta espantados. Jandro apuntó con la linterna, pero ya no había nada.

—Qué coño ha sido eso... —gruñó Eric entre dientes.

—Vámonos de aquí —sugirió Mónica.

Los tres miraron al portador de la luz y se dieron cuenta de que se esforzaba por contener el temblor de su mano.

—De acuerdo —murmuró Jandro—. Nos vamos.

Los cuatro recorrieron a la inversa el camino que los había llevado hasta aquella profunda oscuridad. Habían dado la vuelta unos metros antes de poder apreciar la débil columna de polvo en suspensión que apenas brillaba un poco más adelante flotando sobre la trampilla metálica que daba paso al infierno.

Casi al momento de salir del túnel empezó a chispear, así que se refugiaron en otra de las cuevas, un corto pasadizo que solo servía de almacén, antes de armas y ahora de basura y heces.

—Vaya susto —comentó Iris tiritando con el recuerdo palpitante del miedo que había pasado dentro de la montaña.

La fina llovizna empezaba a nublar la madrugada. Desde la protección de la boca del túnel parecía cubrirla como una fina cortina. Caía de canto, como deslizándose por una rampa inclinada hacia el oeste.

—La verdad es que sí —concedió Eric—. ¿Estás bien?

Ella asintió. Se acercó a su novio y dejó que este la abrazara.

Junto a la entrada del conducto descansaba el esqueleto calcinado de un coche y a su lado una pareja de bidones metálicos vacíos, tan oxidados que daba grima mirarlos.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Jandro revisando con la linterna las inquietantes pintadas de las paredes.

Mónica estaba sentada en el suelo a su lado frotándose los brazos para combatir el frío. Tenía la mirada perdida en algún lugar más allá de la cortina de agua.

—En cuanto termine de llover, nos vamos —dijo.

—Venga —replicó él—. No nos rajaremos tan pronto.

Los demás lo miraron de reojo, dudando entre darle la razón o lincharlo a pedradas.

—Yo ya he tenido suficiente —afirmó Iris desde la entrada.

—¿Ya? —insistía Jandro—. Tantas ganas de bajar ¿para nada?

—¿Te ha parecido poco? —le preguntó.

Jandro se echó a reír y observó a su novia; ella le sonrió con desdén y enseguida esquivó su mirada.

—Vamos, ¿qué les pasa? —exclamó—. El otro túnel era una mierda, nos mosqueó el ruido, pero tampoco había mucho que ver.

Eric se puso de pie y las chicas lo miraron como si estuviera loco.

—¿Qué propones?

Jandro tragó saliva.

—Me gustaría enseñaros el otro túnel antes de volver. Es el mejor de los tres. Lo podríamos ver en un ratillo y luego marcharnos.

Se hizo el silencio. La lluvia golpeaba con fuerza el techo abrasado del coche, arrancándole un sonido metálico similar al tictac de un reloj.

—No sé, tío —empezó a decir Eric—. Yo me he asustado un huevo...

Jandro meneó la cabeza, sabía que su amigo hablaba en nombre de todos.

—Vamos, no seáis chiquillos, nos hemos asustado por nada...

—A mí algo me rozó el hombro —interrumpió Mónica.

—Yo oí un... una voz... —dijo Iris—, muy cerca. El muchacho les apuntó con la linterna y suspiró.

—Es un túnel abandonado. ¿Es que esperaban no escuchar nada? ¿No sentir nada?

Miró a su amigo Eric en busca de ayuda.

—Bueno —intervino este—, en un sitio así puede haber bichos, ratas, cosas que se arrastran

Y...

Jandro apuntó a Iris.

—Lo que oíste.

—Y había telarañas.

—Pudiste tropezar con una.

Las dos chicas se miraron, no sabían cómo parar aquello. Jandro se acercó y se acuclilló frente a ellas.

—Miren —dijo—, está lloviendo mucho y nos estamos mojando. Nuestro coche está a tomar por culo. Lo que digo es que entremos en el otro túnel, veamos lo que hay mientras escampa y después nos vamos.

—También podemos esperar sentaditos en la entrada —intervino Iris.

—Pero eso no sería tan divertido —exclamó Jandro incorporándose con una sonrisa.

No tenían opción. Con aquel aguacero permanecer allí era de locos. Mónica se levantó y tomó la mano de su novio. Iris recibió el abrazo de Eric con un escalofrío mientras se ajustaba la chaqueta y se subía las solapas para protegerse el cuello.

—Yo te mato... —le susurró.

Segundos después, los cuatro salieron corriendo de la boca del túnel corto y cruzaron la explanada bajo la lluvia hasta la entrada del último conducto. Allí olía mucho peor, aunque hacía menos frío. Sin saber todavía muy bien por qué, entraron.

Capítulo 27

Sin el efecto del alcohol los túneles no eran tan divertidos. Iris y Mónica avanzaban de la mano a pocos pasos de Eric, que seguía como un fiel escudero la estela de la linterna de Jandro. Ese conducto era sin duda más bajo y más estrecho, las paredes no estaban tan desconchadas y parecía haber sido el último en ser abandonado. Había miles de papeles cubiertos de mugre tirados por el suelo junto a restos de carteles y pósteres de propaganda a medio arrancar en los muros. También había cristales rotos que alfombraban el cemento entre trozos de cables y pedazos de muebles. Avanzaron por el angosto pasillo con la pared desgarrada a su izquierda y una sucesión de habitaciones vacías y desvalijadas a su derecha.

—Son como pequeñas oficinas —apuntó Eric.

Jandro asintió con un murmullo, mientras deslizaba la luz de la linterna por el interior de una de ellas.

Dejaron atrás media docena de aquellos cubículos antes de llegar a la primera compuerta que conectaba ese túnel con otro. Era una gruesa plancha de metal que tenía como cerradura una enorme llave circular igual que la de los submarinos.

—¿Ven? Esto era un búnker militar —comentó Jandro recorriendo el acero con la linterna. La compuerta estaba entreabierta y del otro lado llegaba un hedor difícil de ignorar.

—Qué mal huele —se quejó Mónica.

Jandro se asomó con cuidado y trató de indagar en la oscuridad con la luz de la linterna, pero era tan espesa que apenas pudo iluminar un par de metros de suelo arenoso y una pared cuya pintura, tal vez azul, se caía a jirones.

—¿Ves de dónde viene este olor? —le preguntó Iris con la mano en la nariz.

—Tal vez haya algún bicho muerto al otro lado —contestó él.

—Por lo menos no se oye el mismo zumbido que en el otro túnel —añadió Eric acercándose.

Jandro entregó la linterna a su novia y se preparó para empujar la compuerta y abrirla del todo; sin embargo, los goznes estaban muy oxidados y la plancha de acero era demasiado pesada para moverla él solo.

—Eric, ven, ayúdame —pidió a su amigo.

Entre los dos consiguieron desplazar el portón.

—Entonces, ¿vamos a seguir? —preguntó Mónica sin disimular su miedo.

—Por supuesto —contestó Jandro arrebatándole la linterna y poniéndose de nuevo al frente del grupo—. No hemos hecho más que empezar.

Al contrario de lo que les había parecido, este nuevo pasillo no era igual que el anterior. Jandro asomó la linterna y descubrió al pie de una de las paredes dos jeringuillas y un trozo de elástico roto, y poco más allá restos de cristales pertenecientes a una docena de botellas de cerveza vacías.

—Este sitio es horrible —murmuró Iris.

Pocos metros más adelante encontraron un pequeño corredor a su derecha, un corto pasadizo que accedía a una especie de caseta, una construcción de madera incrustada entre las paredes del búnker.

—¿Qué es esto? —musitó Jandro a la vez que se dirigía hacia allí para echar un vistazo. Eric fue tras él.

—¡Eh! ¡No nos dejen sin luz! —exclamó Mónica abrazada a su amiga. Como los chicos no les hicieron caso, tuvieron que seguirlos.

Aquel cubículo no era otra cosa que una pequeña habitación prefabricada de veinte metros cuadrados. No estaba construida a ras de suelo, y entre cada tabique de madera y las paredes del búnker quedaba un espacio vacío al que daba miedo asomarse. Jandro se atrevió a mirar en

uno de ellos y descubrió más papeles y basura, además de algunas marcas extrañas talladas en el cemento. Los dos chicos subieron los escalones que llevaban al interior de la caseta con la intención de inspeccionarla, pero la encontraron completamente vacía.

Los cuatro volvieron a la senda del conducto principal y siguieron avanzando hacia el interior de la montaña. Había más casetas como la anterior cada pocos metros; las más cercanas a la entrada estaban vacías, pero en las siguientes empezaron a encontrar papeles y carpetas, luego, restos de botellas y algunas mantas y, al final, rastros de pólvora y cajas vacías de cartuchos de escopeta. Aquel laberinto parecía no tener fin. Los militares habían construido toda una red de pasadizos y galerías que se extendían mucho más allá del perímetro de la base que se observaba desde el exterior.

Al cabo de un rato llegaron a otra compuerta. Estaba cerrada completamente.

—¿También la vas a abrir? —preguntó Iris dirigiéndose a Jandro.

El chico se giró hacia ella y la miró contrariado, apenas podía distinguir su silueta en las tinieblas del corredor.

—Por supuesto —contestó—. Para poder seguir.

—Ah, ¿pero en serio vamos a seguir?

Iris buscó el apoyo de Mónica, pero esta evitó su mirada. Ya no lo estaban pasando tan bien como cuando bailaban junto al coche.

Eric y Jandro se acercaron a la compuerta e hicieron girar entre los dos la rueda de metal. El enorme portón cedió esta vez más fácilmente, aunque con un estremecedor chirrido que recorrió todo el conducto. Había más oscuridad al otro lado, pero el olor parecía más intenso. Se hacía muy difícil respirar.

—No entiendo por qué no damos la vuelta —se quejó Iris arrebujándose debajo de la chaqueta de Eric.

—Tranquila —le dijo Eric retrasándose para abrazarla—. Miramos solo un poco más y nos vamos.

Cruzaron la puerta abierta y se internaron en el nuevo conducto, caminando con miedo de encontrar en la oscuridad algo que hubiera escapado a la linterna de Jandro, que parpadeaba de vez en cuando amagando con apagarse.

De repente, se oyó un fuerte golpe.

—¡La puerta! —exclamó Eric.

Se dieron la vuelta de un salto, horrorizados, y la linterna les descubrió el portón por el que acababan de entrar completamente cerrado. Alguien lo había empujado desde fuera.

Las chicas empezaron a gritar, se abrazaron a sus novios incapaces de contener el miedo, pero estos estaban tan asustados como ellas. Eric miraba a Jandro sin saber qué decir. Se obligaba a no dar crédito al horror que su mente le insinuaba.

—Un portón así no puede cerrarse solo, tío... —balbuceó Jandro. Incluso él se había dado cuenta.

—No me jodas —gruñó Eric—. Aquí dentro no hay nadie más que nosotros.

Entonces, tras un chasquido atronador y un agudo pitido, volvió a resonar por todo el túnel el zumbido del generador eléctrico. El ruido provenía del extremo opuesto del corredor. Jandro se dio la vuelta y alumbró otra compuerta más. Estaba abierta.

—O volvemos o seguimos —dijo.

La inmensa abertura los aguardaba como las fauces hambrientas de un ser monstruoso. En su oscuridad podían intuir una respiración, imaginar una sombra, sentir unos pasos acercarse. Pero no podían saber si algo de todo aquello era real. Eric sintió las uñas de Iris perforarle la piel del brazo.

—Yo voto por que demos la vuelta y nos marchemos —afirmó.

La penumbra fantasmal que obtenían de la linterna arrancaba sombras espeluznantes y siluetas

espectrales de los ángulos de sus caras. Se detuvieron en mitad del pasillo con las pulsaciones a mil por hora y una sensación de urgencia oprimiéndoles el pecho.

—¿Están locos? —exclamó Jandro señalando con la luz la compuerta cerrada—. No podemos volver, al menos no por ahí. Alguien ha cerrado la maldita puerta y puede seguir al otro lado.

Los demás lo miraron confusos, como si él fuera el único capaz de pensar. Estaban tan asustados que no sabían de qué manera reaccionar. Jandro apuntó entonces con la linterna hacia el otro lado.

—Debemos salir por ahí —dijo ante la mirada descompuesta de sus amigos—. Si hay un generador, debe haber luz, y seguramente una salida, tal vez incluso más cerca que por donde hemos venido.

—¿Estos túneles tienen varias entradas? —preguntó Eric.

—Claro que sí, al menos dos más —contestó su amigo, aunque no consiguió parecer tan convincente como deseaba—. Sé que hay otra por la carretera de la ladera del barranco, y también me han hablado de una tercera desde la cima, cerca del pueblo. Confíen en mí —les rogó en un susurro.

Eric miró a su novia, que temblaba conteniendo el llanto al borde de un ataque de ansiedad. Mónica, abrazada a Jandro, ni siquiera se atrevía a abrir los ojos. El muchacho resopló, luchando por mantener el tipo.

—Será mejor que no te equivoques.

Capítulo 28

Empezaron a caminar hacia la puerta abierta, pero de pronto Iris se zafó del brazo de su novio y se detuvo en mitad del pasillo.

—Yo no voy a entrar ahí... —dijo con la voz entrecortada.

Eric se giró y trató de abrazarla, aunque ella consiguió volver a escaparse. El chico desistió, la luz de la linterna no era suficiente para perseguirla por el túnel.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó—. ¿Quedarte aquí a oscuras?

La chica no podía parar de temblar mientras se arrimaba a la pared, acurrucándose contra ella. Tenía los ojos llenos de lágrimas y se estremecía muerta de frío y de miedo.

—Saldré por allí —señaló hacia el otro extremo del túnel, hacia la puerta cerrada. Eric negó horrorizado con la cabeza.

—¡No! Jandro tiene razón. Si alguien la ha cerrado, puede que siga...

—Se cerró sola —replicó ella. Eric suspiró y bajó los brazos.

—Ven con nosotros —le rogó—. Tiene que haber otra salida por este lado...

—No. La única entrada es esta, por donde hemos venido. Puedo ir sola y no necesito luz. Todo lo que tengo que hacer es seguir la pared del túnel.

—Vamos —insistió Eric—, no me hagas esto.

—¿Que no te haga qué? —repuso ella estallando de rabia—. ¿Y lo que me estás haciendo tú a mí? Te digo que tengo miedo y quiero irme, pero prefieres seguir detrás de tu amiguito.

No parecía sencillo convencerla, desde luego, pero lo que no podía permitirle era cruzar sola la puerta y enfrentarse a oscuras a lo que pudiera haber al otro lado.

—Tengo una idea —dijo al fin—. Espéranos aquí sentada, sin abrir esa puerta. Cuando encontremos una salida, volveremos a buscarte, y si no la hay, regresaremos contigo para salir por donde tú dices. ¿Qué te parece?

Iris se lo pensó un momento y al final aceptó.

A partir de ese momento eran solo tres. Eric esquivó la mirada reprobadora de Mónica y se situó junto a Jandro al lado de la linterna. «Tú tampoco te has quedado con ella», pensó. Para Jandro, en cambio, casi era un alivio haberse deshecho de Iris: estaba hasta las narices de aguantar los quejidos y el lloriqueo de aquella niñata. Además, no era para tanto; aunque no lo dijera, estaba seguro de que la puerta se había cerrado sola. No sabía cómo, pero era estúpido pensar que hubiera nadie más en aquel maldito búnker.

Más allá de la puerta abierta, el ruido del motor era mucho más intenso. El nuevo túnel tomaba una curva hacia la derecha y los pasadizos y casetas desaparecían paulatinamente hasta convertirlo en una especie de pasillo circular, cada vez más estrecho, como un embudo. El suelo parecía más arenoso que hasta entonces, más sucio, y los escombros y restos sin identificar se acumulaban a los pies de las paredes como en un vertedero.

Mónica se dejaba llevar por Jandro igual que una muñeca rota. Le asustaba abrir los ojos en aquel infierno de sombras que la imaginación y la débil luz de la linterna dibujaban en su cabeza. Lo peor era el olor: le hacía crear en su mente horrores que la atormentaban. Aquel olor estaba vivo, palpitaba. Cuando una bocanada de aire caliente le sacudió el estómago, tuvo que apartarse y vomitar.

Eric la agarró del brazo para que no se cayera. Ella se alegró de que en la oscuridad no pudiera ver su cara pálida y demacrada.

—Aquí dentro huele fatal —gimió. Dentro de la penumbra creyó ver que él sonreía.

—Sí, la verdad es que sí. Vamos, que este no nos espera.

Eric tenía razón. Jandro se había adelantado unos metros y seguía inspeccionando el túnel. No podían verlo, aunque sí distinguían la luz de su linterna. Iris consiguió incorporarse y caminaron

hacia el destello, pero al llegar no encontraron a Jandro, sino su linterna abandonada en el suelo.

El grito de Mónica recorrió todo el túnel.

No muy lejos de allí, Iris seguía sentada en el pasadizo cuando escuchó un alarido que le estremeció. No distinguió la voz, distorsionada por los kilómetros de cemento del búnker, pero no le cabía duda de a quién pertenecía. Algo horrible debía de haber sucedido.

«Lo sabía —se dijo—. A la mierda, no voy a esperar sentada.» Se incorporó de un respingo y trató de caminar hacia sus amigos, pero sus piernas se negaron a obedecerla. Se dio cuenta de que no iba a ser capaz de internarse ni un centímetro más en el túnel.

Regresó a la seguridad de la pared y empezó a caminar palpándola hacia el otro extremo del conducto, hacia la puerta cerrada. Sus dedos se deslizaron por el cemento sintiendo su tacto frío y cortante.

Unos minutos después llegó al final de aquel tramo de túnel y tocó el óxido de la puerta de acero. Respiró hondo y empezó a girar la manivela.

La compuerta cedió enseguida. Cuando abrió la gruesa hoja de un tirón y pasó al otro lado, le pareció que el aire era un poco más limpio en ese extremo. Así que, sabiéndose más cerca de la salida, empezó a correr a oscuras olvidándose por completo de la pared.

Entonces su cabeza chocó contra algo duro y cayó al suelo.

Eric llamaba a su amigo desgañitándose, sin recibir respuesta.

—¡Jandro! ¡Jandro!

Mónica estaba sentada en el suelo junto a la linterna, llorando. Nadie contestaba. Jandro parecía haberse esfumado. Eric regresó junto a la chica, recuperó la linterna y la ayudó a levantarse.

—Tranquila, habrá ido a mear —dijo obligándola a ponerse en marcha—. Aparecerá enseguida.

Ni siquiera él podía creer sus propias mentiras. No tenía ni puñetera idea de dónde estaba su amigo ni de por qué cojones tuvo que alejarse de ellos.

De todos modos, el camino no tenía desvíos ni recodos, así que no podía haber ido muy lejos. Eric resolvió que era tan mala idea esperarlo como ir a por él, así que tiró del brazo de Mónica y siguieron caminando hacia delante, intentando ignorar las mil y una preguntas que les bullían en la cabeza. ¿Qué estaba sucediendo en los túneles?

La linterna parpadeaba cada vez más a menudo, su luz había pasado de un haz amarillo reluciente a un lamentable hilillo anaranjado que solo alumbraba una lengua de polvo en suspensión. Mónica arrastraba los pies colgada del hombro de Eric, con la mirada perdida en la oscuridad.

—Debemos estar llegando —jadeó él después de un rato. Estaba cansado de cargar con el peso muerto de la chica y tenía la boca seca—. El motor se oye muy cerca, tal vez haya una salida. No tengo ni idea de por dónde estará Jandro, pero...

En ese momento, la linterna encontró el final del túnel y, allí, una pareja de escalones.

Iris recobró el sentido tumbada en un charco. Tenía las rodillas ensangrentadas y sentía un terrible dolor sobre la ceja, que empezaba a hincharse. Se intentó incorporar apoyándose en la

pared. No tardó en darse cuenta de que seguía en el túnel, pero estaba tan desorientada que no recordaba cómo había llegado hasta allí. No se le ocurrió preguntarse contra qué se había golpeado hasta que sintió aquel aliento pútrido a su espalda.

Se levantó y echó a correr a ciegas. Su mano derecha buscaba el tacto de la pared para poder orientarse, pero no siempre lo encontraba. Tropezó varias veces con lo que fuera que había tirado en el suelo, e incluso sus pies se enredaron en algún tipo de cable que se aferró a su piel como un alambre espinoso. Fue un milagro que consiguiera mantener el equilibrio. Escuchaba aquellos pasos pesados muy cerca de los suyos. Sentía que corría hacia ninguna parte, igual que un ratón en la rueda de su jaula. Entonces sus dedos encontraron la compuerta entreabierta; si no recordaba mal, era la última antes de la salida. En su rostro se dibujó algo parecido a una sonrisa cuando atravesó el umbral y creyó distinguir la claridad de la noche. Respiraba agitadamente. De pronto, oyó otro jadeo entremezclándose con el suyo. Iris se detuvo.

La chica se dejó caer hacia atrás, despacio, apoyando con sigilo la espalda en la pared para tomar posición en la penumbra. El silencio era absoluto. Contuvo la respiración y frunció el ceño para que sus pupilas se acostumbraran cuanto antes a la casi imperceptible claridad.

—¿Hay alguien ahí? —se atrevió a preguntar con un hilo de voz.

Aunque estaba segura de haber oído algo, se echó a reír. De pronto aquella situación empezaba a parecerle terriblemente ridícula. Sin embargo, lo volvió a escuchar y la risa se ahogó en su garganta. Sus ojos siguieron la línea de una silueta oscura plantada delante de ella, tan cerca que hubiera podido lamer su risa. Tan cerca como para que solo deseara gritar.

—¡Yetch!

Eric alzó la linterna despacio; en mitad del túnel había otra caseta igual que las anteriores encajada entre las paredes del pasadizo. Para seguir buscando la salida iban a tener que atravesarla. Cuando la débil claridad introdujo un hilo de luz en el cubículo, se dio cuenta de que había un objeto bloqueando el paso.

—Qué coño es esto... —murmuró.

Algo colgaba del techo en el centro de la caseta. Parecía una piñata, pero no paraba de chorrear filamentos de una sustancia oscura que encharcaba el suelo con un sonido pastoso. Eric levantó un poco más la linterna.

Lo que colgaba del techo era Jandro.

Jandro sin piernas, Jandro sin ojos, Jandro con la cara deformada y decenas de heridas abiertas por todo el pecho. Su abdomen rajado no podía contener las vísceras. Eric perdió el control de sus piernas y estas se doblaron dejando caer a Mónica, quien, cuando comprendió que aquello era su novio, se derrumbó a los pies de la escalera.

—¡Mónica, escúchame! —gritó Eric sujetándola para que dejase de mirar.

Ella se lo quitó de encima a manotazos, subió las escaleras y se abrazó a los restos de su novio empapándose de sangre.

—¡No! —chilló desesperada.

La sangre que envolvía la piel desollada de Jandro le hizo resbalar hasta el suelo y cayó de rodillas sobre el charco viscoso con el aliento ahogado en un siseo. No podía creerlo. Empezó a vomitar, a sacudirse compulsivamente. Cuando Eric la abrazó, ya no era la misma, era otra, al borde de la locura.

—Ya está... —murmuró el chico en su oído, luchando consigo mismo para no mirar el goteo grumoso que caía desde el borde tronchado de la columna vertebral de su mejor amigo—. Vamos a buscar a Iris y a salir de aquí. Llamaremos a la policía.

Sin embargo, no había manera de mover a Mónica del suelo. Eric la agarró por los hombros, la

obligó a darse la vuelta y la miró fijamente a los ojos.

—Mónica —dijo—, mírame. Quienquiera que haya hecho esto puede seguir por aquí.

Esas palabras la despertaron de su pesadilla y la sumergieron en otra más cercana, más inmediata, más urgente: salir de allí. Se estremeció y dejó de llorar, se enjugó las lágrimas, se incorporó con la ayuda de Eric y se agarró de su brazo. Empezaron a caminar por el borde de la caseta evitando rozar el cuerpo de Jandro. Salieron por el otro lado y se encontraron en la continuación del mismo túnel. Más allá se acababa de encender una luz.

Capítulo 29

La muchacha pesaba mucho menos que el chico; aun así, era un coñazo arrastrarla por aquel suelo lleno de basura y animales muertos. La levantó y se la cargó al hombro con un leve esfuerzo

—¡yetch!—, y recorrió con ella encima los pocos metros que los separaban de la caseta. «Estas chiquillas cada vez pesan menos», pensó, y él no quería que ninguna de sus muñecas fuera tan flaca.

La cabeza abierta y ensangrentada rebotó como un trozo de corcho sobre su espalda al subir cada uno de los tres escalones, ensuciándole la camisa.

—Vacía —murmuró Damián.

Como en aquella planta del búnker no había instalado conexiones con el generador eléctrico, tuvo que colocar un pequeño candil de gas sobre una mesa para poder ver algo. En cuanto la luz ámbar y titilante empapó las paredes de la caseta, Damián dejó caer a la chica al suelo y cogió las herramientas. Quería verla bien antes de decidirse.

La niñata no paraba de quejarse, la agarró por los pelos y la arrastró hacia la pared. Allí la levantó, la sujetó por el cuello y con la pistola de clavos le ensartó uno en el centro de la garganta que le dejó la cabeza pegada al muro. Se acabaron los gritos. Dos clavos más a la altura de los hombros fijaron el cuerpo, y otros tantos junto a la cadera terminaron de clavar a la chica contra el tabique como una mariposa en una tablilla. Ya no se movía, pero no estaba muerta; las lágrimas le rodaban por las mejillas bañadas en sangre.

Damián tomó una sierra y se sentó en un taburete frente a ella. Examinó sus brazos, demasiado delgados. Se los cortó. Los lanzó contra la pared contraria y cayeron como palos de madera en el rincón, junto a las piernas del otro chico. Se levantó y apagó la luz. Todavía quedaban dos, seguiría con ella más tarde.

Capítulo 30

El pasillo era muy largo y la luz que habían visto brillaba débil al fondo. Eric llevaba de la mano a una Mónica muy distinta a la que hacía un rato bailaba fuera junto a Iris.

Avanzaban despacio.

El estrecho túnel formaba una línea recta que desembocaba al final en un giro brusco hacia la derecha, y de allí provenía la claridad que Eric había vislumbrado al bajar de la caseta. Ahora se veía mucho más cerca, un fulgor dorado y perezoso que se reflejaba en la pared desde más allá del recodo. Se dirigieron hacia ella con la esperanza de encontrar el final del laberinto, pero entonces la luz se apagó.

Como de regreso a un mundo alternativo, irreal y tenebroso, el búnker volvió a sumirse en las sombras.

—No sigas —murmuró Mónica—. Demos la vuelta.

Eric negó con la cabeza, tomó aliento y alzó un poco más a la chica.

—Es la salida —aseguró—. Estamos cerca.

—¿Cómo lo sabes?

Eric tragó un nudo de saliva. Estaba convencido de que iba a encontrar a Iris y a sacarla de allí fuera como fuese.

—Lo sé.

La linterna seguía apuntando hacia el rincón cuando se le acabaron las pilas. Eric se la guardó en el bolsillo y levantó a Mónica con las dos manos para ayudarla a incorporarse.

—Escúchame —dijo buscando su mirada en la oscuridad—. Esa luz de antes puede ser una salida, puede ser Iris o puede ser mierda incandescente, pero es lo único que tenemos porque no pienso volver por donde algún hijo de puta le ha hecho eso a mi mejor amigo, ¿entiendes?

La chiquilla asintió y sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas, aunque en aquella oscuridad nadie hubiera podido darse cuenta. Solamente deseaba salir, llegar a casa y llorar sobre la falda de su madre. Despertar y darse cuenta de que todo aquello no había pasado realmente.

—No quiero ir... —gimió.

Eric comprendía su miedo, pero no podían detenerse. No podían esperar a que aquel cabrón los encontrara. La luz había estado allí antes de apagarse y el zumbido del generador sonaba muy cerca. Sin duda estaban llegando a algún sitio.

—Confía en mí. —Le acariciaba el pelo para tranquilizarla—. Enseguida saldremos.

—Está oscuro... —contestó ella en un murmullo.

Él se echó la mano al bolsillo, sacó la linterna y la agitó en la oscuridad haciendo sonar las pilas en su interior.

—Mira —dijo.

Eric apretó el pulsador de la linterna y esta se encendió con un agonizante hilillo de luz amarilla que enfocó directamente las rodilleras mal cosidas de un mono de trabajo azul. El tipo que tenían delante ejecutó un palazo con su sierra oxidada que lanzó la cabeza de Eric por los aires empapando de sangre tibia el rostro de Mónica.

La linterna cayó al suelo y todo volvió a oscurecerse. La chica empezó a gritar como si estuviera quemándose viva en una hoguera. Entonces, una enorme manaza la agarró por el cuello.

—Ya tengo suficientes chicos —dijo una voz ceceante y pastosa seguida por el chasquido de la lengua contra los dientes—. Pero de ti podré sacar algo.

Mientras la sostenía en alto, la chica consiguió lanzar una patada a ciegas. La punta de su zapato se incrustó contra la canilla del tipo, que la soltó como si se deshiciera de un gato rabioso. Mónica echó a correr a través del túnel con las manos por delante para evitar las paredes, sin saber si avanzaba o retrocedía, escuchando a su espalda las maldiciones de aquel

hijo de puta. Sus piernas tropezaron contra algo flácido que se enredó con ellas y la joven cayó de bruces al suelo. Intentó gatear, hundiendo sus dedos en un polvo húmedo que se pegaba a su piel y que desprendía un olor extraño, y consiguió llegar a lo que parecían unos escalones. No se atrevió a incorporarse por miedo a sufrir un golpe en la cabeza, pero se aventuró a subir arrastrándose. Le faltaba el aire y tenía la boca reseca. Se deslizó hasta el interior de una habitación cuyo suelo de madera estaba sembrado de clavos que rodaban ruidosamente al ser empujados por sus dedos.

Sus manos palparon un rincón y se acurrucó entre dos paredes. Era una de esas casetas incrustadas en los túneles como las que había visto con Eric. Aquella olía igual que una nevera podrida. Se obligó a guardar silencio y contuvo la respiración mientras oía los pasos del hombre pasar por delante de ella. Sonaban cada vez más débiles: se estaba alejando. Solo cuando dejó de escucharlos, se atrevió a ponerse de pie y empezó a buscar a tientas algún objeto que pudiera servirle de arma. Un palo, unas tijeras, una barra de hierro.

Había un escritorio de metal y una silla de ruedas; cuando sin querer la empujó con la yema de los dedos, apenas arañó el suelo de madera. En la pared encontró la balda fija de una estantería con un grupo de pequeñas cajas de cartón cargadas de papeles. Y debajo de ella sus dedos palparon un objeto blanduzco pero resistente, algo que crujía pringoso bajo su piel. Algo que palpitaba, algo que... gemía.

Cuando la luz de un foco se encendió desde la puerta de la caseta, Mónica supo dos cosas: que el asesino la había descubierto y que tenía el pulgar metido en el muñón sanguinolento del hombro de Iris. Se dio la vuelta horrorizada y un cuchillo de trinchar carne le atravesó el estómago.

A continuación, el foco luminoso se apagó.

Capítulo 31

El chico había dicho «guagua». Dijo que había dejado a Ruth «en la guagua».

El suelo de la habitación de Matt subía y bajaba ante sus ojos mientras le daba vueltas a esa idea. El brazo ya no le dolía. En la quinta flexión de la última serie, Susie se presentó ante su puerta.

—Vaya —jadeó él sin dejar su gimnasia—, la señorita sigue viva.

La chica ignoró el comentario de su padre y fue hacia la ventana, descorrió las cortinas y subió las persianas, llenando la habitación de una débil claridad mortecina.

—Mierda —murmuró.

Matt terminó sus ejercicios y se sentó sudoroso al borde de la cama.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó.

—Está lloviendo.

Susie se retiró de la ventana y se dirigió a la puerta.

—Anoche también llovía —dijo su padre—. ¿Dónde estabas? Ella apenas lo miró.

—Tengo que irme —contestó sin detenerse, y salió del cuarto.

Matt se levantó y fue tras ella. La llamó desde el pasillo y ella se giró altiva; ya estaba vestida y preparándose para salir.

—¿Es que no puedo hablar con mi hija?

—Ahora no, papá, Bernardo viene a buscarme.

La chica regresó sobre sus pasos y besó apresuradamente a su padre en la mejilla sin afeitarse. Un claxon llamó dos veces desde algún lugar bajo la lluvia.

—Adiós.

Susie bajó las escaleras, cogió su bolso y se marchó. Desde el piso de arriba, el irlandés escuchó el portazo, apagado por el sonido de la tormenta, y regresó a la habitación. Al llegar, se dejó caer sobre la cama, pero enseguida se incorporó y se dirigió a la ventana. Se apoyó en el cristal empañado y limpió un círculo de vaho con la mano; a través de él pudo ver a su hija que, escondida bajo la capucha de un chaquetón negro, cruzaba el porche y se metía en un Ford Escort rojo. El vehículo se puso en marcha con el sonido agónico de la tos de un anciano y poco después desapareció calle abajo.

Matt entró en la ducha.

—Bernardo... —murmuró—, nombre de mierda...

Cerró el grifo y se enjabonó la cabeza corroído por la rabia.

—Ni siquiera tiene un coche decente.

Tampoco es que su coche fuera mejor, tuvo que reconocer. El pelirrojo terminó un café y subió a lavarse los dientes pensando seriamente en cambiarlo. Tal vez un cuatro por cuatro, uno grande con el que perderse por la isla y aplastar a los patéticos pretendientes de su hija.

Esa idea lo llevó hasta una cruda reflexión que no dejaba en buen lugar ni su edad ni su sentido del tiempo. Susie tenía pretendientes. Tal vez —Dios mío, solo tal vez— un novio. Quizá el estrellarse de pronto contra esa realidad acababa de cambiar algo en el interior del áspero policía.

¿Se estaba haciendo viejo? Por supuesto que no, una cosa no tenía nada que ver con la otra.

Sin embargo, esa mañana sí se afeitó.

El chico había dicho «guagua».

Matt condujo bajo la lluvia hasta la zona baja de la ciudad y aparcó en las inmediaciones de la

estación de San Telmo. Encontró sitio a pesar de lo embotada que estaba siempre esa zona. Apagó la voz de Eric Clapton de la radio del coche y un par de minutos después entró en la mayor central de autobuses de la isla.

Estuvo hablando unos minutos con el vigilante, un tipo enorme pegado a un mp3, que le dijo que no recordaba haber visto nada raro en los últimos días, pero que le indicó dónde estaba el despacho del supervisor. Al letrero desgastado que había en la puerta le faltaban algunas letras, aunque se podía leer bastante bien el nombre «Luciano Cabrero». Una vez dentro, Matt se encontró en una habitación pequeña cuyas paredes estaban repletas de carteles de guaguas y de planos codificados junto a recuerdos de la Unión Deportiva. El tal Luciano, un tipo chupado, parapetado tras un bigote y unas gafas gruesas y absurdas como las de un disfraz de carnaval, se levantó de su escritorio y estrechó con fuerza la mano del policía.

—Usted no es de aquí —dijo señalando su pelo rojo.

La piel clarísima sembrada de pecas naranjas y sus ojos pequeños y grises también lo delataban; y, aunque observó cómo el supervisor se fijaba en sus cicatrices, agradeció que Cabrero no hiciera ningún comentario.

—No, no lo soy —contestó enseñándole la placa.

El hombrecillo lo invitó a pasar y le ofreció una taza de café que Matt declinó. Toda la cafeína que podía ingerir estaba flotando en el aire. Cabrero lo miró enarcando una ceja, como si fuera un sacrilegio rechazar un café en su oficina, pero no dijo nada y, sin más, regresó a su mesa. Cerró el periódico que estaba leyendo y le señaló una silla vacía.

—Gracias, seguiré de pie —contestó el policía, quien, según el rasero por el que el supervisor catalogaba a la gente, empezaba a resultar un poquito quisquilloso—. Solo le robaré un minuto.

—Inglés, ¿verdad? —sonrió Cabrero—. ¡Lo supe por el acento!

Matt le devolvió la sonrisa, sorprendiéndose a sí mismo por la buena disposición que estaba demostrando ese día.

—Irlandés —corrigió feliz de saber hasta qué punto podía mostrarse amable.

El supervisor asintió como si lamentara su error, él, que conocía a los irlandeses de toda la vida y era perfectamente capaz de distinguirlos de los ingleses, de los escoceses y de cualquier otro británico, y se giró hacia la cafetera para servirse otra taza.

—Usted dirá —gruñó regresando a su asiento.

Matt carraspeó y sacó su libreta del bolsillo interior de la cazadora.

—Verá, investigo la desaparición de una muchacha —dijo—. Tengo razones para creer que uno de sus empleados pudo ser una de las últimas personas en verla.

—¿No le llegó el fax? —contestó Luciano Cabrero meneando el bigote. Dejó la taza junto al periódico y rebuscó entre sus papeles hasta dar con un folio mecanografiado que entregó al policía—. Aquí tengo la copia.

Se trataba de un formulario sencillo; en el encabezamiento destacaban en negrita las palabras *línea cero-cero* y debajo aparecían los nombres y la foto de carné de sus dos conductores, junto a una breve reseña de su vida laboral en la empresa y los datos personales de cada uno.

—Es lo que nos pidieron —añadió el tipo ajustándose las gafas—. ¿Nos hemos equivocado o es que no llegó correctamente?

Matt examinó la hoja con detenimiento: nombres, direcciones, historial... Esa información era valiosísima y, al parecer, la gente de Almeida ya la había pedido.

—¿Todo bien?

—Sí, claro —contestó Matt apresuradamente—. Esto es justo lo que necesitamos, pero nuestro fax... Ya sabe, estas cosas fallan. ¿Me podría llevar una copia?

El supervisor carraspeó y volvió a mirarlo con una mueca de desconfianza. Al final arqueó las cejas e hizo un gesto con la mano.

—Sí, claro —concedió, antes de engullir un trozo de un tremendo bocadillo de chorizo—. Lévese esa. Disculpe, es que no había terminado de desayunar.

—No se preocupe —contestó Matt—. Pero oiga, hay una cosa que necesito comentar con usted. Será un momento.

—Dispare.

—Estos datos están muy bien, pero ¿cómo podría saber cuál de estos dos tipos conducía la cero-cero el miércoles pasado?

Cabrero lo pensó un segundo mientras tragaba el último bocado disfrutando de su sabor como si fuera un gran manjar.

—Pues depende de a qué hora se refiera —replicó apurando su café. Giró la silla hacia el cuadrante clavado en la pared.

Matt miró su libreta.

—De madrugada, a eso de las tres.

El supervisor detuvo el movimiento de su butaca y se levantó para limpiarse las migas de la camisa. Negaba con la cabeza.

—Nada, nada —dijo—. Si era por la noche solo podía ser Damián.

El irlandés dirigió inmediatamente la mirada hacia la imagen del tipo en cuestión en la copia del fax. Era un hombre bajito y arrugado, de ojos pequeños pero sagaces y una fuerza inusual en el modo en que apretaba los labios. Matt dejó el papel sobre la mesa, no le gustaba nada aquella mirada.

—Un tipo misterioso —murmuró.

—Callado, más bien —corrigió Cabrero.

—¿Podría hablar con él?

El supervisor volvió a negar con una mueca.

—Eso mismo me preguntó su compañera esta mañana.

El policía frunció el ceño, otra vez la perrita de Almeida se le adelantaba.

—¿Y?

Cabrero arqueó las cejas y se frotó la barriga.

—Pues le dije lo mismo que le digo a usted. No pueden hablar con él porque está de vacaciones.

El pelirrojo se puso en guardia, como si aquella noticia activara un resorte en algún rincón de su pensamiento.

—¿Y cuándo vuelve?

—No lo sé —canturreó el supervisor, evidentemente satisfecho con su desayuno.

Vaya cagada. Finalmente Matt se sentó en la silla vacía y se mostró contrariado. Tenía que hablar con ese hombre, fuera como fuese y aunque tuviera que ir a buscarlo a las islas Fidji. Aquel conductor podía tener datos, información, un maldito hilo del que tirar. Por primera vez en meses disponía de una pista y, sin embargo, tampoco terminaba de tenerla a su alcance. En el fax figuraba la dirección y el teléfono del tal Damián, y era urgente localizarlo antes de que lo hicieran los chicos de Almeida.

—¿Lo conoce bien? —le preguntó a Cabrero, que todavía lo miraba sin saber si iba a irse o a quedarse.

—Bueno, se puede decir que empezamos juntos en esto.

La puerta del despacho se abrió de repente y un tipo alto y malhumorado entró y cruzó a grandes pasos hasta la máquina de café.

—Hola, jefe —gruñó. Llevaba barba de varios días y tantos anillos y cadenas doradas que no hubiera podido pasar bajo un detector de metales. Se sirvió una taza y se entretuvo junto a la encimera para tomársela. De pronto, su mirada nerviosa tropezó con la del policía—. ¿Y este quién es?

Matt echó un vistazo a la hoja del fax y se dio cuenta de que aquel tipo era el chófer de la segunda foto. Se presentó como agente de policía y le estrechó la mano.

—Pedro, ¿verdad?

—Otro policía, ¿eh?

—¿Ya ha visto antes alguno?

—¿Antes? A muchos. Pero hoy ya es el segundo. Y la verdad, debo decir que tenía mucha mejor pinta el de esta mañana.

—Alta y pelirroja, ¿no es así?

El conductor asintió con una sonrisa que no dejaba lugar a dudas.

—No me gustan los policías —dijo sin soltarle la mano.

—A mí tampoco —replicó Matt, y se zafó de su manaza. Entonces Cabrero le tiró al tal Pedro un manojo de llaves.

—Aquí las tienes —le dijo—. Anda, vete al trabajo.

—Gracias, lo haré —replicó el chófer dedicando al irlandés una mirada desafiante antes de salir y cerrar la puerta de la oficina.

—No es muy amable —murmuró Matt levantándose. Saludó a Cabrero con un apretón de manos y se guardó el informe doblado en la chaqueta.

—Oiga —lo detuvo el supervisor—, ¿está metido Damián en algún lío?

El irlandés se giró desde la puerta mientras se ponía las gafas de sol.

—No lo sé —contestó—. Eso es precisamente lo que pretendo averiguar.

Capítulo 32

La dirección del conductor que había recogido a Ruth aquella noche estaba apuntada en el informe de Cabrero. El tal Damián vivía en una zona alta de la ciudad, justo al final de un mirador que dominaba todo el casco antiguo y cuyas vistas alcanzaban la zona del puerto y la playa. Un mar de antenas de televisión retorcidas como ramas secas soportaba el aguacero cuando Matt apareció por la colina. Había dos coches patrulla delante de la puerta, así que siguió de largo, aparcó un poco más abajo y se acercó a la casa con sigilo.

El edificio de Damián era un viejo caserón y, además, el único que permanecía en pie en ese lado de la calle. Estaba tan deteriorado que no sería de extrañar que el ayuntamiento estuviera esperando la autorización de su dueño para derribarlo y seguir construyendo el parque del mirador, una explanada de césped y nogales con algunos bancos para sentarse que casi siempre estaban vacíos. La casa era un antiguo hostel de dos pisos, superviviente de la posguerra. Matt había pasado muchas veces por delante y siempre había pensado que estaba abandonada, por eso le sorprendió ver la dirección en el fax.

El irlandés bajó las escaleras que llegaban al paseo del mirador y se acercó a la vivienda por la parte trasera con cuidado de no quedar a la vista de los policías; como no vio a ninguno de ellos merodeando, supuso que ya habían entrado. Se agachó todo lo que pudo y corrió hacia la puerta posterior de la casa atravesando el césped hasta detenerse junto a una desvencijada verja de metal cerrada con un candado. Al otro lado de la valla había un patio, un recinto cuadrado de tierra convertido en un vivero de malas hierbas, latas de cerveza y algún que otro neumático recalentado. También había un zapato y una rebeca rosa de algodón enredados en la maleza.

Desde el patio subía por el lateral del edificio una escalera de cemento, sin barandilla ni ninguna otra protección, hasta una puerta tapiada con ladrillos. Matt rodeó la casa y se dio cuenta de que el resto de puertas y ventanas también habían sido condenadas, pero encontró a los pies del muro trasero un hueco del tamaño de un hombre mediano. Era un agujero pequeño, aunque parecía bastante profundo y daba la impresión de que lo hubieran abierto a puntapiés, aprovechando lo endeble de la pared de ladrillo. De su interior brotaba un intenso hedor.

El policía tuvo que ponerse un pañuelo en la nariz para poder acercarse a la abertura. No era más que un boquete en el tabique del edificio, pero parecía haber una habitación al otro lado. Sacó una pequeña linterna de bolsillo y, al alumbrar el interior, encontró manchas de sangre y restos de excrementos decorando un sótano de no más de tres metros cuadrados. El suelo era de tierra y estaba sembrado de jeringuillas, botellas de cristal y cartones de vino vacíos, además de una gran cantidad de bolsas de supermercado, la mayoría llenas de desperdicios. Al fondo había un somier herido por las termitas y, junto a este, una montonera de mantas a medio roer. —Cuánta mierda —masculló Matt.

Recorriendo el techo de cemento desnudo con su linterna, descubrió uncollagede chicles resecos. Al final había una trampilla de madera. Aquella podría ser la entrada del sótano que comunicase directamente con el primer piso del edificio.

Tenía que entrar.

Haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, el detective introdujo primero un pie y después se coló del todo en aquel apestoso agujero. No cabía erguido, el techo apenas tendría un metro sesenta de altura, así que tuvo que caminar agachado hacia la trampilla. El aire viciado devoraba sus pulmones y, aunque trataba de no respirar, la náusea hizo que regresara a su boca gran parte de lo último que había comido. Con lágrimas en los ojos y una rugosa sensación de angustia, atravesó la habitación y consiguió llegar a la trampilla, encontró el tirador y la

abrió.

Una bocanada de aire limpio le sacudió en la nariz. Asomó la cabeza con cuidado, por si hubiera policías arriba, pero solo encontró la puerta principal de la casa al final del pasillo de la primera planta.

Se esforzó por escuchar. Todo estaba en silencio, así que siguió subiendo y se resguardó detrás de un antiguo y polvoriento reloj cuyo péndulo ya no se movía. Toda la casa apestaba a humedad y a moho y la pintura de las paredes se caía hecha jirones sobre la alfombra. El corredor no era demasiado largo. En el lado opuesto a la puerta principal se encontraba la de la cocina, de donde salía un hedor muy similar al de la despensa del sótano.

Unos minutos después, escuchó el crujido de la radio de uno de los policías que, como sospechaba, no estaban fuera, sino en el piso de arriba. Había dos escaleras que ascendían desde allí, una a cada extremo del pasillo. Sacó el revólver de su pistolera bajo la cazadora y empezó a subir por la que tenía más cerca.

Aunque los escalones de madera estaban carcomidos, la vieja moqueta amortiguaba en parte el crujido de sus pisadas. Llegó a un primer rellano en el que gobernaba una pintura del mar embravecido que parecía a punto de caer sobre un jarrón de flores secas; un poco más arriba, la escalera desembocaba en otro pasillo. Antes de subir, Matt se detuvo.

Llegaban pasos desde el otro extremo del corredor. Tenía frente a él una puerta cerrada y una pared cubierta de manchas de grasa. También había lamparones de un rojo ennegrecido en la moqueta y gotas de agua sucia que caían del techo. El olor en aquel piso era idéntico al de las fosas comunes que Matt había tenido que investigar años atrás en Irlanda: picaba en la nariz como un bidón de pescado podrido.

Se asomó al pasillo con cuidado. Contó en total tres puertas. Repartidos por el corredor había cuatro agentes de policía comandados por una mujer joven de melena rojiza. Era la inspectora Carla Torres.

—¿Qué demonios haces tú aquí? —le preguntó solo con el movimiento de sus labios al verlo. Matt sonrió, pero ella estaba furiosa.

Los agentes, armados con rifles y linternas, se giraron hacia él y lo miraron sorprendidos. El irlandés subió el resto de los escalones y se colocó junto a ellos.

—¿Te has vuelto loco? —insistió la inspectora—. Estamos trabajando.

Matt le envió un beso volado e hizo señas a los policías para que continuaran con su labor. A una indicación de Carla, dos agentes abrieron con cuidado la primera de las puertas, entraron y salieron en cuestión de segundos.

—Habitación despejada —susurró uno de ellos—. Es un aseo.

La otra pareja forzó la puerta más cercana a Matt. Mientras la registraban, el detective intentaba evitar la mirada reprobadora de la inspectora.

—No tengo tiempo para esto, Rojo —murmuró ella.

El irlandés hizo caso omiso y la mandó callar con un gesto.

—Estoy trabajando.

Uno de los agentes salió de la habitación con las manos vacías y el arma apuntando al suelo.

—Está limpia —dijo—. Es un dormitorio que lleva tiempo sin usarse.

Matt asomó la cabeza ignorando las órdenes de Carla. Solo había una cama de matrimonio deshecha y cubierta de polvo, un armario de madera corroído por la humedad y un tocador con espejo cuya superficie estaba escondida tras un manto de telas de araña.

La inspectora Torres dispuso a sus hombres a ambos lados de la tercera puerta con los rifles y las linternas a punto. Ella se colocó junto al picaporte, con su revólver cargado cerca de la cabeza. Antes de abrir, lanzó una mirada de advertencia a Matt para que se mantuviera a una distancia prudente de su equipo.

—¿Ni siquiera puedo mirar? —susurró él con sarcasmo guardando su pistola.

Carla giró el pomo y empujó la puerta casi en un mismo gesto, y en un instante los agentes irrumpieron en la habitación apuntando a su interior con las linternas. El cuarto estaba sumido en las tinieblas, con las persianas de una sucia ventana subidas solo hasta la mitad. Había un armario y, junto a la pared, una cama pequeña perfectamente vestida con un edredón rosa sobre el que se apilaban, ordenadas con mimo, más de medio centenar de muñecas de porcelana. Los haces de luz se cruzaban en busca de alguna pista, algo que les permitiera encontrar a la hija de Márquez. No tardaron en confluír en un objeto oscuro situado junto a la ventana. La inspectora se acercó y subió las persianas del todo.

Alguno de aquellos rudos policías tuvo que salir de la habitación para vomitar en un rincón del pasillo. Acababan de encontrar, en una silla de ruedas, el cadáver reseco y apergaminado de una niña.

Capítulo 33

—Queremos hablar con Damián —espetó Carla al supervisor de la estación de autobuses irrumpiendo de sopetón en su oficina.

Matt entró en el despacho detrás de ella, saludó a Cabrero con un gesto y se apartó hacia el otro lado para dejar espacio a la inspectora. Quería darle a entender que él pintaba poco allí. Luciano Cabrero no parecía demasiado sorprendido.

No obstante, había otra razón por la que el irlandés prefería mantenerse al margen. Lo que acababa de ver en la casa del conductor lo había descolocado, había tirado por tierra su teoría, y como no sabía dónde encajarlo dentro de su investigación, había decidido dejar que el peso del interrogatorio lo llevara Carla, que al fin y al cabo iba a ser la que también cargara con la responsabilidad y, en definitiva, con las medallas.

Cabrero dejó sobre la mesa el bocadillo y, tras sacudirse el bigote y limpiarse las migas de las mejillas, se giró para contestar a la pelirroja.

—Ya les dije que está de vacaciones.

—Eso ya lo sé —replicó airada Carla—. Lo que quiero que me diga es dónde puedo encontrarlo.

—En su casa, supongo —contestó el supervisor sin mostrarse nervioso. ¡Quién querría darse prisa en terminar una conversación con una mujer como aquella!

—¡En su casa no está! —exclamó la inspectora.

La paciencia nunca había sido una de sus virtudes, como Matt bien sabía. En cierto modo compadecía a aquel hombrecillo y le deseó, por su propio bien, que acertara con las respuestas correctas. Al ver la forma en que Carla lo estaba mirando, decidió tirarle un cabo.

—Don Luciano —dijo desde el fondo de la oficina—, el otro día me comentó que conocía bien a Damián. ¿Sabe de otro lugar donde pudiéramos buscarle?

Cabrero sonrió, se recostó en su butacón y cruzó las manos encima de su barriga.

—Ay, Damián, viejo granuja —canturreó pensativo—, en qué te habrás metido...

—¿Se le ocurre algo? —intervino Carla, impaciente como siempre.

El supervisor negó despacio con la cabeza, torciendo los labios hasta morderse el bigote.

—No —contestó al fin—. Me temo que no lo conozco tanto.

—¿Puede usted hablarnos de él? —le preguntó Matt—. ¿Qué le sucedió a su hija? El gesto de Cabrero cambió de repente.

—¿Cómo saben lo de su hija? —replicó con frialdad.

—No sabemos nada —contestó Carla—. Estamos aquí para que usted nos informe.

El viejo supervisor miró con temor a la inspectora y suspiró como si le oprimiera un gran pesar. Se dejó caer sobre la silla y se retiró las gafas para frotarse los ojos. De repente parecía muy cansado.

—Debí haberme jubilado hace mucho tiempo —dijo.

Al ver que los policías esperaban expectantes su respuesta, recuperó la compostura, apoyó la cabeza sobre la mano derecha y empezó su explicación haciendo flotar las gafas en el aire con la izquierda.

—Más que por la hija de Damián, me deberían preguntar por su esposa —murmuró mirando de reojo la ventana como si le preocupara que alguien de fuera pudiera escucharle—. Ella daba significado a su vida. Nunca fue un tipo amigable, ¿saben?, ni tampoco muy agraciado. Por eso cuando aquel encanto de mujer se fijó en él, bueno, fue como si Nuestro Señor lo bendijera. Él solía decir que Dios le había enviado un ángel.

El supervisor sonrió perdido en sus ensoñaciones y se detuvo para tomar un sorbo de café. Carla le instó a que continuara.

—Habla usted en pasado.

—Ella murió —sentenció Cabrero—. Cáncer, según creo. Fue cuando la pequeña tenía apenas seis años.

—¿Cómo cree que afectó eso a Damián? —preguntó Matt.

—Fue terrible. —El supervisor se giró hacia él, reafirmando su respuesta con un gesto de la cabeza—. Desde ese maldito día Damián se sintió perdido, abandonado, así que se volcó en la niña, vivió solo para ella, de noche y de día, y entonces Dios decidió castigarlo otra vez y se llevó también a la pequeña.

Los dos policías se miraron, pero guardaron silencio.

—Se volvería loco... —murmuró la inspectora. Luciano levantó la cabeza y fijó la mirada en ella.

—Si le digo la verdad, señorita, no sé cómo sigue vivo.

Se despidieron del supervisor sin haber sacado mucha más información útil de la que tenían al llegar, pero con un perfil más claro del tipo que era capaz de guardar durante nueve años el cadáver de su hija en su propia casa como si siguiera viva. Por el contrario, en lo referente a su investigación, necesitaban hablar con Damián antes de decidir si tenía un papel fundamental o no en aquel caso. No habían encontrado ningún indicio determinante en su casa de que la perversión de conservar el cadáver de la niña tuviera algo que ver con la desaparición de Ruth.

—¿Cuándo empieza su turno? —había preguntado Carla justo antes de despedirse de Cabrero.

Matt revisaba un panel de corcho abarrotado de papeles sujetos con alfileres y el supervisor se preparaba otro café.

—Hoy no vendrá —contestó—. Le dije que se tomara unos días y que volviera cuando se encontrara mejor, así que supongo que eso será lo que haga.

—¿Por qué decidió darle esos días? —quiso saber Matt mientras hojeaba los anuncios y carteles colgados en el corcho. Había folletos de publicidad y notas de empresa, pero la mayoría eran mapas e itinerarios.

—Lo vi cansado —explicó Cabrero—, como si durmiera mal o le faltasen vitaminas. Por eso lo mandé a casa.

El irlandés arqueó una ceja, descolgó de su chincheta uno de los mapas y se giró hacia Carla.

—¿Como si durmiera mal?

Un interruptor se había encendido en algún rincón de su mente. Se dirigió al supervisor y, estrechándole la mano, le mostró el mapa que le había birlado.

—¿Puede regalarme esto?

Capítulo 34

La vieja base militar se había convertido en los últimos meses en un lugar demasiado popular y, cada vez más a menudo, Damián se veía diariamente acosado por descerebrados que solo pensaban en emborracharse y hacer el mono con sus parejas. Le estaba resultando muy difícil mantener en secreto la existencia de su taller. Tener que liquidar a todos aquellos intrusos solo le hacía perder el tiempo.

Gracias a los cuatro mocosos de la noche anterior, podría reponer alguna de las piezas que se habían echado a perder. Como los chicos ya estaban muertos y no le servían para mucho, los dejó en la habitación del fondo y después trasladó a las chicas al taller, por lo menos hasta que pudiera examinar sus cuerpos con mayor detenimiento. Probablemente las utilizara para reemplazar los miembros de algunas de las muñecas más viejas.

—¡Yetch!

Sentado en el catre de su cubículo, llegó a la determinación de poner fin a todo aquello cuanto antes. Era demasiado peligroso. Si alguien llegaba a dar con su laberinto subterráneo, no solo lo sacarían de ahí, también arruinarían su regalo y, lo peor de todo, se llevarían a Linda. Súbitamente inquieto, cogió de encima de su mesilla un grueso fajo de papeles sujetos con una cuerda y repasó una vez más los diseños que tenía preparados para las nuevas muñecas, tratando de adivinar cuántas piezas le hacían falta aún. Si no conseguía terminar el regalo con las que ya tenía en el taller, tendría que pensárselo mucho antes de salir a por más.

Las chicas nuevas se quejaban al otro lado del pasillo. Él solo podía oír el rumor de sus llantos, pero estaba seguro de que continuaban gritando como unas condenadas. Una hora más tarde regresó a su habitación después de echar un vistazo a su trabajo y anotó algunas ideas en su cuaderno. Era incapaz de pasar demasiado rato sin ir a visitar su obra, sin comprobar que todo estaba en orden, que nada se había estropeado durante su ausencia y que el conjunto seguía siendo de su agrado. La verdad era que estaba bastante satisfecho.

Sin embargo, bastante no era suficiente.

Damián era un perfeccionista obsesivo. Había noches en que ni siquiera era capaz de conciliar el sueño si no conseguía que una muñeca quedara tal y como la veía en su cabeza, y se torturaba a sí mismo pensando que su diseño no era atractivo o que carecía de la habilidad necesaria para ensamblar correctamente las piezas. Eso lo entristecía. No quería defraudar a su hija, y menos el día en que iba a cumplir dieciocho años.

Qué rápido se había hecho mayor.

Esa tarde estaba obcecado en los retoques finales de una de las muñecas que más quebraderos de cabeza le había causado en las últimas semanas. Hacía girar dos piedras de hielo en el fondo del vaso mientras hojeaba pensativo las páginas de su diario.

No lograba concentrarse. Aquella puta niñata no dejaba de gritar. La rubia debía de estar muerta porque hacía rato que ya no la escuchaba gemir con el ronroneo ahogado de antes, el único sonido que podía hacer con aquel clavo enorme taladrando su faringe; pero la otra, la chillona... El suero habría dejado de hacerle efecto. Si seguía gritando así, terminaría por despertar al resto de las piezas.

Damián dejó en la mesilla el vaso vacío y el cuaderno de apuntes y salió de su habitación en dirección al taller.

Cuanto más cerca estaba, más le molestaban sus insoportables quejidos. Entró con paso firme y, al encender la luz, los engendros humanos que colgaban de los ganchos empezaron a chillar.

—¡A ver, ya está bien! —exclamó.

Cogió del escritorio la jeringuilla y el bote de suero, y comenzó a repartir su «medicina del sueño». Cada vez era más difícil penetrar en la piel rígida y fría de las que llevaban más tiempo

allí. Debería ir pensando en cambiar la aguja; la que tenía estaba vieja, oxidada y llena de mugre. Aun así se la clavó a los que quedaban y después se llevó a la luz a las dos chicas nuevas. Efectivamente, la rubia estaba muerta, muerta y desangrada por todos los agujeros que le había hecho con los clavos al sujetarla a la pared; tal vez debiera empezar a llevarse cuerdas a las casetas cuando saliera de caza. Ahora estaba inservible, sus brazos y piernas amputados ya estaban resecos y el abdomen desgarrado por el peso de su cuerpo. Sin embargo, tenía una bonita melena de color dorado que podía servirle para alguna muñeca.

La otra niña, la chillona, no dejaba de gritar como si esperara que alguien pudiera oírla. Damián se dio la vuelta y le arreó un fortísimo bofetón que le reventó el labio y le hizo saltar un diente.

—¡Cállate! ¡Yetch!

Todavía tenía la jeringuilla en la mano, pero prefirió no dormirla, quería disfrutar de su sufrimiento cuando le arrancara los ojos.

Tras buscar durante un par de minutos en su caja de herramientas, se hizo con un fino cuchillo de dientes de sierra, agarró a la rubia muerta por el largo flequillo y empezó a rebanarle el cuero cabelludo. Al verlo, la otra se puso a gritar todavía más.

—¿No te gusta? —Damián se rio, mirándola mientras retumbaba en la habitación el sonido pegajoso de los cortes. Rajó con cuidado por los bordes de las orejas antes de seguir bajando hacia la parte trasera de la cabeza. Cuando terminó, dejó caer el cuchillo sobre el escritorio y empezó a tirar del pelo hacia arriba con las dos manos para despegarlo del cráneo—. Después haré lo mismo contigo.

Mónica deseaba morir, no podía soportar un segundo más todo aquello. Apretó los párpados con fuerza, no quería mirar y darse cuenta de que lo que estaba viviendo no era una pesadilla. Había empezado a llorar. Las babas encharcaban su voz mientras se ahogaba, incapaz de mover ningún miembro que quedara por debajo de su cabeza. Después de ver lo que aquel tipo había hecho a sus amigos, ya sabía que no saldría viva de allí. Y no quería ni imaginar lo que le esperaba a ella. Un ojo rebelde se atrevió entonces a abrirse sin su permiso y encontró el extremo romo de un cuchillo oxidado apuntando a su pupila.

Con un movimiento rápido como una avispa, la hoja penetró en su globo ocular y lo reventó como una bolsa de gelatina.

—¡Llora ahora! —gritó Damián con una carcajada demencial. La chica sangró como un géiser por el agujero de la cuenca vacía—. Veamos qué tienes tú que sea bonito...

Un giro de su cuchillo rasgó la camisa de Mónica y dejó su abdomen al aire, su estómago abierto por el corte del machete que le clavara la noche anterior. «No tiene un pecho demasiado feo —pensó Damián—, ni tampoco las caderas muy anchas.» Le arrancó la minifalda y vio que el pubis y las piernas también podían servirle, aunque estaba harto de ver siempre lo mismo. La chica no estaba mal; sin embargo, él buscaba algo diferente, algo especial, el toque de distinción que convirtiera su última muñeca en una obra de arte. Y de esa chiquilla no iba a sacar nada con esas características.

Así que, como estaba harto de sus gritos, le introdujo con un solo gesto de su mano la hoja del machete por el hueco del abdomen y, a través del diafragma, le alcanzó el corazón. Pudo ver cómo se apagaba una luz en su único ojo y escuchó con placer ese último aliento que acababa con ella.

—¡Sí! —exclamó—. ¡Calladita al fin!

A continuación bajó a las dos chicas de sus respectivos ganchos y las llevó a rastras al cuarto de los desechos. No le gustaba guardar muertos en el taller. Después regresó para sentarse en su mesa de trabajo y terminar su nueva obra.

La tenía colocada encima de un soporte, como un maniquí: la cabeza de una mujer nórdica que recogió cerca de La Isleta con el tronco del chaval deportista. Le había cosido las tetas de la enana de gafas, ya que la puta las tenía destrozadas a golpes, pero el resto, brazos y piernas,

pertenecían a cuerpos distintos y eso la hacía exclusiva. Ahora por fin tenía un cabello acorde con semejante genialidad. Le plantó sobre la cabeza abierta el cuero cabelludo de Iris y con su vieja aguja garfiada empezó a coser.

Capítulo 35

—¿Qué narices es lo que le has robado?

Matt y Carla estaban sentados en una de las terrazas de la calle Triana cercanas al parque San Telmo a la hora en que empezaba a caer la tarde y la lluvia había dado una tregua a los paseantes.

—Un mapa.

La pelirroja dio un sorbo a su café y arqueó una ceja.

—¿Para qué? ¿Piensas perderte tú también?

El irlandés sonrió y disfrutó el último trago de su cerveza negra. Acababa de decidir que al menos durante esa tarde no bebería más. El reencuentro con la última de sus ex empezaba a resultarle embarazoso. «¿Y qué si está buena? —pensó—. Siempre lo estuvo.»

—¿Qué tienes en la cabeza? —preguntó ella. Él se empezó a reír.

La inspectora se arregló el cuello de la chaqueta. Debajo, la fina camisa de lino blanco remarcaba los encantos que Matt pretendía olvidar. Carla era una gran policía, la mujer más joven en obtener la graduación de inspectora, pero también había sido el amor de su vida. Ella adoraba tener el control, por eso estaba tan furiosa manejando un caso como aquel en el que las pistas buenas y las falsas se mezclaban continuamente. Se habían conocido hacía tiempo, algunos años después de que la madre de Susie se marchara, y habían sido pareja durante unos meses. No tardaron en darse cuenta de que no tenían mucho más en común que el color de su pelo, así que uno de los dos, o quizá los dos a la vez, había decidido no seguir con la farsa.

Esa tarde, mucho tiempo después, el sarcasmo del irlandés seguía sacándola de quicio.

—¡Ah! —exclamó—. No sé cómo te soporto.

—No lo haces.

Ella sonrió, pero Matt tenía razón. ¿Y quién lo soportaba? Carla no, desde luego. Nunca lo había soportado, y tal vez por eso mismo no podía dejar de desearlo. Su relación de amor y odio era más parecida a una balanza mal nivelada que a la historia de una pareja común. Carla recordaba, cuando su estúpido corazón le jugaba alguna mala pasada, que durante su noviazgo no había habido buenos y malos momentos, sino minutos de pasión rotos por malas intenciones. Los reproches y las discusiones habían surgido sin esfuerzo cada vez que algo parecía funcionar. Matt había sido su historia más tortuosa, sin duda, pero también sabía que nunca había amado a nadie como a él.

Y también por eso lo odiaba.

—¿Cómo está Susie? —le preguntó para cambiar de tema.

—Está —contestó Matt.

Ella asintió en silencio terminando su taza de café.

—Eso no suena muy bien —murmuró.

—No la entiendo, no puedo con ella.

Carla suspiró abriendo los brazos y negando con la cabeza.

—Pero ¿cuántos años tiene, dieciocho?

—Recién cumplidos.

—¡Dios! Ni siquiera ella sabe lo que quiere.

Matt se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y suspiró profundamente. La noche empezaba a refrescar, y él a ponerse furioso.

—Pues parece tenerlo muy claro —gruñó—. Lo que quiere es tontear con niños y ponerse hasta arriba de hierba.

La inspectora estalló en una carcajada.

—Vamos, hombre, ¿y qué querías tú a su edad?

Matt no contestó. Solo formuló la respuesta en su mente y prefirió reservársela. Entonces recordó lo bien que se habían llevado Carla y su hija durante el tiempo que ellos dos habían estado juntos, lo bien que le había hecho sentir que, después de tanto tiempo, Susie tuviera al fin un espejo femenino en el que mirarse. Lo que no sabía era que ellas seguían quedando de vez en cuando para charlar. Eso no le habría hecho tanta gracia.

—Al menos te preocupas por ella —añadió Carla—. Ya es más de lo que has hecho por otras mujeres.

El irlandés dejó la jarra de cerveza sobre la mesa y observó desconfiado a su acompañante. No le había gustado el comentario, tan sutil como un cañonazo.

—Ya...

Carla observaba a la gente que paseaba por la calle comercial con la mirada perdida, como si volviera atrás en el tiempo. Sin embargo, Matt fue incapaz de reconocer a qué tiempo estaba regresando, si a su propio pasado o al de los dos juntos, aquel marcado por su terrible carácter. De repente, la inspectora se echó a reír.

—No sabes lo que te espera... —murmuró con una hermosa sonrisa en los labios.

—Mira —dijo él—, he cuidado de esa niña desde antes de que supiera hablar, la he criado solo, y si crees que...

—Bueno —interrumpió Carla—, a lo mejor por eso mismo te ha salido así.

El irlandés no esperaba aquella afirmación, aunque se negó a sentirse ofendido por otra más de las puyas de Carla. Ella siempre había sabido abrirse camino y llegar a la línea de flotación, a lo profundo de la herida. Guardó silencio y no le contestó porque en el fondo tenía razón.

—Da igual. Lo que no sé es qué hacer con ella.

—A lo mejor no tienes que hacer nada.

Minutos después empezaba a chispear, así que pidieron la cuenta en la barra.

—¿Tiene novio? —preguntó Carla.

Nada más oír esa palabra, Matt dejó escapar un gruñido leonino y torció el gesto.

—Un tal Bernardo —contestó.

Carla reprimió un acceso de risa tapándose la boca con la mano.

—¿Bernardo? Bueno, al menos tendrá coche.

—Cállate —replicó él apartando la cara.

Carla se cambió de lado y habló a Matt al oído.

—Oye, tú crees que ese tío se la ha...

—¡Que te calles! —exclamó Matt—. ¡Camarera! Hace una hora que pedimos la cuenta.

La pelirroja no podía parar de reír, la camarera llegó con la factura y ella dejó un billete de cinco euros sobre la bandejita.

—Invito yo —le dijo a Matt ahogando la risa—. Ya te advertí que esa niña necesitaba una figura femenina a su lado.

El irlandés contuvo una carcajada.

—Espero que eso no sea una proposición, porque... Carla se apartó de él y lo miró con desprecio.

—¿Porque qué? —preguntó con desdén—. Eres idiota.

La inspectora salió del café y emprendió el regreso al parque sin importarle la lluvia. Matt marchó detrás de ella y consiguió darle alcance. No se esperaba aquella reacción.

—Espera, mujer —le rogó disimulando la sonrisa—. No quería burlarme. Solo decía que la idea de que tú y yo... sería...

—Ridículo —concluyó ella—. Vámonos, que es tarde. Mañana tengo que madrugar para entregarle un informe a Almeida sobre la niña muerta y buscar a su padre.

El irlandés bajó la cabeza y la acompañó hasta su coche, consciente de que la había cagado. No volvió a abrir la boca, pero, tras despedirse de ella, escuchó que le silbaba. Se estaba calando,

aun así se detuvo bajo la lluvia.

—Oye —le dijo la pelirroja desde la ventanilla—, ¿quieres que te acerque al coche? Te estás empapando.

Él sonrió, negó con un gesto y siguió caminando. Ella aceleró y volvió a colocarse a su altura.

—Rojo, perdona, sé que he sido un poco borde, no pretendía pasarme. Es solo que... Matt arqueó las cejas: que ella se disculpara era toda una novedad.

—No te preocupes, he sido un estúpido. La culpa es mía.

—Me gustaría invitarte a cenar —dijo Carla entonces, veloz como si las palabras salieran de un cañón.

La idea de cenar con ella después de tanto tiempo no parecía mala del todo. Seguramente intimar con una pelirroja estupenda era un buen plan para un soltero, excepto si el soltero es Matt, *el Rojo* y ella, Carla Torres. Porque entonces la chispa estaba asegurada y no sería de amor precisamente.

Era probable que los dos estuvieran pensando lo mismo. En sus ojos podía verse que Carla se había arrepentido de la invitación justo después de hacerla. Por si acaso, Matt prefirió no jugar a adivinar qué podría haber sucedido.

—No, gracias —dijo—. Nos veremos por la mañana. Tengo que coger una guagua.

Capítulo 36

Matt, *el Rojo* cruzó el andén de la estación de autobuses cerca de la una de la madrugada y se sentó en un banco de metal para esperar pacientemente la doble cero. Como era una línea circular y durante su recorrido daba la vuelta a casi toda la ciudad, tardaba cerca de una hora en volver por la estación.

Cuando por fin apareció y abrió las puertas, el policía encontró al tal Pedro a los mandos del vehículo. Subió sin saludar y trató de pasar adentro sin llamar su atención, pero el tipo lo reconoció enseguida. Llevaba la camisa de trabajo desabotonada hasta el pecho, enseñando pelambreira y cadena de oro; sobre el volante tenía un rosario de plástico malva enganchado en el espejo retrovisor. Matt le sonrió con una mueca y se fue a sentar en una de las filas del fondo. Sacó el plano que le había dado Cabrero y se dispuso a disfrutar de un agradable paseo nocturno.

La guagua inició la marcha cuando el conductor entendió que ya había subido suficiente gente a bordo. Al salir de la estación, Matt empezó a dibujar sobre el plano el itinerario exacto que iban recorriendo y a marcar con una cruz la situación de las paradas. También anotaba el número de pasajeros que subían y bajaban en cada una de ellas. Cincuenta y siete minutos después, regresaba a la misma estación con hambre y un mapa lleno de números y puntos azules.

—¿Se ha divertido? —le preguntó Pedro mirándolo a través del retrovisor. Matt sonrió y guardó el plano.

—Me gusta pasear.

Cuando entró en casa, Susie ya no estaba. Se quitó la chaqueta y, dejándola caer sobre el sofá, fue a la cocina a por un plato de tortilla recalentado y un botellín de cerveza. Esa vez no había una nota en la nevera.

Su ropa estaba fría y húmeda por la lluvia, así que subió a la habitación, se desnudó y, tras ponerse el chándal viejo que llevaba meses sin lavar, regresó al salón para cenar viendo la tele. Como buen irlandés, era fan de los Celtics, pero estaban recibiendo una paliza. No es que le importara demasiado. La última media hora no había dejado de pensar en la actitud de su hija y en lo que Carla le había dicho sobre el modo en que la había educado.

Tal y como estaban las cosas, solo tenía dos opciones esa noche: emborracharse o seguir dándole vueltas a la cabeza. Por supuesto, descartó lo segundo.

Se dirigió a la cocina una vez más y regresó al salón con la penúltima cerveza. Una vez hubo apartado de la mesita los restos de la cena, abrió sobre el cristal el plano de la línea cero-cero. Cogió una libreta y un bolígrafo, bajó el volumen del televisor y con la espesa lucidez que le daba el alcohol empezó a analizar todo lo que había visto.

Después de salir de la estación, la doble cero había trazado una línea recta en dirección al norte, atravesando las calles Venegas y León y Castillo. En ese tramo, Matt había anotado una docena de pasajeros. Algunos empezaron a bajar cuando la guagua llegó a la avenida Marítima, junto a la playa, y todavía más después de girar hacia el oeste y entrar en Mesa y López. Cuando pararon delante del centro comercial llevaba casi veinte personas, pero la mayoría se fue quedando por las sucesivas paradas, sobre todo en la del cine —la última en la que Víctor había visto a Ruth con vida— y en las dos o tres siguientes, de manera que no quedaban demasiados pasajeros cuando llegaron al barrio de Guanarteme. Los pocos que subieron por allí se apearon después en el hospital.

—Aquí está la clave —murmuró Matt a un paso de dejarse vencer por el sopor.

El conductor le había explicado que la línea cero-cero se había inaugurado hacía relativamente poco, unos ocho años, para dar respuesta a las necesidades de la población que empezaba a habitar las recientes construcciones de esa zona de la ciudad. No obstante, al salir de la rotonda

del hospital, el volumen de pasajeros de la doble cero solía ser mínimo. Apenas tres personas, además de Matt, seguían allí cuando rodearon las nuevas viviendas y subieron hacia el barrio de Las Torres por la antigua carretera, dejando atrás el lugar donde habían encontrado el coche de Isaac. Casi una hora después de haber salido el autobús llegó de vuelta a la estación, y junto al policía solo se había bajado otro pasajero, un chico rapado que escuchaba hip-hop con unos auriculares enormes. El paseo no le había servido para descubrir nada nuevo, excepto que la joven línea cero-cero tenía algo que ver en las desapariciones.

Sacó su viejo mapa de la ciudad y lo desplegó junto al nuevo. Abrió la última cerveza y se dispuso a comparar el recorrido de la doble cero con la situación de los puntos y las marcas de las desapariciones de los últimos nueve años. Todos coincidían en el tiempo con la antigüedad de esa línea. Intentó alcanzar el mando a distancia para subir el volumen de la tele y atender al final del partido mientras estudiaba ambos planos, pero a mitad de camino se le nubló la vista, un desagradable sabor a alcohol rancio le golpeó la garganta y cayó inconsciente sobre la moqueta.

Capítulo 37

El sábado por la mañana el teléfono lo despertó con la boca seca y un pringue pestilente pegado en la mejilla y encostrado en el pecho: se había vomitado encima. El televisor seguía encendido. Eso significaba que Susie no había llegado a casa todavía.

Se incorporó como pudo en el sillón sintiendo asco de sí mismo y descolgó el móvil. Era Carla.

—¿Sabes lo que tengo? —le gritó la pelirroja.

—¿Muy mala leche? —contestó él frotándose los ojos.

—No, idiota, tengo aquí una copia de la denuncia que un tipo ecuatoriano puso a la compañía de Guaguas Municipales la semana pasada.

—Qué bien, que tenga suerte.

Matt se levantó del sillón y la casa empezó a darle vueltas. Intentó apoyarse en la pared para llegar al baño, algo que a juzgar por el bulto de su pantalón parecía urgente, aunque, sonrió, aquello también podía significar otra cosa.

—Hace tiempo que no me llamas —murmuró a su ex con sorna—. ¿Recordando viejos tiempos?

—¡Cállate, imbécil! —le espetó ella—. Este tipo de la denuncia dice que la línea cero-cero se ha saltado varias veces su parada.

¿La cero-cero? El irlandés se detuvo ante la puerta del baño y por primera vez prestó atención a Carla. Lo que contaba era importante y él lo sabía; tenía la sensación de que debía escucharla, aunque aún no recordase por qué. El alcohol todavía le atenazaba el cerebro.

—¿De cuándo es esa denuncia? —preguntó con voz ronca.

—Del martes.

—El día siguiente a la desaparición de Ruth Márquez.

—Vaya —dijo Carla—. Buenos días. Ahora te interesa.

—¿Por qué no nos ha llegado antes? —preguntó sin la menor intención de valorar su comentario.

—Me acaba de entrar ahora mismo por fax.—¿Y cómo has conseguido que trabajen un sábado?

—No sé, no serán como tú —concluyó la inspectora empezando a perder la paciencia. Matt sonrió.

—Eso me recuerda una cosa —dijo—. Un momento, tengo que ir al baño. Carla abrió los ojos como platos y empezó a gritar.

—¡Oye, desgraciado, espera! ¡No se te ocurrirá mear conmigo al teléfono!

Pero ya era demasiado tarde.

—¡Qué asco! —chilló la inspectora, apartándose el auricular de la oreja; no podía creer que un hombre se pareciera tanto a un cerdo.

Después, escuchó la voz de Matt que llamaba a otra persona.

—¡Susie! ¡Susie! —gritaba mientras deambulaba por la casa.

Carla imaginó que la chica no estaba, bien porque no hubiera llegado aún o porque se había marchado pronto. Aunque, a juzgar por el tono de su padre, más parecía lo primero.

—¿Todo en orden? —preguntó.

—Sí, sí. Supongo —contestó Matt apurado. Se le oía respirar entrecortadamente, como si estuviera subiendo las escaleras. Llamó una vez más a su hija antes de retomar la conversación con Carla—. Bueno, dime qué pasa con ese tipo.

—Se llama Rodrigo del Castillo...

—Me la pela su nombre —replicó el irlandés—. Seguro que tiene algún mote como Júnior por algún lado. ¿Cuántas veces lo han dejado tirado?

—No, no tiene ningún mote —contestó Carla—. Y lo han dejado en tierra por lo menos seis

veces.

El pasillo de la casa de Matt se hacía interminable.

—Seis veces, ¿eh? ¡Susie! —gritaba—. Ese tipo está gafado. ¿Y cuándo ha sido?

—No especifica fechas, así que no creo que le hagan mucho caso. Podemos preguntárselo.

—Ya —interrumpió Matt—. Pero más o menos...

—Vale —ella comprendió la urgencia—. Según dice, lleva dos años trabajando de vigilante en el centro comercial de Siete Palmas. La guagua ha dejado de pasar por allí de vez en cuando en ese tiempo, pero destaca que especialmente en los últimos meses.

Matt se detuvo en seco al llegar a la habitación de Susie: la cama estaba sin deshacer.

—¿A qué hora? —preguntó, aunque sonó más bien como un gruñido. Carla supo que algo no marchaba bien.

—¿Cómo? —replicó confusa.

—¿A qué hora lo ha dejado plantado?

La siguiente respuesta era la que de verdad importaba.

—Especifica que siempre en el turno de noche.

Matt guardó silencio, salió de la habitación de su hija y atravesó el pasillo para ir al baño de esa planta. Allí tampoco estaba.

—Eso... —dijo distraído—, señorita, es una pista.

Algo iba mal, muy mal, y Carla podía notarlo en el modo de comportarse de Matt. Cada vez se le hacía más cuesta arriba educar a su hija. Tal vez debía empezar por entenderla, por ponerse en su lugar, pero era un hombre tan rudo, tan poco sensible a veces... Ella creía conocerlo bien y se podía figurar lo difícil que debía resultarle. No necesitaba estar allí con él para saber cómo se sentía, y por un momento, un segundo nada más, casi pensó que le gustaría estar.

—¿Qué sucede, Rojo? ¿Qué pasa con la niña?

Matt había regresado a la cocina y se había sentado en una banqueta. No tenía más ganas de buscarla.

—No está —murmuró—. Salió ayer antes de que yo llegara y todavía no...

—Ya —dijo ella—. No sé, a lo mejor...

—Carla, hay un maldito hijo de puta secuestrando gente ahí fuera.

Por desgracia, Matt tenía razón y la pelirroja no supo cómo responderle. Por más que conociera a Susie desde pequeña, ella no era su madre.

—¿Quieres que vaya a tu casa? —Matt tardó en responder.

—No, gracias —contestó—. Supongo que estará bien. Al menos no andará en la calle. Su...

—hizo una pausa— novio o lo que sea tiene coche.

—¿Sí?

—Sí, un Ford de mierda, como su nombre.

Carla rio con disimulo, le costaba admitir que aquel capullo huraño y resacoso pudiera ser a veces tan tierno. Se alegró de que desde el otro lado del teléfono él no pudiera ver su sonrisa; en cambio Matt sí escuchó cómo exhalaba el humo de su cigarrillo.

—¿Has vuelto a fumar? —preguntó inquisitivamente.

—Oye, ¿qué puedes decirme de esa pista? —replicó ella obviando el tema. Matt suspiró.

—Pues que algunas veces la cero-cero se desvía de su recorrido, estoy casi seguro de que lo hace después del hospital, y toma otro camino —dijo—. Pero eso ya lo sabía.

—¿Ah, sí? —preguntó ella con ironía.

—Claro, no me paso la noche aquí sentado viendo partidos de baloncesto.

—Perdone usted —replicó Carla—. Me equivoqué de irlandés capullo.

—Por supuesto.

Aunque parecía increíble, después de mucho tiempo los dos volvieron a reírse juntos. Lástima que durase tan poco.

—Carla, creo que es él. Él los tiene —murmuró Matt congelando las carcajadas. Ella no contestó—. Si encontramos a Damián, encontraremos a *losperdidos*.

—¿A Ruth Márquez también? —le preguntó. Matt contestó cansado.

—Sí, Carla, a Ruth también.

La prioridad era encontrar a Damián, eso Carla lo tenía claro. La hija de Márquez había estado en contacto con él antes de esfumarse. El caso era si lo buscaban para interrogarlo sobre Ruth o como sospechoso de haber secuestrado a toda aquella gente durante casi nueve años. «No, Matt, sin indicios ni pistas no puedo darte la razón», pensó. Y, sin embargo, aquel loco y sus descabelladas teorías eran lo único que tenía para encontrar al chófer.

—¿Qué vas a hacer esta tarde? —le preguntó. Él arqueó las cejas sorprendido.

—Pues seguramente comer y sentarme a esperar a mi hija —respondió—. Pero después voy a ir a visitar a mi amigo Pedro, el otro chófer de la cero-cero. Tengo algunas preguntas que hacerle. ¿Quieres acompañarme?

—¿De qué servirá? —preguntó ella poco convencida.

—Tal vez podamos aclarar dónde se desvía la guagua antes de ir a entrevistar a tu amigo ecuatoriano.

Capítulo 38

Aquellas putas tijeras ya no cortaban ni mierda seca, de manera que al dar tirones para resquebrajar la piel había estropeado algunas de sus mejores piezas.

Acababa de coser un par de brazos al tronco amoratado de una de las muñecas más viejas porque los que tenía habían empezado a agrietarse debido a la descomposición y a la acumulación de gases. Ya estaba harto. Si no le dedicaba la atención suficiente, la mitad de su trabajo se vendría abajo en cuestión de días. Había empezado a recolectar piezas y a elaborar las muñecas demasiado pronto, y no solían durar en buen estado.

Esa era la razón principal de mantener abierto el taller.

Por lo menos ahora podía ver el final del camino. El cumpleaños de Linda estaba a la vuelta de la esquina y, si conseguía reparar las muñecas más dañadas, podría conservarlas hasta que la trajera a verlas.

Sin embargo, esa noche estaba furioso porque se sentía incapaz de culminar con éxito su trabajo. Después de terminar de zurcir los brazos nuevos y de llevar la muñeca al lugar que le correspondía en la casa, se dio cuenta de que a otra del fondo le acababan de reventar los dedos de una mano. Demasiado tiempo apuntando hacia abajo, resistiendo el peso de la sangre seca, había desgarrado la piel de las yemas. Damián, desesperado, arrancó la muñeca de su soporte y se la llevó al taller, donde la colocó en el caballete que solía utilizar para repararlas. Al oírlo entrar en la habitación, algunas de las piezas se despertaron y empezaron a llorar como si alguien pudiera oírlos. Estúpidos.

—¡A callar! ¡Basta! —chilló amenazándolos con una de sus sierras—, o empezaré a trocearos a todos, hijos de puta.

Enfocando la sucia luz del flexo hacia la muñeca rota, empezó a descoser la mano. Un olor nauseabundo brotó de la comisura cuando la separó del muñón. Estaba tan estropeada que directamente la tiró a la basura. La otra no iba a tardar demasiado en reventar. Tenía los dedos hinchados y morados como un globo de cuero verde, así que le arrancó las dos.

La verdad es que era una de sus muñecas más viejas, una de las primeras que había terminado, con el cuerpo de una mujer estupenda y la cabeza de una chica china. «Qué ojos tan bonitos», pensó. Sin embargo, las manos y los pies siempre eran lo más difícil de encontrar para fabricar una gran muñeca, y a esta se los había cambiado ya dos veces.

—Necesito unas manos. ¡Yetch! —murmuró girándose hacia la colección de piezas colgadas de los ganchos—. ¿Quién me las presta?

Las pocas que quedaban con vida se estremecieron en sus soportes. La mayor parte ya no podía ni hablar, apenas balbuceaban al borde de la muerte. Empezó a pasear entre las piezas sacudiendo los garfios y examinándolas con la escasa luz. Las iba apartando con una mueca de asco. Entonces agarró el brazo de una chica, una muy flaca cuyos dedos eran largos y delgados como velas de cera.

—Tú me servirás —gruñó Damián arrastrándola por el riel hasta el escritorio.

Bajo la luz, la chica tenía un aspecto terrible. Debido a la pérdida de sangre, su piel estaba floja y pálida, amarillenta, y sus ojos apenas colgaban por encima de unas grandes bolsas ojeras. Una vez había sido elegante y esbelta y, aunque no era demasiado guapa, tenía una bonita dentadura. Por eso Damián solo le había cortado las piernas y arrancado los dientes. Ahora la joven momia intentaba hablar, pero su boca mutilada se había convertido en una costra purulenta.

—Tranquila —murmuró el chófer—, después de esto no te necesitaré más.

Se sentó en su taburete y le sujetó el brazo derecho con una mano mientras con la otra buscaba su viejo serrucho. Ante la mirada horrorizada de la chiquilla, empezó a cortar.

—No te dolerá —el chófer sonrió—. Ya casi estás muerta.

Pero sí le dolió. El chirrido de la hoja oxidada royendo el hueso se mezcló con los gritos de la chica, enmudecidos por la sangre seca que le sellaba los labios. Aquel monstruo parecía disfrutar mientras la mutilaba.

—Si te hubiera matado antes —le susurró concentrado—, habría echado a perder tu piel. Luego me costaría más coserla. —Damián señaló con un dedo ensangrentado el libro que descansaba encima del escritorio—. Lo pone aquí.

De un tirón, separó la mano de la chica de lo que le quedaba de antebrazo. El conductor la dejó sobre la mesa y repitió la operación con la otra. Cuando escuchó el segundo crujido, la chica supo que iba a morir, que en realidad ya había muerto. Volvió a llorar, y un lánguido aullido recorrió el túnel. Entonces Damián se enfureció, la levantó en vilo y la estrelló una y otra vez contra la pared hasta asegurarse de que había acabado con ella.

Las demás piezas no dejaban de chillar.

—¡Silencio! ¡Cállense! ¿Quieren que los queme a todos? —rugió dejando caer al suelo el cuerpo inerte de la chica. El griterío cesó al instante—. Ya basta —ordenó—. Estoy cansado.

Apartó de un puntapié el cadáver de la muchacha y regresó a su asiento, haciéndolo rodar hasta situarse delante del caballete. Allí le esperaba todavía su muñeca manca. Cogió la aguja retorcida y un carrete de hilo grueso y resistente y trató de relajarse cosiéndole con cuidado las manos que acababa de conseguir. Limpió los restos de sangre de la costura con un trapo y se la llevó de vuelta a su sitio, junto al resto de muñecas terminadas.

—Así está bien —dijo colocándola con mimo—. No volverás a romperte.

Cuando terminó, apagó las luces y volvió a su habitación. Se tumbó en el catre, con el sonido incesante del generador y los gritos lastimeros de las piezas de fondo. Eran como agujijones arponeándole dentro de su cabeza. Estaba harto de todo eso.

Damián no podía dormir. Llevaba horas dando vueltas en la cama. Ya lo había estado meditando desde mucho antes sin llegar a ninguna conclusión y sabía que no iba a poder descansar hasta que lo solucionara. Lo que le sucedía no era más que un furibundo y agónico ataque de perfeccionismo. Necesitaba más piezas, piezas nuevas, no había más que hablar. Pero para saber qué hacer con ellas, primero tenía que conseguir idear su obra suprema. Tras decidir que ese mismo lunes le pediría a Luciano volver al trabajo, encendió la luz y se sentó en la cama con su cuaderno y un bolígrafo.

Juró que hasta que no se le ocurriera algo verdaderamente grandioso no volvería a levantarse.

Capítulo 39

Aquella madrugada era de las más frías de las últimas semanas, aunque a esa hora todavía no había empezado a llover. En cambio, dentro de la estación la humedad era sofocante.

—Buenas noches, don Pedro —saludó Matt al subir al autobús.

—¿Qué hay, madero? —respondió el chófer desde su asiento al volante de la cero-cero—.

¿Esta vez se trae a una amiguita?

—Es la inspectora Torres —contestó Matt.

—Lo sabe —añadió Carla—. Nos conocimos el otro día.

La mujer le tendió la mano. El conductor sonrió, recorriendo con los ojos y algo más el cuerpo de la pelirroja.

—Venga —gruñó—. Pasen atrás, que despegamos.

Carla y Matt se sentaron en un par de plazas cerca de la puerta trasera, en un lugar que apestaba a porro y a cerveza rancia. El irlandés consiguió abrir la ventana unos milímetros, sacó un cuaderno del bolsillo y desplegó sobre sus rodillas y las de Carla los dos mapas, el del recorrido de la doble cero y el de las marcas de *losperdidos*.

—Quiero que veas esto —le pidió.

La guagua se puso en marcha con un chirrido, y en apenas unos segundos salió de la estación.

Cuando enfilaron la calle hacia el norte, Matt indicó a su compañera lo que pretendía de ella.

—Lo que tienes ahí encima es mi trabajo de los últimos ocho años. Los puntos rojos señalan los domicilios de las personas desaparecidas cuyos casos no se han resuelto. Los círculos indican las zonas en las que creemos que se les vio por última vez.

—¿Y qué es eso? —preguntó Carla señalando el mapa donde había dibujado el itinerario del bus.

—Aquí he anotado la situación más o menos exacta de cada parada. Lo que tenemos que hacer ahora es relacionar ambos planos y encontrar la conexión.

—Si la hay —dijo ella—. Si la hay...

Empezaron el recorrido. Matt tomaba notas en el cuaderno al tiempo que recitaba en voz alta los nombres que ya se sabía de memoria.

—Primera parada —informó—. Marta Guerra, Roberto Alonso y Lucía Hernández. Vivían cerca del parque de San Telmo.

El irlandés trazó un círculo en el mapa sobre el punto que señalaba esa parada y escribió un tres al lado.

—Segunda parada, calle Venegas. Por aquí vieron por última vez a Soledad Ríos hace dos años y, antes, a Bibiana Perea. —Matt dibujó un dos junto a un círculo en el plano.

La guagua continuó por la avenida de León y Castillo, y en la calle Juan XIII giró a la derecha entre un grupo de grandes edificios para desembocar en la avenida Marítima. Solo en el camino hasta allí el policía había anotado ya una docena de desaparecidos vinculados con las paradas de la cero-cero, corroborando su teoría ante el silencio resignado de Carla. La pelirroja no iba a tener más remedio que darle la razón, aunque fuera por una vez, y hacérselo saber a Almeida. Dejaron atrás la parada del Club Náutico, donde hacía trece meses debieron haber tomado el autobús las gemelas Yaiza y Zuleima García, que nunca llegaron al cine; y después viraron hacia la avenida de Mesa y López.

Al echar un vistazo a esa zona del mapa, Carla se llevó la mano a la boca.

—¿Qué? —preguntó Matt.

—Esto está lleno de puntitos.

El policía asintió con amargura.

—Eso no es todo. Ahora verás.

La mayor acumulación tenía lugar en ese barrio, donde habían desaparecido tantas personas en esos ocho años como en el resto de la isla en el doble de tiempo. Y la cero-cero recorría casi toda la avenida recogiendo gente de las zonas cercanas a la playa o al mercado.

Debía ser por la hora, ya bastante entrada la madrugada, por lo que en todo aquel paseo no se había subido casi ningún pasajero. Matt esperaba que eso fuera a cambiar una vez llegados a Mesa y López, pero, para su sorpresa, se equivocó. Atravesaron el primer tramo de avenida por debajo de los árboles que adornaban el paseo central, bordearon toda la zona comercial y llegaron a la altura del cine, dejando a su espalda la plaza de España. Y estaban casi solos.

—En esta parada Víctor perdió de vista a la hija de Márquez, si te preocupa tu caso —señaló el irlandés y, tras hojear sus notas, escribió un número cinco junto a esa zona del mapa.

A continuación, torcieron a la derecha en uno de esos giros inverosímiles que solo los conductores de autobús saben hacer y entraron en el barrio de Guanarteme, escurriéndose entre los lúgubres callejones donde se contratan los servicios de señoritas de género más que dudoso. Recogieron apenas a dos personas en sus tres paradas, pero Matt tuvo que anotar en total ocho pérdidas atendiendo a su informe. Mientras subían hacia el hospital se preguntaba cuántos más, cuántos *perdidos* más de los que no se había dado parte deberían figurar en esa lista.

—Hay muchísimos... —dijo Carla sin dar crédito, revisando los apuntes del policía.

—Y, como ves, casi todos vinculados al recorrido de esta línea.

La inspectora asintió, siguiendo con el dedo la sucesión de puntos rojos que parecían dibujar en el mapa el itinerario de la cero-cero.

—¿Me entiendes ahora? —preguntó Matt. Ella suspiró con los ojos muy abiertos.

—Te entiendo.

Bordearon la rotonda del hospital y Matt anotó los últimos números en el plano. Con el ceño fruncido, cerró el bolígrafo y se puso de pie.

—¡Oye, Pedro! —gritó.

Apenas había con ellos dos pasajeros más que se giraron a ver quién estaba chillando al conductor. Este no se dio la vuelta, pero lo miró a través de su espejo.

—¿Qué le pica?

—¿Es normal tan poca gente?

El chófer se encogió de hombros y forzó una mueca.

—¿Y qué espera? —protestó—. Y muchos son para estas horas.

Matt volvió a sentarse y se enfrascó otra vez en su mapa, punteándolo.

—¿Qué sucede? —le interrogó Carla—. ¿Por qué le has preguntado eso? El irlandés la miró extrañado.

—¿No te has dado cuenta?

Ella meneó la cabeza, irritada. No le gustaba nada no tener el control, no saber lo que estaba pasando.

—¿De qué?

Matt resopló como si hablara con una niña pequeña.

—Mira tu mapa —espetó, repasando otra vez con el dedo el trazado de la línea cero-cero—. Por aquí hemos venido. Fíjate en los puntos.

La inspectora, molesta, asintió.

—Acabamos de rodear el hospital —dijo sin disimular su impaciencia.

El pelirrojo le hizo un gesto con las manos.

—¿Y no lo ves?

Carla se fijó un poco mejor. ¿A qué coño se refería Matt? Sabía que había algo, pero... Entonces, de pronto, se dio cuenta.

—¡Se acaban los puntos! —exclamó—. ¡Eso es!

Había más puntos pasada la zona del hospital, pero eran tan pocos y dispersos que en comparación no podía considerarse que estuvieran relacionados con los demás, con los que durante el resto del recorrido aparecían agrupados como celdas de una colmena. Analizándolo así, quedaba claro que el grueso de las desapariciones se producía antes del barrio de viviendas nuevas. Aunque había *perdidos* que vivían más arriba, los indicios siempre apuntaban a que los habían visto por última vez mucho antes, y siempre cerca de alguna parada de autobús, siempre cerca de la cero-cero.

—Entonces tienes razón —murmuró Carla recuperando la compostura.

Matt se recostó en su asiento, aliviado: por fin había alguien que le escuchaba.

—La guagua los recoge —añadió. Había cerrado los ojos y hablaba en voz baja—, se los lleva y, en algún lugar después del hospital, desaparecen.

Los dos policías dirigieron sus miradas más allá del cristal de la ventana. La vieja carretera, oscura y solitaria, les ocultaba algo. Tras la curva surgió de la nada una señal azul y amarilla oxidada: una parada de autobús. Matt la miró, señalándola con un gesto.

—Cerca de aquí encontramos el coche de Isaac Jiménez.

—Debemos detener a Damián cuanto antes —decidió Carla pellizcándose el labio en un tic que repetía cada vez que estaba nerviosa—. Utilizaremos lo de su hija para retenerlo y le sonsacaremos dónde guarda a los desaparecidos.

Parecía una idea genial, pero Matt negó vehementemente con la cabeza.

—Si lo encierras, nunca nos dirá dónde los tiene. La pelirroja lo miró contrariada.

—No, Rojo; no sé lo que estás pensando, pero no podemos arriesgarnos a que haga daño a Ruth o a alguien más.

—Eso si es que de verdad los tiene —contestó el irlandés, y se ganó con ello una gélida mirada—. Vamos, no lo sabemos seguro. Solo es una teoría. Y, además, es mía, así que...

Carla fue a replicar, pero en lugar de eso apretó los labios. Por más que le reventara, tenía que admitir que Matt tenía razón.

—¿Qué propones? —musitó.

El policía se revolvió en el asiento y resopló muy serio. Acababan de dejar atrás el barrio de Siete Palmas y enfilaban la bajada hasta La Paterna y el barrio de Miller. Pronto estarían de vuelta en la estación.

—Déjame tiempo hasta que Damián vuelva al trabajo. Lo seguiré y encontraré su punto débil.

—¿Esperarlo? —exclamó la mujer olvidando la presencia del chófer—. ¿Y si le hace algo a Ruth? No, no podemos esperar, Matt.

—No tenemos otra manera de localizarlo, Carla —concluyó él mirándola a los ojos—. Y presionarlo no nos llevará a nada.

Ya veían a lo lejos las luces de la estación de San Telmo cuando la inspectora decidió que Matt tenía razón. Por descabellado que sonase, su única opción era arriesgar la vida de Ruth y los otros —si es que seguían vivos— para evitar más desapariciones.

—Tenemos que trazar un plan —dijo solemne una vez se bajaron de la guagua.

—De acuerdo —contestó él—. Vayamos a tomar algo. Ella negó con un gesto.

—No —dijo—. Es tarde y tengo frío. Tomaremos algo, pero en tu casa.

Matt abrió mucho los ojos mientras se preguntaba si la inspectora Carla Torres se estaba volviendo loca. Sin embargo, antes de continuar la conversación, tenía que hablar con otra persona.

—Espera un momento.

—¿Adónde vas? —le preguntó ella.

Matt la dejó sola al pie de la escalera y regresó sobre sus pasos cruzando los andenes hacia donde acababan de bajarse de la cero-cero. Pedro estaba terminando de recoger sus cosas. Cerró la puerta del autobús con llave y ya se dirigía a los vestuarios cuando fue abordado por el

policía.

—Hola, amigo.

Pedro contestó con un gruñido.

—¿Qué se le ha perdido? —dijo—. Venga mañana, hay una ventanilla para eso. Matt fingió una sonrisa; qué tipo más estúpido.

—No se me ha perdido nada —respondió—. Necesito que haga una cosa por mí. El tipo se quedó mirándolo desconfiado.

—¿Por usted?, ¿por un madero? —resopló—. ¿Y por qué tendría que hacerlo?

El irlandés se obligó a forzar otra mueca amable, aunque si por él fuera ya le habría saltado todos los dientes.

—La verdad es que tengo otras maneras de conseguirlo —dijo—, pero pensé que pidiéndoselo por favor no podría resistirse.

Pedro se echó a reír y continuó caminando hacia los vestuarios. No terminaba de caerle mal aquel hijoputa por más que fuera guiri y policía.

—A ver, dígame.

—Gracias, no creo que le resulte difícil. Ustedes deben tener un horario o algo así, ¿verdad? De alguna manera les comunican sus turnos...

—Nos dan un calendario mensual, si se refiere a eso.

—Perfecto. —Matt asintió y dio una palmada complacido—. ¿Conserva usted los suyos? El conductor pensó la respuesta durante unos segundos.

—Alguno tendré.

—¿Y podría prestarme uno o dos? Pedro emitió un gruñido de fastidio.

—¿De cuándo? —preguntó.

—Bueno, en realidad, ¡todos los que tenga! —exclamó el policía. A continuación le estrechó la mano y regresó junto a Carla. Antes de llegar se dio la vuelta y guiñó un ojo al conductor—. ¡Lo veré mañana!

—Ya —le oyó mascullar.

Al llegar junto a la pelirroja, el irlandés le pasó un brazo por encima de los hombros.

—Qué contento vienes.

—Ah, mi buen amigo Pedro...

Carla no entendía una palabra, pero como vio que Matt tampoco parecía tener intención de explicárselo, prefirió dejar el tema. Subieron juntos las escaleras hacia el parque de San Telmo. Una vez arriba, ella se zafó de su abrazo con una sonrisa y se puso la chaqueta. De camino al aparcamiento subterráneo, el irlandés le contó lo que había pedido al chófer. Después añadió con rotundidad:

—Necesitamos vincular a Damián con las desapariciones.

—No me parece descabellado —comentó Carla.

—¿Ves? Aún tengo buenas ideas.

Matt le plantó entonces un beso en los labios, arrancándole aquella mirada furiosa que hacía tan atractivos sus enormes ojos verdes.

Al llegar a la planta del *parking* donde tenían sus coches, Carla se separó de Matt de un empujón y se subió al suyo. Mientras se abrochaba el cinturón, el irlandés la observaba con una sonrisa burlona. Ella arrancó enseguida.

—Te veo en casa —gritó él.

El coche de Carla desapareció por la rampa hacia el primer piso.

—Tenía muchas ganas de volver a decirte eso... —añadió Matt cuando ella ya no podía oírlo.

Capítulo 40

Había empezado a llover. Las gotas golpeaban débilmente los cristales y arrancaban una triste melodía de las hojas de las palmeras.

Matt y Carla estaban dentro de casa, arropados cada uno con una manta en la confortable calma del salón. Por suerte el enfado había remitido. Aun así, se sentaban en sillones separados. La segunda botella de cabernet estaba ya por la mitad y todavía no habían decidido nada acerca de la investigación, y es que probablemente ninguno de los dos habría acudido a esa cita de haber imaginado que su reunión informal para hablar de trabajo iba a empezar por una sucesión de recuerdos al calor del vino y de la música. Y ahora los dos se preguntaban lo mismo: ¿cuándo hemos aprendido a recordar lo bueno y a ignorar lo malo?

«Por qué no lo hicimos antes», pensaba Matt.

—Excelentes raviolis —comentó Carla con una sonrisa.

Estaba recostada de medio lado en el sillón, descalza y con el pelo recogido en un improvisado moño detrás de la cabeza. Hacía tiempo que Matt no la veía tan cómoda a su lado.

—El sobre precocinado es de una buena marca, como el microondas. Los dos rieron.

Años atrás, los reproches crecían como hongos en un plato de sopa rancia. Cualquier matiz, cualquier mal gesto podía ser el causante del apocalipsis por muy bien que estuviera marchando el día. Se habían convertido en maestros en detonar la bomba de hidrógeno.

Tal vez no habían sido lo suficientemente maduros, quizá venían demasiado dolidos de sus respectivos divorcios como para hacer más concesiones al otro. Pero las habían tenido, y bien gordas, en ese mismo salón en el que ahora charlaban como si todo aquello hubiera ocurrido en otra vida o, al menos, en una muy lejana.

—¿Qué nos pasó, Rojo? —preguntó ella. Llevaba demasiados años ignorando deliberadamente el tema.

Pero Matt no estaba tan seguro de querer pisar ese fangal. «Cómo saberlo...», pensó él.

—Un mal momento... —contestó meneando la cabeza.

No era tan difícil reconocer por qué. Dos caracteres completamente opuestos que no habían aprendido a hacerse complementarios. El exceso de celo en el trabajo y la arrogante proyección de la carrera de una contra la ebria dejadez y la falta de compromiso del otro. A partir de ahí, gritos e insultos unidos en una batalla que solo encontraba tregua entre las sábanas. Y cuando estas empezaron a mancharse también contribuyeron a avivar el incendio en todas las plantas. El castillo de naipes se vino abajo.

Carla se sirvió otra copa y regresó al sillón. Sus ojos claros parecían tristes.

—¿Crees que en otras condiciones habría funcionado? El irlandés no supo qué responder.

—Soy un tipo complicado...

Aquello sonaba a disculpa y a la pelirroja se le atragantó el vino. Antes de que Matt pudiera continuar, el tintineo de la puerta acudió para rescatarlo. Susie entró en el salón, incapaz de dar crédito a lo que veía.

—¡Carla! —exclamó.

—¡Mi niña!

Las dos se abrazaron en el recibidor ante la sonrisa estúpida del policía. Aunque le duró poco.

—Estás preciosa —le dijo Carla haciéndola girar para verla mejor.

—Lo que está es castigada —sentenció Matt.

Susie atravesó la habitación y dejó las llaves y su bolso encima de la mesita, se quitó la chaqueta empapada por la lluvia y la colgó en el perchero. Al hacerlo, dejó ver que no llevaba debajo más que una escueta camiseta, además de un tatuaje recién estrenado, a la derecha del ombligo. Era una media luna diminuta, pero sabía que a los ojos de su padre sería como si se

hubiera dibujado el Taj Mahal.

—¿Castigada por qué? —chilló dándose la vuelta. Justo en ese momento recordó el tatuaje y trató de taparlo torpemente tirando de la camiseta hacia abajo. Cuando vio que la mirada de su padre se había clavado en él, su piel morena se quedó pálida como la cera.

—Entre otras cosas, por eso —contestó Matt—. Se acabó salir hasta tan tarde.

Carla vio venir la tormenta, mucho peor que la que tenía lugar afuera. Por muy bien que lo hubiera pasado con Matt, en ese instante habría preferido estar en cualquier otro lugar. Sabía perfectamente y por propia experiencia lo que venía ahora.

—No puedes prohibirme salir —gruñó Susie con tanto odio en su voz que daba miedo.

—¿Cómo que no? —contestó Matt con una tranquilidad pasmosa—. Dime, ¿adónde has ido así?

Carla se había fijado en la ropa de Susie en cuanto la vio entrar. Llevaba una falda muy corta y una camiseta con escote, pero no las encontró excesivas. La chica tenía una piel preciosa, aunque Carla estaba segura de que su padre prefería que no la enseñara.

—No voy mal, papá —repuso ella—. Y para que lo sepas, he ido al cine.

—Vas tú mucho al cine últimamente —contestó Matt girándose hacia el televisor. Con el mando a distancia apagó la música y se puso a hacer *zapping* de un canal a otro—. Anda, vete a tu cuarto. Ya hablaremos.

Susie estaba furiosa. Carla podía ver cómo temblaban las aletas de su nariz; no era difícil adivinar lo que le estaba pasando por la cabeza.

—Claro que me voy —dijo—, ¡pero de casa! No quiero volver a verte.

Antes de terminar la frase, ya estaba subiendo a toda prisa las escaleras. Matt se levantó y la llamó desde abajo, pero el portazo apagó su voz.

—Discúlpanos... —murmuró.

La inspectora sonrió, aunque en el fondo estaba aturdida. Aturdida por lo que acababa de presenciar, y más aún por la imagen del hombre que tenía ante sí, un tipo abatido y desorientado. Aquel no era el irlandés bruto que conocía, era otro, era el hombre real. Por primera vez creyó entender el volcán que ardía en el fondo de Matt, *el Rojo*; sin embargo, era un volcán que ella tampoco sabía contener.

—Será mejor que me vaya —dijo recuperando sus zapatos y buscando su cazadora. Matt la detuvo.

—No —le susurró al oído. Después de mil años su mano rozaba la cintura de la pelirroja, que no pudo evitar un estremecimiento. Cuando se dio la vuelta encontró por primera vez una lágrima en el borde más externo y también más rebelde del ojo del policía—. Quédate.

Por la mañana Susie bajó a prepararse el desayuno y, para su sorpresa, encontró a Carla sentada en la cocina, leyendo una de sus revistas de moda y vestida solo con una de las camisas de Matt. Al verla, no pudo evitar sentirse muy feliz.

—Vaya —dijo con una amplia y sincera sonrisa en los labios. La inspectora sintió el rubor asaltar sus mejillas.

—Vaya...

Las dos se fundieron en un abrazo mientras desde arriba empezaban a escuchar los gruñidos del ogro irlandés.

—Te echa de menos —dijo Susie bajando la voz. Carla soltó una carcajada.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te ha dicho algo?

Susie torció el gesto.

—¿Él? —suspiró—. Qué va, es más soso que el pan sin queso.

Se acercó un poco más a ella, mirando de refilón la escalera por si bajaba su padre.

—Lo he visto en sus ojos —dijo—. Muchas veces.

Susie apuró su zumo de naranja y metió un par de piezas de fruta en la mochila.

—¿Te vas? —preguntó Carla.

—No va a ningún sitio —gruñó Matt desde la escalera. Bajaba todavía somnoliento, con medio cuerpo cubierto con una toalla y secándose la cabeza con otra. Las cicatrices oscurecían su torso tan claro.

—Claro que sí.

Los dos toques de claxon de rigor acababan de sonar afuera.

Susie se despidió de Carla con un beso en la mejilla y abandonó la casa sin dedicar siquiera una mirada a su padre. La puerta se cerró tras ella y segundos después desapareció en el coche afónico del tal Bernardo.

—Mierda —masculló Matt—. Seguro que a misa no va.

Carla terminaba su café y empezó a lavar la taza en el fregadero. Sonreía.

—Déjala —dijo—. Es domingo y es el primer día que hace sol en toda la semana.

—Sí, ya —gruñó él—. Gracias, pero no necesito que me digas cómo educar a mi hija. Ella lo miró de soslayo, no quería creer lo que acababa de oír.

—Oye, Rojo, solo pretendía...

—Vale —exclamó él—, ya sé lo que querías decir. Pero te digo que no hace falta. La inspectora se esforzó en morderse la lengua.

—Matt, escucha, no creo que...

—Deja el puto tema en paz, ¿de acuerdo? —replicó el policía, cansado y ojeroso como si sufriera otra terrible resaca.

Carla soltó la taza a medio fregar en la pila y se secó las manos con un trapo amarillo. Ya había pasado por ahí. Lo conocía. Lo conocía tan bien que sabía que no quería volver a recorrer el mismo camino. Arrojó el paño sobre la mesa y se dirigió al salón a por su ropa.

—Mira, Matt, me voy —le dijo—. No pienso aguantarte. Tienes de plazo para encontrar a Damián hasta que reciba la orden de detención por esconder el cadáver de su hija.

—No entiendo nada —se quejó el policía—. ¿No habíamos quedado en...?

—Ya no —replicó ella vistiéndose—. He decidido jugar mis cartas a mi manera y no arriesgarme. Mañana entregaré mi informe a Almeida y pediremos la orden de busca y captura. Si quieres, te permitiré asistir al interrogatorio.

Matt se giró hacia ella, pero no se levantó.

—¿De qué va esto? —chilló mientras la contemplaba terminar de calzarse, coger su bolso y abrir la puerta—. ¿Quién te has creído que eres para hablarme de ese modo?

—Soy tu superior, Matt —contestó ella tranquilamente—. Hasta mañana. Nos vemos en la comisaría.

La inspectora Carla Torres abandonó en el apartamento uno de sus terrores más personales. Uno que acababa de superar.

Capítulo 41

El capullo de Matt, *el Rojo* pasó gran parte de la tarde del domingo sentado frente a la tele volviendo a ver viejos partidos de la NBA y con un terrible sentimiento de culpa. Podía poner un partido tras otro, beber un sinfín de cervezas, pero seguía sintiendo que estaba echando de su vida a las dos únicas personas que quería.

Había dejado el teléfono descolgado para que nadie lo molestara, así que cuando Susie llegó por la noche al terminar el asadero en la cumbre, encontró al policía dormido en el sofá con el mando a distancia en la mano. Suspiró y, tras dejar su mochila y su abrigo sobre el otro sillón, ayudó al borracho de su padre a subir las escaleras y a meterse en la cama.

—Ya está —le dijo mientras lo arrojaba.

«¿Quién coño ha vuelto a colgar el teléfono?», pensó Matt al despertar sobresaltado por el timbrado. Aunque más se extrañó al encontrarse desnudo en su cama y ver que volvían a ser las cinco de la tarde. Susie debió haberlo acostado, y seguramente ella misma había vuelto a conectar el teléfono. Se pasaba el día pegada al auricular cuando estaba en casa.

Matt intentó incorporarse y contestar, pero le fue imposible levantar la cabeza. La habitación entera le daba vueltas. Así que decidió dejar que el contestador recogiera el recado. De todos modos la llamada se cortó antes de que el aparato se activara. Se tomó dos pastillas de las que guardaba en el cajón de la mesita de noche y se estiró debajo de su cama para desconectar el cable de la roseta. Si sonaba de nuevo, lo haría solo en la planta baja; que lo cogiera Susie, si tanto le interesaba.

Antes de terminar de recordar lo que tenía que hacer en las próximas horas, volvió a quedarse dormido.

El recuerdo del conductor del autobús lo despertó de repente. Matt se levantó a toda prisa, y estuvo a punto de caerse cuando las paredes y el techo se le echaron encima. Aguantó como buen irlandés el arreo de la resaca para llegar hasta el otro extremo de la habitación y abrir la ventana. Ya era de noche y el aire estaba frío. Recibió la brisa en la cara como un bálsamo rejuvenecedor y acto seguido se metió en la ducha. Después buscó una camiseta que no oliera a cerveza y bajó a la cocina tropezando en tres de los nueve peldaños de la escalera. Buen porcentaje para el ciego que llevaba encima. Susie ya no estaba, habría ido a clases particulares. Se preparó un bocadillo y lo devoró mientras pensaba cómo le iba a explicar a Pedro por qué no había ido a verlo la noche anterior.

Una borrachera de concurso no parecía ser una buena excusa. Tenía que llegar a la estación antes de que saliera la cero-cero. Cinco minutos y tres cuartos de hora después de que el fantasma del conductor lo despertara, Matt, *el Rojo* salió de su casa hacia San Telmo. Si hubiera tardado otros cuatro minutos más, habría podido escuchar el mensaje que esta vez Carla sí le dejó en el contestador:

Coño, Rojo, dónde te has metido. Llevo todo el día llamándote. Ten cuidado. Me he enterado de que Damián ha vuelto hoy al trabajo. Estoy esperando la orden para ir a por él. Si lo encuentras, no lo pierdas de vista. Llámame en cuanto puedas.

Esa noche no pensaba subir al autobús, solo recogería los documentos de Pedro, se disculparía con él y regresaría a casa para seguir durmiendo. Sin embargo, cuando llegó la cero-cero, lo que vio trastocó todos sus planes. El tipo que abrió la puerta del autobús y lo saludó con una mueca agria no era Pedro, sino un anciano hosco de mirada distante. Un tipo extraño que además resultaba ser el de la segunda fotografía del informe de Cabrero.

Matt subió a la guagua y se sentó en una de las filas intermedias, no demasiado cerca de Damián, pero sí lo suficiente para poder estudiarlo con disimulo. Avisar a Carla o a Almeida habría supuesto llenar la estación de policías armados y perder la posibilidad de pillar a aquel cabrón con las manos en la masa. Así que no lo hizo y se sentó a esperar.

Lo primero que llamó su atención fue la tranquilidad con la que Damián manejaba su vehículo. Su pasividad no parecía propia de un tipo capaz de dormir cada noche con el cadáver de su hija. Conducía con ambas manos, sin apoyar el codo ni descansar los brazos; miraba constantemente hacia delante, casi sin pestañear, y aunque no parecía hacerle caso, llevaba encendida la radio con una emisora deportiva. Era una estatua de hielo, el muy cabrón, frío y calculador como un sicario.

Matt se dedicó a analizar sus movimientos. Le habría gustado tener su cuaderno de notas consigo. El conductor era un tipo de extraños tics. Gesticulaba, hacía ruidos con la boca y a menudo fruncía los labios. Aunque observaba con detenimiento a los pasajeros que subían al autobús, no les demostraba ninguna simpatía ni entablaba relación alguna con ellos. Dos chavales se sentaron delante de Matt y rieron en voz baja mientras imitaban con sorna el sonido que el conductor había hecho con la lengua tras cobrarles los billetes: *Yetch!* El irlandés pudo ver la mirada del chófer taladrando a los críos a través del retrovisor.

La cero-cero estaba llegando a la mitad de su recorrido y aquel hijo de puta no había ofrecido a Matt ni una sola pista de un comportamiento más extraño que ese. Ningún gesto, ninguna mirada, nada de nerviosismo al pasar por determinados lugares. No había mostrado ninguna emoción que sirviera para delatar dónde tenía su escondite. El tipo era tan exasperantemente anodino que el policía empezó a dudar de que tuviera algo que ver con las desapariciones. Arrestarlo por no enterrar a su hija le parecía estúpido si cabía la posibilidad de que los llevara hasta los *perdidos*. Cumpliría una pena ridícula y volvería a casa para seguir con lo suyo.

No, aquel era un hijo de puta demasiado listo.

Mientras el policía intentaba encontrarle algún punto débil, la cero-cero estaba rodeando el hospital y enseguida empezaría a subir hacia Las Torres. Al igual que el día anterior y que los precedentes, a esas alturas llevaba tan pocos pasajeros que casi se podía decir que esa parte del itinerario sobraba. Solo viajaban con Matt dos personas que había recogido en la zona del cine y otro más que acababa de subirse. El policía tuvo que admitir que se había equivocado con el tal Damián. Recorrió la vieja carretera de Chile sin dedicar ni un furtivo vistazo al exterior de las ventanas, ni siquiera al pasar junto a la cuneta en la que había aparecido el coche de Isaac. Recogió un par de pasajeros más que se fueron apeando por el camino y regresó a la estación. Antes de parar el motor, el conductor examinó por el espejo la figura anaranjada que le observaba desde el centro de la guagua.

—¿Está bien, caballero? —preguntó a Matt con un marcado ceceo.

El policía sonrió y se incorporó para bajar del autobús. Mientras lo hacía, podía sentir la mirada fija del conductor. Era como un bisturí muy afilado que le arañara la carne.

—Usted ha subido en esta misma parada —continuaba aquel sin despegarse del volante. Matt no contestó, pero antes de bajar el último peldaño se dio la vuelta.

—No ha apagado el motor —murmuró desconcertado—. ¿Le queda algún otro turno?

El otro se revolvió un poco en su asiento y amenazó con pulsar el botón para cerrar la puerta.

—Sí, uno —respondió.

El irlandés frunció el ceño y se frotó el pelo cortado a cepillo mientras bajaba de espaldas los escalones.

—Pensé que este era el último.

—Se equivocó —cortó Damián cerrando la puerta delantera y metiendo la primera marcha—. Me queda uno. ¡Adiós!

Matt empezaba a verlo todo claro. Desde el andén su mirada se cruzó a través del cristal con la

de aquel hombre. Este no dejaba de observarlo mientras daba marcha atrás para sacar una vez más su vehículo a la carretera, y Matt estaba absorto contemplando aquellos ojos, aquellas manos diminutas y la siniestra muñeca de porcelana que se meneaba colgando del espejo retrovisor.

Capítulo 42

Nada más entrar en casa, Matt escuchó los mensajes de Carla. Había dos, y en el segundo confirmaba que la orden judicial llegaría por la mañana.

Hacía años que no le temblaban las piernas; no obstante, al conocer a ese monstruo, al entrar en contacto con su frialdad y sabiendo su secreto, había comprendido también que su demencia, su inquebrantable voluntad, no tendrían límites.

—Nunca lo detendremos —murmuró sirviéndose un vaso de whisky—. No nos dirá dónde los tiene.

Mientras devolvía la botella a su lugar, escuchó desde la calle el molesto chirrido del claxon del Ford Mierdate Bernardo. Un segundo después, Susie bajaba las escaleras como si lo hubiera estado esperando. Llevaba un exiguo vestido blanco y un bonito recogido que realzaba sus ojos grises. Su sonrisa desapareció al cruzarse con su padre junto a la puerta. De repente, lo encontró viejo y cansado.

—Como me digas que vas así vestida al cine te arranco la cabeza a ti y le parto el alma al tal Bernardo —dijo con la voz apagada.

Susie no pudo evitar sonreír, quería mucho al capullo de su padre.

—Pues sí, voy al cine —contestó. Estaba radiante—. A la sesión golfa. Después iremos a dar una vuelta. Hay una fiesta...

—Vale, vale —respondió Matt agitando la mano en el aire—. Estoy harto de discutir contigo.

Susie besó a su padre en la mejilla y agarró el pomo de la puerta. Se detuvo bajo el dintel mordisqueándose el labio y mirándolo extrañada.

—No hagas eso —la reprendió Matt y le dio un palmetazo en la mano—, te destrozas la boca.

—Oye, papá —dijo ella—, ¿por qué hoy no...?

—¿No me enfado? Ella asintió.

—Porque tiene coche.

Susie frunció el ceño y salió del apartamento intentando adivinar por qué ver a su padre tan preocupado le rompía el corazón. Antes de cerrar la puerta se quedó observándolo durante unos segundos.

—Volveré pronto, te lo prometo —le dijo.

—No puedes volver pronto porque ya es tarde —dijo desde la cocina mientras abría una lata de judías precocinadas.

El claxon volvió a sonar. El irlandés se acercó a su hija y, estrechándola contra su pecho, la besó en la frente como no hacía desde que era niña.

—Anda, vete —susurró—. Pásalo bien.

Susie se marchó triste por primera vez en muchos meses. Aunque le pareciera extraño, lo que de verdad le apetecía era quedarse en casa abrazada a su padre, cenar aquellas asquerosas legumbres de bote y que papá le contara viejas leyendas irlandesas.

Debía estar volviéndose loca.

En cuanto Susie se fue, el policía marcó en el teléfono el número de Carla. La inspectora tardó en contestar.

—¿Carla? —preguntó Matt al auricular.

—Dime, Rojo. Estaba intentando dormir, pero no puedo. —Parecía furiosa, aunque no con él—. Me revienta no tener la orden judicial todavía. Quería trincar a ese tipo ya.

El silencio prolongado de Matt puso en guardia a la pelirroja, que ya imaginaba que algo no iba bien.

—He estado con él.

Carla se sobresaltó y se incorporó en la cama. Matt pudo escuchar el sonido de las sábanas al

arrugarse.

—¿Qué? —exclamó—. ¿Por qué no me has llamado? El irlandés hablaba despacio y en voz baja.

—Es que no quería llamarte.

—¿Cómo que no? ¿Por qué?

Matt guardó silencio, estaba confuso y no sabía si había sido una buena decisión llamarla. No quería confesar que, a pesar de sus años de experiencia, aquel personaje lo había aterrorizado.

—Quería seguirlo —murmuró—, estudiarlo. Carla parecía fuera de sí al otro lado de la línea.

—¿Y qué has hecho? ¿Dónde está?

—No lo sé.

—¡No lo sabes!

A través del auricular, el policía pudo escuchar el sonido de los pasos furiosos de su ex, debía de estar dando vueltas por la habitación con el pelo rojo revuelto y una intensa mirada de odio en sus ojos.

—Lo dejé marchar.

Carla agarró el auricular con fuerza.

—Mira, Rojo, no tengo ni idea de lo que pudiste haber visto en ese tío —gruñó fuera de sí—, pero lo que sí sé es que por tu culpa puede estar haciendo daño a cualquiera ahora mismo. ¡Te llamé para que lo siguieras y no te separaras de él!

Una vez más se levantó un muro de silencio entre los dos. Matt estaba asomado a la ventana del salón contemplando cómo el porche empezaba a llenarse de charcos mientras los hilos de agua crecían al caer desde los fillos de las hojas de las palmeras. No pudo evitar pensar en Susie y la imaginó en la seguridad del cine. «Cuídala, hijo de puta —pensó—. Cuídala.»

—¿Qué demonios piensas hacer, Matt? —le preguntó de pronto Carla—. ¿Seguirlo durante todo el día hasta que decida llevarte a su escondite? ¿Y si no lo hace?

El policía permanecía de pie, mordiéndose el labio y meneando la cabeza. Tomó aire y habló.

—No es un tipo normal. Nunca me he enfrentado a alguien así.

Carla había abierto la nevera para coger una botella de agua fría. El insomnio y la conversación le habían producido un terrible dolor de cabeza y necesitaba urgentemente una aspirina. Mientras bebía no pudo evitar preguntarse qué habría visto Matt en el conductor de la guagua que le había dejado tan tocado.

—¿Entonces? —preguntó.

La respuesta de Matt le sorprendió. Colgó el auricular nada más terminar de oírla.

—Deberíamos detenerlo cuanto antes.

El teléfono rebotó sobre dos de los cojines y encima de la mesa antes de caer al suelo. Matt se dirigió a la cocina y dejó correr el agua del grifo antes de derramar con parsimonia el vaso de *whisky* por el sumidero y contemplar cómo el remolino transparente se teñía de dorado.

Una vez en la cama, las sombras de su pasado y de su presente se alborotaron en la pared de su habitación para mantenerlo despierto.

Capítulo 43

Susie no terminaba de acostumbrarse a la sesión de madrugada y, aunque con Bernardo había ido ya algunas veces para matar el rato hasta que las zonas de marcha empezaran a ambientarse, siempre llegaba un momento entre el principio y el desenlace en que le costaba no quedarse dormida.

Le aterraban los pasillos vacíos del centro comercial. Los locales cerrados con sus verjas metálicas cimbreadas por corrientes invisibles, el eco de sus zapatos resonando en las paredes, los recodos oscuros en los que no debería quedar nadie. Siempre que salía del cine a esa hora, su instinto la obligaba a apretar el paso. Así que terminaron de cruzar el aparcamiento y rápidamente se metieron en el coche.

El chico arrancó su Ford y lo sacó del aparcamiento. El cielo estaba cubierto de nubes y caía una fina pero persistente llovizna. Bernardo miró su reloj varias veces y pareció dudar antes de enfilarse una de las salidas de la rotonda.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó. Él se limitó a sonreír, nervioso, con una expresión que ella no supo interpretar—. ¿Te encuentras mal? Te veo raro.

El joven soltó una carcajada nerviosa.

—No, no, qué va —le dijo, y acto seguido tomó el desvío que conectaba con la amplia avenida Marítima. Las luces de colores se sucedían entre palmeras y mástiles blancos—. Me gustaría llevarte a un lugar especial.

Susie inclinó la cabeza y lo miró con desconfianza, sus ojos grises brillaban sobre su piel oscura y hacían su sonrisa aún más atractiva. Quería a Berni, pero esa forma de actuar la desconcertaba.

—Creí que íbamos a la discoteca.

—Siempre vamos a la discoteca —replicó él apretando un botón de la radio para cambiar de cadena—. Esta noche quiero que sea diferente.

Ella forzó una sonrisa. No le gustaban las sorpresas, al menos no las de esa clase.

—Está bien... —le temblaba la voz y se sentía estúpida por ello—, ¿conoces otro sitio? Bernardo soltó una mano del volante y la besó. «No tengas miedo», le dijo, pero su mirada estuvo lejos de tranquilizarla. En ese momento el Ford abandonó la circunvalación para internarse en una carretera mal iluminada.

—Me gustaría ir contigo a un lugar diferente —le explicó él, ignorando la preocupación de Susie y que sus dedos empezaban a apretar con fuerza el asiento—. Un sitio tranquilo donde podamos estar solos y hablar un rato.

La chica se estremeció. Entendió a qué se refería y lo miró alarmada. No estaba preparada, no quería hacerlo, aunque tampoco sabía cómo negarse. Llevaban casi un año saliendo y nunca habían llegado a cruzar ciertos límites. No por miedo, sino porque los dos habían decidido tomarse las cosas con calma.

—Un lugar bonito... —musitó.

La carretera zigzagueó en un ascenso muy pronunciado que culminaba en la zona alta de la ciudad. Desde cada recodo se vislumbraba una panorámica fascinante de la costa y el muelle, con el océano embravecido, azotado por la tormenta que estaba a punto de estallar. Bernardo metió el coche por las callejas de un barrio no demasiado recomendable y se internó en el área comercial de Siete Palmas.

—No..., no voy a hacerlo... —dijo en un murmullo buscando los ojos de su novio—. No creo que esté preparada.

Él posó su mano sobre la de ella.

—Tranquila. Haremos solo lo que tú quieras. Susie asintió y devolvió la mirada a la carretera.

Dejando atrás el cementerio, los grandes edificios dieron paso a construcciones más modestas, las del viejo barrio de Las Torres. Bernardo condujo entre las casas bajas y de llamativos colores bordeando el polideportivo y el nuevo tanatorio de San Miguel. Giró en una enorme rotonda a medio terminar y, descendiendo por la defenestrada carretera de Chile, se coló en un polígono industrial todavía en construcción.

—¿Dónde estamos? —preguntó Susie.

Bernardo disminuyó la velocidad y cambió las luces de cruce por las de posición. No quería que los vigilantes los descubrieran y estropearan sus planes. Callejearon por montículos de escombros y entre los esqueletos metálicos de algunos edificios que apenas empezaban a dibujarse sobre sus plantas vacías, y continuaron hasta bordear un mirador que se extendía a lo largo de la loma y que gobernaba desde lo alto todo el barranco de Guanarteme con el imponente auditorio y la playa a sus pies. No estaban solos allí. La gran cantidad de vehículos estacionados entre las

excavadoras y hormigoneras, con los cristales de las ventanas cubiertos con chaquetas o empañados de vaho, dejaba claro que a otras muchas parejas también les habían asaltado las ganas de contemplar la ciudad desde lo alto.

Cuando Bernardo encontró un lugar discreto donde detener el coche, aparcó de cara al precipicio.

—Este es el mirador de Bellavista —dijo señalando hacia abajo. Las luces anaranjadas del paseo de Las Canteras se retorcían como una serpiente interminable.

—Es increíble —comentó Susie.

Su novio olvidó las vistas y se giró hacia ella, se inclinó sobre su asiento y la rodeó con un brazo. Empezó a besarla por el hombro y el cuello hasta llegar al lóbulo de la oreja. Susie se estremeció y trató de apartarse.

—Oye, dijiste que te lo tomarías con calma —protestó. Berni se apartó y regresó a su asiento.

—Como quieras —dijo él. Y se puso a trastear con la radio.

La situación era incómoda y no tenía visos de mejorar. Susie lo sabía, por eso decidió cambiar de tema. Alzando la cabeza señaló a la profundidad del barranco.

—¿Hay algo abajo? —preguntó. Él también se asomó.

—Casi nadie usa esa carretera —dijo—. Hay un desguace, ya sabes, un cementerio de coches viejos, y al fondo del valle, una base militar abandonada.

Susie abrió mucho los ojos y estiró el cuello intentando ver más. Hubiera salido a mirar de no ser por la llovizna.

—¿En serio? —exclamó—. ¿Aquí hay una base abandonada? Bernardo asintió.

—Justo aquí debajo. Está cerrada, pero puedes colarte. Igual te gustaría ir un día.

—No sé si me atrevería —soltó una risilla. Él dejó escapar un resoplido.

—Pues yo he bajado muchas veces. Hay unas cabañas, unos túneles...

—¿Túneles?

El chico la miró y encogió los hombros.

—Sí. La base solía ser utilizada como almacén de munición, según tengo entendido. La verdad es que casi nadie sabe que existe.

Las gotas que caían sobre el parabrisas tomaron fuerza deformando la imagen de la ciudad como en un lienzo. Bernardo subió el volumen de la radio para combatir el ruido de la lluvia cayendo contra el capó, y su novia, más tranquila, se apoyó en su hombro con una sonrisa. Él se quitó la chaqueta y se la puso por encima para que no se enfriara, ella se lo agradeció, cerró los ojos y se dejó llevar por la música.

No pudo contener un escalofrío cuando sintió una mano rozando su cadera, demasiado decidida para detenerse sin que ella interviniera. Buscaba, recorría lugares que no debía. Ella la sujetó con la suya y trató de mostrar una sonrisa amable.

—No —dijo—. Por favor.

—Espera.

Bernardo se giró hacia ella e hizo volar la chaqueta al asiento trasero, dejándola descubierta y asustada. Sin hacerle caso, se inclinó sobre su cuerpo. Con un movimiento fugaz, accionó la palanca que reclinaba el asiento del copiloto y Susie quedó tendida boca arriba. Se estremeció, no podía creer que no fuera a detenerse. Quiso gritar, pero no sabía si debía hacerlo, si era necesario hacerlo. No quería fallarle demostrando que no confiaba en él porque no era así, seguro que se detendría. El chico se dedicó a besar cada rincón de su piel que no cubría la ropa. No era la primera vez; sin embargo, por alguna razón ahora Susie tenía un horrible presentimiento. Bernardo buscó su boca con la lengua y ella correspondió dejándose llevar. Cuando las manos de Bernardo, sin duda más expertas, decidieron mostrar sus verdaderas intenciones, ya era demasiado tarde. Sus dedos no dudaron en profanar lugares a los que no se les había permitido la entrada.

—No... —gimió Susie, pero él no la escuchó—. Para...

—No seas niña... —jadeó él—. No pasa nada.

La mano izquierda de Berni se había aferrado a uno de sus pechos, retorciéndolo como si fuera un globo de agua. Le hacía daño. Mientras, la derecha había alcanzado ya el borde de la minifalda y reptaba hacia el interior de sus muslos.

—¡Para ya! —La chiquilla chilló pataleando, pero Bernardo se negaba a ceder. Sus dedos jugaban con la tira del tanga—. ¡Déjame!

Cuando Susie se convenció de que lo que le estaba pasando era real, empezó a tantear la puerta hasta dar con el picaporte, lo abrió de un tirón y rodó sobre sí misma para salir del coche. Se golpeó contra el suelo duro y encharcado, pero se levantó rápidamente y, sin dejar de correr, se alejó de aquel hijo de puta.

Escuchó entonces el rugido del motor y salió del camino, ocultándose detrás de un camión de escombros. No se movió de allí hasta que vio pasar de largo los faros del Ford. Entonces salió de su escondite y caminó bajo la lluvia hacia la carretera principal.

Llegó al final del polígono empapada. Por eso agradeció que el autobús hiciera su parada enseguida, como si acudiese presto a su llamada de socorro. Se subió sin mirar siquiera qué línea era. No tenía fuerzas para hablar, sacó en silencio un par de monedas del bolsillo y se las entregó al conductor.

—Arriba, niña —ordenó el tipo—. ¡Yetch!

Capítulo 44

El conductor le había dejado una toalla que guardaba detrás de su asiento. Ahora la utilizaba como abrigo mientras se esforzaba por relajarse y dejar de llorar, sentada en una de las primeras filas.

Miraba por la ventana con la vista perdida en las siluetas confusas que la lluvia dibujaba en la oscuridad, y se preguntaba hacia dónde se dirigía. Pasados unos minutos, el autobús giró en una rotonda, y para su sorpresa volvió a encontrar la entrada del polígono en construcción que acababa de abandonar. Una alarma se activó en su cerebro: habían dado la vuelta.

El vehículo empezó a acelerar.

Susie trató de levantarse, pero el vaivén, cada vez más violento, volvía a dar con ella en la silla. Tenía que sujetarse con fuerza a los barrotes para no seguir rodando hasta el suelo.

—¡Oiga! —le increpó aterrada—. ¿Adónde va?

Escuchó por segunda vez aquel chasquido estremecedor que ya la había asustado al subir cuando el autocar trazó un giro brusco para salirse de la carretera e internarse por un camino estrecho, mal asfaltado y sin ningún tipo de iluminación. El conductor apagó las luces interiores. Esa chica le gustaba. Su piel canela, sus ojos grises... Era ella. Ella iba a ser el culmen de su obra. Los baches sacudían el autobús como un sonajero haciendo que Susie bailara como un juguete roto en su interior y se golpeará con los cristales y con los bordes del asiento.

—¿Nunca has cogido esta línea? —preguntó el conductor—. Esta va por aquí.

El vehículo se introdujo a toda velocidad por aquella estrechísima arteria que parecía perforar el valle hasta lo más profundo. Susie, paralizada por el miedo, observaba por la ventana cómo las hojas de los árboles sacudían el techo y los laterales de la guagua con un estallido atronador. No sabía con qué sujetarse, intentaba adivinar por dónde iba, pero la intensa lluvia y la oscuridad de la madrugada se lo impedían. Volvió a acurrucarse en su asiento, llorando y tiritando de miedo. Solo podía ver, reflejada en el retrovisor, la sonrisa demente de aquel maníaco que acababa de robarle el control de su vida. Ni por asomo imaginaba que la estaba llevando al lugar que poco antes oteara con Bernardo desde arriba.

—¡Déjeme bajar! —gritó. Quería pedir auxilio, pero sabía que estaba completamente sola. Eso la aterraba todavía más.

—¡No! —respondió el conductor—. ¡Todavía no! ¡Ahora eres mía!

Antes de que pudiera darse cuenta, el autobús llegó al fondo del barranco, metiéndose a trompicones por la región boscosa del antiguo campamento. El chófer recuperó el dominio sobre el volante y volvió a acelerar, saltó por encima de la valla de metal y aterrizó como un *panzer* en la zona de cemento que daba acceso a los túneles. Tras un frenazo en seco y un giro cerrado, se coló por uno de ellos y desapareció en el interior de la montaña.

—Adónde me lleva... —lloriqueó la muchacha. El conductor reía sin cesar.

—¡Última parada: la casa de muñecas!

El autobús se detuvo de golpe al final del túnel. Damián apagó el motor y cogió su barra de acero. Después fue a por la muchacha, la sostuvo de un brazo mientras la sacaba a rastras de su escondite entre los asientos y la obligó a bajar. Le sorprendió que no se quejara.

Los vaivenes de la guagua habían llevado a Susie de un lado a otro y había tenido que sujetarse a las barras y a los respaldos para evitar los golpes. Uno de aquellos mástiles de aluminio ya había realizado, al parecer, esa función para otra persona antes, y estaba medio suelto.

La hija de Matt, *el Rojo* había heredado de su padre la insana capacidad de no ceder nunca, de no rendirse. Susie había aprovechado la oscuridad del túnel para utilizar el filo de su prendedor de pelo como destornillador improvisado. Ahora tenía en la palma un grueso tornillo de nueve centímetros.

—Ven aquí, negrita. ¡Yetch!

El chófer la dejó caer al suelo y la observó a la tímida luz de la columna de polvo que caía del techo. Empezó a recorrerla con las manos y la mirada igual que un perro en celo.

—Sí..., tu piel... —murmuraba relamiéndose— es preciosa... Perfecta.

Intentó volver a levantar su cuerpo para subirla a la tarima, pero entonces ella, en un movimiento fugaz, le incrustó el tornillo en la axila derecha y lo removió varias veces a un lado y a otro, taladrándole los tendones y las inserciones de los músculos del brazo. Damián rugió como una bestia salvaje y se la quitó de encima con un guantazo brutal que le reventó la nariz. La chica perdió el conocimiento y se desplomó sobre la gravilla.

—¡Zorra! —chilló el chófer. Intentó mover el brazo herido, pero el dolor era tan intenso que creía que iba a desmayarse. Damián gritaba de ira—. ¡Maldita seas!

Inutilizado el brazo derecho, el conductor levantó a la muchacha con el izquierdo y la lanzó sobre el escalón, después se subió con ella a la plataforma y empezó a bajar hacia el laberinto.

—Ahora sabrás lo que es sufrir —gruñó furioso—. Verás lo que voy a hacer contigo. El elevador por fin llegó al suelo y las piezas empezaron a chillar.

—¡A callar, imbéciles!

Damián arrastró a la muchacha por el conducto principal. Pensó que se estaba desangrando. Tiró de ella hasta llegar al taller y encendió la luz para buscar un gancho libre, pero cuando intentó levantarla el latigazo de dolor casi le hizo perder el sentido.

No podía utilizar su brazo derecho.

—¡No! —exclamó entre lágrimas—. ¡Así no podré terminar!

Lanzó a la muchacha contra su taburete y Susie cayó sentada en él, golpeándose el cráneo contra la pared. Damián cargo su jeringuilla con una dosis de suero y, sin miramientos, se la incrustó en el cuello. Una gota de sangre rodó por la piel morena de Susie.

—O tal vez sí —masculló el artesano.

Se puso de pie y sacó a rastras a Susie del taller. Con el brazo herido no iba a poder levantarla para clavarla en ningún gancho. La llevó al otro lado del pasillo, donde abrió un armario vacío y la arrojó dentro.

—Aquí te pudrirás hasta que decida qué hacer contigo —dijo mientras la encadenaba a la pared insertándole las muñecas en unos grilletes que sobresalían del cemento—. Y te aseguro que será lo más cruel que haya hecho nunca.

Terminó de maniatarla y se sacó del bolsillo un pañuelo de tela manchado de sangre. Se lo metió a Susie en la boca para que no pudiera gritar.

—Serás una muñeca preciosa, ¿sabes? —murmuró desde la puerta—. Toda tú una sola muñeca. Te mantendré viva y te cortaré los párpados para que puedas verlo por ti misma.

A continuación cerró la puerta y la aseguró con un candado. Después se apartó tambaleante y, apoyándose en la pared, regresó a su taller dejando un rastro de sangre pintado en el muro. Se sentó en su silla, orientó el flexo hacia su brazo y se cosió la herida de la axila con la aguja torcida y oxidada con la que arreglaba a sus muñecas. Estaba a punto de desmayarse. Recargó la jeringuilla y, ya en su habitación, se inyectó el suero que le calmaría el dolor y le haría dormir hasta el día siguiente.

El último día antes del cumpleaños de Linda.

Capítulo 45

A media mañana, Carla encontró a Matt histérico al otro lado del teléfono.

—¿Qué te sucede, Rojo?

El policía gruñía y resoplaba furioso como un león mientras caminaba por la casa de un lado a otro. La inspectora se lo imaginó expulsando espuma por la boca.

—Es Susie —contestó nervioso—. Todavía no ha vuelto.

Carla resopló, ya conocía lo pesado que se podía poner el irlandés con ese tema.

—Salió anoche... —murmuró.

—Sí, y me prometió que llegaría temprano.

A Carla no le parecía tan grave que la chica se retrasara, pero entendía la preocupación de Matt sabiendo que aquel maniaco seguía suelto.

—¿Iba con su novio? —le preguntó exhalando el humo de un cigarrillo.

—Sí —contestó secamente.

—Bueno, él tiene coche. No deberías...

—Sí debo, Carla —rugió—. Deja de decirme lo que debo o no debo hacer con mi hija. Me prometió que iba a regresar pronto y todavía no sé nada de ella. Tengo derecho a preocuparme y me preocupo. Para algo le compré el maldito móvil.

La pelirroja tuvo que admitir que su ex tenía razón.

—¿Has intentado llamarla? —preguntó con voz apagada.

—No —repuso Matt—. Estaba esperando a que ella lo hiciera. No quiero ser ese tipo de padre, no quiero... entrometerme.

Carla apuró su cigarro con una larga y prolongada calada. Después lo apagó aplastándole la cabeza contra el fondo de un cenicero de cristal.

—Creo que deberías llamar —dijo.

Se hizo un silencio al otro lado de la línea.

—Mira, Rojo —continuó Carla—, te he llamado porque ya tengo la orden contra el chófer. Quería ir contigo a detenerlo. He hablado con Cabrero y dice que Damián está trabajando —la inspectora hizo una pausa—. Anda, llama a tu hija. Te pasaré a buscar en media hora.

Cuatro segundos después, el policía estaba marcando el número del teléfono móvil de Susie. La primera vez lo dejaron sonar, pero la segunda contestó un muchacho somnoliento.

—¿Quién coño eres? —rugió Matt—. ¿Dónde está mi hija?

El chaval balbuceó algo incomprensible y, tras carraspear unos segundos, se presentó al padre de su novia.

—Hola, señor... —dijo—. Soy yo, Bernardo. Bernardo, señor.

—Bueno, sí, dejemos eso —respondió Matt. El chico parecía todavía más nervioso que él—.

¿Dónde está Susie?

Se produjo un silencio al otro lado; el policía pensó que podía haberse cortado la línea.

—¿Oye? —preguntó.

—No lo sé, señor —musitó Bernardo. Matt no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—Que no lo sé, nos separamos.

El policía se apartó el auricular y resopló intentando calmarse para no perder la cabeza y empezar a insultar a aquel imbécil.

—¿Qué me estás contando, Bernardo?

—Pues verá, discutimos... —El muchacho carraspeó de nuevo, agitado. Matt ya podía imaginar a qué se refería *condiscutir*.

—¿Le has hecho algo? —preguntó—. ¿Le has hecho algo a mi hija? Será mejor que me digas lo

que ha pasado, porque como le hayas...

—No, no, señor —replicó el chiquillo enseguida—. Nunca. Ella se enfadó y se bajó del coche. El irlandés escuchó un chasquido mudo en su cerebro, como si tuviera un pedazo de carne incrustado entre las muelas. Un chasquido que le recordó a otro.

—¿Dónde se bajó de tu coche, Bernardo?

—En... en el nuevo mirador, el de Bellavista, en Las Torres, por encima del barranco...

El chico ya estaba hablando solo. Matt le había colgado y corría escaleras arriba para vestirse y salir a buscar a su hija.

Capítulo 46

—He llegado tan rápido como he podido —explicó Carla bajándose del coche patrulla para cambiarse de asiento y dejar a Matt al volante. No hacía ni diez minutos que había recibido el mensaje de Rojo explicándole la situación.

—¡Vamos! —exclamó el irlandés saliendo atropelladamente de su casa y guardándose el revólver en la pistolera—. Haremos el recorrido de su línea hasta dar con el hijo de puta.

Minutos después volaban entre el tráfico congestionado de media mañana por las inmediaciones de la estación de San Telmo. El indicador luminoso situado en la parada reflejaba el tiempo que faltaba a otras guaguas para llegar, pero no a la doble cero. Matt aceleró y accionó la sirena para que los demás conductores le abrieran paso. Llevaba a la pelirroja dando bandazos de un lado a otro con cada cambio brusco de carril, pero no tenía tiempo que perder, ni la más mínima intención de hacerlo. Esa vez era la vida de su hija la que estaba en juego.

—¡Ahí hay una guagua! —Carla señalaba un enorme vehículo amarillo que giraba unos metros más adelante hacia la avenida Marítima, pero cuando Matt consiguió llegar a su altura, resultó ser otra línea.

Era como si persiguieran un fantasma. Adelantaron a varios autobuses de otras líneas durante su carrera por Mesa y López y Guanarteme, y se saltaron todas las normas de tráfico para esquivar la cola de coches que respetaba el ceda el paso de la rotonda del hospital solo para darse cuenta de que no había ni rastro de Damián ni de su vehículo.

—¡Allí está! —gritó Matt de repente.

El bus de la línea doble cero acababa de girar entre las casas amarillas de detrás del hospital y empezaba a subir por la carretera de Chile hacia Las Torres. Matt aceleró para adelantarlo y atravesó el coche patrulla en mitad del camino, un poco más arriba de donde unos días antes habían encontrado el Volkswagen de Isaac.

Los dos policías se bajaron del coche y observaron cómo llegaba la guagua. Solo llevaba dos personas dentro y Damián estaba al volante.

Matt sacó su pistola de la cartuchera, la amartilló y se la escondió detrás de la espalda.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Carla.

Matt no contestó. Nada de lo que dijera podía sonar bien en ese momento.

La cero-cero se detuvo ante las señas del policía. Matt no dudaba que el conductor le reconocería, menos aún cuando leyó en sus labios una maldición ahogada. Damián abrió la puerta delantera y saludó sorprendido a los dos pelirrojos que lo esperaban abajo. Su muñeca de porcelana danzaba rozando con los pies el salpicadero.

—¿Qué pasa? —preguntó el chófer.

No le contestaron. Enseguida recordó al hombre, pero la mujer no le sonaba de nada. Se había acercado a las escalerillas mostrándole algo que acababa de sacar del bolsillo interior de su chaqueta. Era una placa.

—Son policías... ¡Yetch! —murmuró el anciano.

—Me llamo Carla Torres —empezó la inspectora guardando su cartera.

Sin embargo, Damián estaba preocupado por el tipo callado; había visto por el espejo retrovisor que llevaba un arma. Había llegado hasta el final del vehículo y regresaba a su lado sin dejar de observar la venda de su brazo.

—¿Qué le ha pasado? —le preguntó. Después se inclinó sobre él y le susurró algo en el oído—. Voy a meterte una bala en la cabeza.

A continuación, el policía bajó de la guagua e hizo un gesto a su compañera con los dedos. Solo estaban esos dos pasajeros.

Damián abrió mucho los ojos y sintió cómo se le aceleraba el pulso. Desde que había empezado

a recolectar las piezas para su regalo había esperado ese momento; sabía que podía llegar, pero nunca lo había sentido tan cerca. De pronto, dejó de escuchar a los policías. Solo pensaba en salir de allí y terminar su obra.

—Está detenido —creyó oír que decía la mujer—. Por favor, llame por radio para que un compañero venga a recoger a estas personas.

—¿Por qué me detienen? —preguntó intentando ganar tiempo. La pelirroja sacó una hoja de papel de su bolsillo y se la entregó.

—Hemos encontrado a su hija, señor —le dijo.

Damián no la leyó, dejó caer la hoja al suelo y todo su mundo desmoronándose con ella.

—Mi hija...

—Sí, cabrón —intervino Matt—. Y ahora vas a venir con nosotros para decirnos dónde tienes a los demás.

—¿Los demás...? —preguntó el anciano. Empezaba a sentirse mareado.

El policía le apuntó con la pistola.

—Para empezar, a Ruth Márquez, y después a mi hija, cabrón.

—Baje de la guagua —ordenó la inspectora.

Damián obedeció, no sin antes acordarse de su palanca. La cogió sin hacer ruido y se la llevó escondida junto al muslo, disimulada por el pantalón. Descendió por su propia puerta, contraria a los dos agentes, y rodeó el morro de la guagua mientras los policías ayudaban a bajar a los pasajeros. Cuando llegó al otro lado y la pelirroja se le acercó para esposarlo, le reventó la sien con un mandoble de su palanca, dejándola sin sentido y sangrando profusamente. Después se abalanzó contra el policía y le sujetó el brazo armado, mordiéndole en el cuello hasta arrancarle un pedazo de carne. Entre los gritos de dolor del pelirrojo consiguió arrebatarle la pistola y, cuando los dos pasajeros intentaron correr, los abatió por la espalda. Los cuerpos rodaron cuneta abajo hasta caer al barranco.

Parecía que la interrupción había terminado, pero el policía se revolvió y apretó con sus manos la herida de Damián. En el forcejeo la pistola salió rebotada hasta perderse en el precipicio. Cuando el agente intentó incorporarse, Damián lo hizo caer de una patada y lo golpeó con el hierro una y otra vez en la cabeza y en los riñones hasta que dejó de moverse.

No todo estaría perdido si conseguía salir de aquel lugar y resguardarse en los túneles. Nunca lo encontrarían. Hizo desaparecer el coche de los policías empujándolo por el acantilado, pero no tenía tiempo para deshacerse del cadáver del pelirrojo. Daba igual. La mujer empezaba a despertarse. Damián fue hasta ella, se arrodilló y le quitó la pistola de la cartuchera. La herida de la frente era fea, aunque solo estaba aturdida. Le puso el cañón del arma entre los párpados cerrados y apartó la cara para no mancharse al apretar el gatillo. Entonces vio que la mujer tenía una hermosa cabellera del color del fuego y una piel preciosa, blanca como un lienzo sin usar. Cuando abrió los ojos, grandes y verdes, no pudo evitar acordarse de la chica morena. Giró despacio el brazo herido, como si recordar el dolor le ayudara a pensar lo que podía hacer con ella. Una idea, una gran idea tomaba forma en su mente.

—Sí... —sonrió levantando del pelo a la inspectora—, tú te vendrás conmigo.

La mujer iba a gritar, pero él le estampó la cabeza contra el asfalto para volver a dejarla inconsciente. La subió al autobús y huyó hacia la base.

—¡Yetch!

Capítulo 47

El hombre intentó levantarse, pero, una vez más, cayó sobre el asfalto.

Solo había conseguido avanzar un centenar de metros en aquella empinada carretera antes de desplomarse de nuevo. Las imágenes llegaban a su mente como los fogonazos de *unflash*. Confusas, desordenadas, dolorosas. Había conseguido ponerse de pie y recuperaba el aliento, hipnotizado delante de aquel escurridizo camino sin asfaltar. El rugido de la verja de la ferretería le sacó de sus pensamientos y se dirigió hacia allí.

El señor Lin tenía cuarenta y cuatro años y muy pocas ganas de meterse en problemas. Era su primer semestre como regente de un negocio en el país y empezaba a dudar de si había elegido el mejor barrio para establecerlo. Cada noche contaba los ingresos en caja mientras su hijo cerraba la verja y sus hijas ponían orden en la tienda. La reconversión de la vieja ferretería en bazar había resultado un fracaso, cada vez había menos monedas que contar y la inseguridad en los alrededores crecía. Aquel no era precisamente el lugar más apacible de la ciudad.

El joven Zhao no se sentía muy de acuerdo con su nueva forma de vida, pero por descontado no podía declararlo en voz alta. Llevaba su iPod bramando desde la cinturilla del pantalón caído y esquivaba la oscuridad sorteando el flequillo que le tapaba media cara. Al levantar los brazos para alcanzar la verja pensó que estaba harto de toda aquella mierda. Quizá si terminaba el instituto, sus hermanas serían capaces de echar un cabo en la tienda, siempre que él encontrara una buena excusa para alejarse de casa.

Cuando bajó la plancha de hierro y se giró para volver a entrar en la tienda por la puerta lateral, una sombra histórica, a la que tardó unos segundos en reconocer como la de un hombre, se le echó encima. Se trataba de un tipo magullado y sucio que apenas era capaz de hablar. Tenía el cabello de un intenso color naranja.

—¡La guagua! —gritó tanteándole con los dedos como si intentara sujetarlo. Zhao se quiso apartar y estuvieron a punto de caer los dos al suelo.

El chico le apartó entonces las manos, haciendo rebotar al tipo contra la verja de hierro. El sonido alertó al señor Lin y su voz llegó desde el interior de la tienda.

—Eh, tío, ¿qué te pasa? —se quejó el muchacho limpiándose la camiseta. Gritó algo a su padre en chino y este no tardó en aparecer junto a ellos. La cara del tendero se transformó al ver al hombre medio tirado sobre las escaleras de su local.

—Agua...

—*Dai shui lai!*—vociferó Lin, y al momento una de sus hijas sacó de la tienda una botella de plástico. El tendero se la arrebató de las manos y, tras abrirla, se la ofreció al extraño con un temblor en su brazo. Después chilló algo a la chica para que volviera a entrar.

El recién llegado dio cuenta del agua de un único trago.

—Necesito ayuda —dijo, todavía sin resuello. El señor Lin negó agitando las manos.

—No, no. Nada ayuda. Tú vete tienda.

El pelirrojo intentó acercarse al dependiente, pero este se apartó a tiempo de evitarlo.

—Un teléfono... —murmuró, y se puso de pie con intenciones de entrar en la tienda.

—¡Tú no entra! —exclamó Lin interponiéndose entre él y la puerta. Después le gritó una retahíla de palabras a Zhao para que se las tradujera.

—No tenemos nada, señor —explicó este—. Márchese, mi padre dice que se marche.

—Necesito un teléfono —repuso el hombre un poco más calmado.

Las hijas de Lin se asomaron de nuevo y el viejo las volvió a hacer entrar a gritos. Zhao le tradujo a su padre la petición del pelirrojo, pero Lin negó con vehemencia.

—No, señor —tradujo el chico—. El bazar está cerrado.

El hombre ponía muecas de que fuera a estallarle la cabeza. Intentó incorporarse, pero volvió a

caer sentado sobre los escalones.

—De acuerdo —dijo—. Dile a tu viejo que se relaje. No he venido a robar nada.

—No queremos problemas, señor. A mi padre no le gustan estas cosas. Usted lo está asustando.

El pelirrojo lo miró arqueando una ceja, después buscó al padre y este dio un respingo hacia atrás.

—Ya veo —gruñó el tipo—. Hay alguna cabina por aquí, supongo.

Cho le señaló hacia lo alto de la loma, más allá de donde trazaba un recodo la carretera.

—Allí arriba hay una —dijo—. Cada vez quedan menos...

El hombre hizo un esfuerzo y consiguió incorporarse. Miró hacia donde indicaba la mano temblorosa del chico. La cabina quedaba demasiado lejos.

—Déjalo chaval, no hay tiempo.

Ya de pie se sacudió el polvo de los pantalones. El descanso y el agua fría le habían sentado bien, pero aún guiñaba los ojos y se llevaba la mano a la frente magullada. Zhao pensó que el cráneo debía arderle por dentro.

—Lo siento, señor... —le dijo asustado. Miró a su padre, aunque en los ojos de Lin no encontró señal de que pudiera servir de más ayuda.

—*Mashan cong zheli chuqu!*—El viejo lo apremiaba para que se deshiciera del intruso.

Zhao respondió con una serie de palabras en chino que él repitió en voz más alta, y al poco sus hermanas volvieron con una bolsa de hielo que el hombre se puso sobre la cabeza.

—*Zhuan dao limian qu!*—ordenó Lin, y las mandó de nuevo dentro con tres gritos.

Cho observaba los gestos de dolor del intruso, buscaba qué palabras usar en su todavía limitado castellano cuando el tipo levantó un brazo y señaló hacia más abajo.

—¿Adónde lleva ese camino? —preguntó.

El chico frunció el ceño y miró a su padre. Este no había entendido nada.

—No sé, nadie lo usa —dijo—. Hay un desguace y una base militar abandonada.

—Repíte eso —le pidió el tipo.

—¿El qué? ¿La base militar? Son unos túneles, a veces los chicos bajan...

El tipo rompió a toser escupiendo sangre. Zhao le alcanzó el pañuelo de papel que le dio su padre. El hombre señaló con la mano al interior de la tienda.

—¿Tienen teléfono ahí dentro o no? ¿Funciona? —Cho asintió. El extraño empezó a andar hacia el angosto sendero—. Llama a la policía.

Capítulo 48

No había tiempo para probar si la cabina funcionaba, ni tampoco para hacerse entender por la telefonista, aún estaba demasiado aturdido. Solo podía pensar en encontrar a Susie antes de que le hicieran daño, y no sabía cómo. Apenas su cuerpo le obedeció cuando le dio la orden de levantarse y empezar a caminar.

Las últimas lluvias habían arrastrado sedimentos de la desgastada ladera, que, junto con los restos de suciedad y escombros, se acumulaban en un ponzoñoso camino de tierra de firme inestable y resbaladizo. La estrecha carretera giraba a la izquierda y dejaba a un lado las luces de la ciudad. Solo la oscuridad de un profundo valle envolvía los pasos del policía. El irlandés arrastraba los pies hacia ninguna parte intentando que sus zapatos no se deslizaran sobre la gravilla. El antiguo sendero estaba en un estado deplorable. El firme se descascarillaba, agrietado como piel reseca. Una ráfaga de viento estremeció la ladera y un saliente se vino abajo volcando a pocos metros de Matt una cortina de tierra y piedras.

Empezó a encontrarse mejor y se animó a continuar acelerando el paso. Seguía bajando, giraba, descendía un poco más. Tras una curva a la derecha, las piernas de Matt perdieron el contacto con el asfalto y el policía salió despedido hacia la cuneta. De no haber existido aquellos enormes bloques de cemento que delimitaban el sendero, habría acabado despeñándose.

Esta vez tardó en recuperar el aliento. Se puso de pie y cruzó la carretera hasta apoyarse en la confortable seguridad de la ladera. Continuó el descenso sujetándose a la pared, deslizando sus dedos entre la tierra y el barro, arrastrando diminutas piedras con el hombro. La carretera se retorció como una culebra hacia el fondo del valle y, tras dejar atrás dos grandes rocas, empezó a distinguir una construcción, una arcada que se dibujaba más adelante en la penumbra. Estaba llegando a algún sitio. Estaba llegando y pronto tendría agarrado de los huevos al cabrón que se había llevado a Susie y a Carla.

No sabía cuánto camino le quedaba aún por recorrer, así que se detuvo junto a los restos de la entrada a la base Manuel Lois y se lavó la cara con el agua de uno de los charcos. Las estructuras grises de cemento descolorido lo miraron desde la altura, recortadas contra el cielo ennegrecido, y le apremiaron a continuar. Matt se incorporó, reanudando la marcha.

La verja en el suelo chirrió bajo su peso como un somier oxidado. Poco después empezó a llover. Le costaba distinguir los límites del camino. No había la más mínima luz en todo aquel valle, si acaso arriba, en la cima, donde tres puntos anaranjados situaban las primeras viviendas del pueblo de Los Giles.

Dejándose caer llegó por fin al final del descenso. El tenebroso campamento lo recibía con las fauces abiertas, observándolo desde los edificios ocultos entre la maleza. La lluvia aún no había borrado del lodo las huellas de un vehículo pesado que se internaban entre las casetas. Matt las siguió. El viento mecía las ramas dispersando los destellos de claridad entre ellas y disfrazando los sonidos. El irlandés buscaba a Damián tras cada tabique, en cada ventana rota. Se llevó la mano a la cartuchera, pero estaba vacía. La oscuridad se le venía encima y echó a correr hasta detenerse contra una pared de hormigón en el límite de la base. Se dio la vuelta con los puños en guardia; sin embargo, detrás no tenía a nadie. Desde su derecha lo acechaban las bocas de tres espeluznantes túneles excavados en la montaña. Solo en una de ellas entraban las huellas de barro. El policía supo a quién pertenecían.

De uno de los montones de escombros que se acumulaban en la explanada, extrajo un tablón de madera. Ignoró el viento ululante que convertía el túnel en la cueva de un lobo hambriento y, cubriéndose la nariz con la manga, se introdujo en el conducto.

La línea que separaba la claridad de la entrada de la oscuridad total se le antojó un muro infranqueable. Más allá, los gemidos se entremezclaban conformando un horror intenso. Antes

de abandonar la seguridad de la penumbra se sintió aterrado.

Aquel primer paso hacia la nada confirmó su determinación de encontrar a su hija.

El suelo existía en algún lugar de aquella negrura, a pesar de crujir bajo sus pies. El policía se deslizó con cuidado hacia su izquierda hasta que pudo sentir la pared del túnel y, blandiendo el tablón con la derecha, se obligó a seguir avanzando. Algunos obstáculos chocaron contra sus zapatos, rodando después con un siseo grumoso. A algunos los reconoció como cajas de cartón o bolsas de plástico, pero a otros prefirió no ponerles nombre. A menudo pisaba cuerpos diminutos que estallaban con un chirrido bajo sus suelas.

Lo peor era escuchar los quejidos.

Encontró un muro frontal y, minutos después, esta nueva pared también perdió el contacto con sus yemas. Sus dedos se aferraron a la esquina mientras decidía hacia dónde continuar. En un arrebato de fe se adelantó y fue a encontrar la pared contraria. Se pegó a ella como si fuera un salvavidas. Había llegado a un nuevo túnel que cruzaba el anterior hacia la izquierda y la derecha.

Lentamente se acuclilló y se atrevió a palpar el suelo. Se acumulaban sobre el cemento detritus y polvo aguado. Al final encontró una piedra. Se incorporó y la lanzó con todas sus fuerzas hacia delante. Muchos metros después escuchó el ruido del objeto al caer contra el piso. Se hizo con otra piedra y repitió la operación. La lanzó en la dirección opuesta y al poco sonó el golpe seco del guijarro chocando contra la pared. De manera que continuó, a ciegas, hacia el lado contrario. Minutos más tarde empezó a escuchar un rumor apagado, un ronroneo a lo lejos. Parecía el sonido vibrante de una máquina.

Avanzó a través de un conducto que parecía horadar la tierra. Empezaba a sentir una corriente intensa, lo que solo podía indicar la existencia de una entrada de aire. Tenía la sensación de estar descendiendo, no sabía si por culpa del miedo o porque realmente el pasadizo se estaba inclinando hacia abajo.

Más adelante el sonido era tan claro que no le cupo duda de que se trataba de un motor. Empezó a distinguir una especie de bruma, una claridad que caía de algún lugar en el techo. La brisa se hacía más intensa también allí. Continuó olvidando por un momento el temor a caerse. Había encontrado algo; por fin estaba más cerca del aquel cabrón.

De pronto, cuando avanzaba a tientas hacia la claridad se estampó de bruces contra un descomunal objeto metálico.

El policía cayó sobre la inmundicia fangosa del suelo; no obstante, estalló en una carcajada triunfal. Acababa de encontrar el autobús de Damián.

Capítulo 49

Carla despertó con las manos encadenadas a la pared y un tremendo bulto que le palpitaba en la cabeza. Sentía el escozor de la sangre encostrada en la sien y el de la que se había secado sobre su labio superior tras brotar de la nariz. Todo estaba oscuro, a excepción de un pequeño hilo de luz que dibujaba la silueta de una puerta. A su lado escuchaba la respiración entrecortada y los quejidos de otra mujer, de una niña, de Susie.

—¿Quién está ahí? —oyó un susurro temeroso—. ¿Quién eres?

—¡Susie, soy Carla! —exclamó procurando no levantar demasiado la voz. La hija de Matt intentó sonreír.

—¿Qué te ha hecho? —preguntó la inspectora.

—Me ha inyectado algo...

A ella también le había inoculado algún tipo de suero para que durmiera.

Cuando Susie consiguió despejarse un poco y sus ojos se acostumbraron a las tinieblas de aquella especie de armario, Carla trató de estudiar la situación. Movi6 las manos para comprobar la firmeza de los grilletes y se aseguró de no tener roto ningún hueso de las piernas.

—No te preocupes —dijo poco después a Susie—, saldremos de aquí.

—No digas tonterías —replicó la chica con una voz tan fría que sorprendió a la pelirroja—. Nos matará.

Carla dejó de forcejear con sus cadenas y miró hacia la oscuridad donde creía que estaba Susie. Tal vez tuviera razón.

La puerta del cubículo se abrió de repente y una forma confusa irrumpió en su interior con un objeto brillante en la mano. Todo sucedió entonces demasiado rápido. Una aguja atravesó la nuca de la inspectora y, antes de que terminara de sentir cómo entraba en su piel el contenido de la jeringuilla, ya se había quedado dormida.

Cuando volvió a abrir los ojos, el escenario era completamente distinto.

Capítulo 50

Mucho más cerca de ese zulo de lo que se atrevía a imaginar, Matt se encaramó a la plataforma de cemento y sujetó la cadena oxidada que unía la polea del techo con la trampilla metálica que se distinguía en el fondo del pozo, allí donde la claridad anunciaba la existencia de toda una ciudad subterránea. Se colocó el tablón de madera entre el cinturón y los vaqueros, y, desafiando a la resistencia de sus piernas y brazos magullados, se encaramó a los fríos eslabones para empezar a descender por el interior de la chimenea.

Desde aquel laberinto le llegaba el rugido constante del motor eléctrico, entremezclado con unos chillidos que le ponían los pelos de punta. Las paredes despedían un vívido olor a carroña que explicaba el porqué de los gritos. Llegó abajo dolorido pero entero, recuperó el tablón y levantó la cabeza. Se encontraba en una especie de búnker sumergido en el inframundo.

Cuando por fin consiguió reaccionar, comprendió que el pozo desembocaba en la intersección de varios pasadizos. Tenía tres direcciones para elegir, aunque parecía que los quejidos procedían de justo delante de él. Se introdujo por un pasadizo oscuro revestido de hormigón, tan bajo y estrecho que tenía que caminar inclinado en un incómodo escorzo para no hacerse daño. Apestaba. El olor a carne podrida y a orín le obligaba a taparse la nariz y la boca para no vomitar. No escuchaba la voz de Damián, pero intuía que estaba cerca, que pronto iba a encontrarlo. Y, cuando lo hiciera, le sacaría los ojos con sus propios dedos.

Capítulo 51

Estaban en otra habitación más grande. En esta podía respirar, aunque el hedor le provocase continuas arcadas. Parpadeó para acostumbrarse a la luz. Se sentía endeble, floja, como una muñeca de trapo. La escasa claridad llegaba de una puerta al fondo y dibujaba apenas las siluetas de los cuerpos colgados del techo. Ella se encontraba bien, solo le dolía el golpe en la frente, aunque le incomodaba el temblor en su brazo derecho.

Una silueta se recortó junto a la puerta y Carla reconoció al conductor de autobús. Estaba subido en una silla, descolgando varios cuerpos de los ganchos. Por alguna razón ya no le servían. Después cruzó con pasos largos la estancia y encendió un flexo junto a la oreja de la mujer. La inspectora se encontró sentada en un taburete de espaldas a la pared. Susie estaba a su lado tan aturdida como ella.

El conductor rebuscó entre sus cosas y agarró una grapadora de tapizar. Se dirigió primero a la chica, le levantó la cabeza por los pelos y le grapó el flequillo contra el muro. Susie no hubiera podido apartarse de allí aunque no hubiera estado sedada. Después hizo lo mismo con Carla, la sujetó por la frente y la empujó hacia la pared. No pudo hacer nada para combatir su fuerza y el golpetazo contra el hormigón resquebrajó su cráneo como un martillo contra una pecera. Aplastó su melena contra la pared y se la grapó también para que no se moviera.

—Bien. —Damián se movía de un lado a otro con su taburete de ruedas—. Veamos.

El conductor se desplazó hacia la oscuridad y a los pocos segundos regresó empujando un objeto inmóvil con forma humana; debía de ser un maniquí, aunque Carla no lo pudiera distinguir bien por tener la luz apuntándole directamente a la cara. Entonces Damián giró el flexo y alumbró la figura. Era el busto de Ruth Márquez con un ojo abierto y el otro párpado mal cosido a su pómulo con una burda sutura. Carla y Susie empezaron a gritar.

—¡Silencio! —les espetó el chófer amenazándolas con unas roñosas tijeras. Las dos mujeres transformaron sus chillidos en un llanto mudo—. Esta me salió mal. ¡Yetch! Se lo saqué con las tijeras y se estropeó. Lo pinché, ¿saben? Y al pinchar un globo ocular, el cabrón se desinfla. ¡Yetch! Yo tampoco lo sabía.

El anciano regresó a su escritorio, dejó las tijeras y tomó un plato polvoriento. Sacó de uno de los cajones una cuchara de té y se dirigió a las mujeres.

—Con ustedes tendré más cuidado. ¡Yetch!

Capítulo 52

Los gritos llegaban desde todas partes, resonando en las paredes como en una caja acústica. A lo largo de los pasillos escaseaban las bombillas en buen estado, los diferentes laberintos intercambiaban luces y sombras, y Matt ya no sabía cuántos había recorrido. No parecían llegar a ningún sitio. Desorientado y exhausto, empezaba a perder la esperanza de encontrar a Susie y a Carla entre aquellas paredes. Solo oía los llantos y el zumbido del generador taladrándole los oídos. Estaba a punto de perder la cabeza. Tenía la terrible sensación de haber perdido el tiempo y las fuerzas, de haberse quedado encerrado allí para siempre. Jamás volvería a verlas. Llegó a la enésima bifurcación del conducto sin saber si debía seguir o intentar reencontrar la salida. Sin embargo, al final de uno de los túneles alcanzó a distinguir una abertura por la que surgía una luz titilante. En un súbito impulso vital corrió hacia allí; se trataba de una habitación enorme, iluminada con velas y algunas antorchas, que parecía incrustada en el corazón del laberinto.

Lo que vio allí lo dejó sin aliento.

Capítulo 53

Damián sujetó los párpados de Susie con dos dedos y acercó la cuchara a su ojo izquierdo.

—Así, desde el exterior —dijo—. No te muevas.

El filo romo buscó la comisura del párpado y empezó a hurgar entre el globo ocular y el hueso. La chica balbuceaba incapaz de defenderse mientras la cuchara subía y bajaba, internándose por la cuenca hasta topar con los filamentos nerviosos. La sangre empezó a resbalarle por la mejilla.

—Déjala, hijo de puta. —Carla lloraba forzando la mirada todo cuanto podía hacia su derecha.

—Ten paciencia —murmuró él sin prestarle atención. Estaba concentrado en inclinar la cuchara, en rodear la abertura haciendo palanca levemente hacia afuera—. Enseguida será tu turno.

¡Yetch!

El globo ocular de Susie salió con suavidad y se quedó colgando como un péndulo. Damián lo miró satisfecho. Recuperó las tijeras y cortó el nervio cuidadosamente. El ojo cayó sobre el plato como un huevo cocido.

—Qué bonito.

Dejó a la muchacha lloriqueando, con negras burbujas de sangre brotando de su cuenca mancillada, y se desplazó en su taburete de ruedas hacia la inspectora. Sacudió la cuchara en el aire como quien agita un termómetro para despejarla de restos de Susie y la colocó sobre el ojo de Carla.

—Puedes apretar el párpado todo lo que quieras —le dijo—. ¿Qué te hace pensar que me importa un carajo romperlo?

Con el sonido pastoso de unos dedos entrando en gelatina, la pieza de metal se coló por el lateral del ojo. Como había hecho antes, Damián empezó a girarlo.

Segundos después el globo ocular de Carla rodaba en el plato junto al de Susie; parecían dos pequeñas bolas de billar. Las mujeres lloraban exhaustas.

—Uno verde y otro azul... ¿O es gris? Mucho mejor. Ahora os los cambiaré.

El conductor tomó entre sus dedos el ojo de Carla y se acercó con él hacia Susie. De repente se detuvo. No estaba seguro de haber oído lo que creía que... No, no podía ser. Sin embargo, lo escuchó de nuevo. Dejó otra vez el globo ocular en el plato y arrojó este sobre la mesa, se levantó

de la silla y, cogiéndolas por los pelos, arrancó las cabezas de las dos mujeres de la pared. Las arrastró por el suelo como dos fardos y las sacó del taller hacia el zulo. Las volvió a encadenar y cerró la puerta.

No podía ser. Ahora no.

Capítulo 54

El extraordinario salón tenía forma de bóveda. Estaba excavado en el cemento y en sus paredes había árboles pintados, montañas e incluso un río, pero con un arte tan burdo y grotesco que causaba pavor. No obstante, el mayor espectáculo se encontraba en la pared del fondo, donde encima de una tarima de madera se había dibujado, con un poco más de esmero y lujo de detalles, el interior de una casa de muñecas de proporciones gigantescas. Aquella monstruosidad tenía salones, una cocina y varios dormitorios, y a sus pies, posando junto a la entrada como para una fotografía, más de quince horribles criaturas con forma humana. El policía no pudo contener el vómito, que lo asaltó como si todo su interior se hubiera dado la vuelta. Todavía fue peor cuando se atrevió a acercarse al grotesco escenario, porque a la náusea se unió el horror de comprobar que todas aquellas marionetas estaban construidas con partes de diferentes personas y ensambladas entre sí como retales de distintos vestidos. Eran figuras compuestas de miembros humanos cortados y zurcidos.

El irlandés sacudió la cabeza y, al girarse, encontró al conductor apuntándole con el revólver de Carla desde la puerta.

—Preciosas, ¿verdad?

En realidad Damián no esperaba respuesta.

Al verse encañonado, Matt tuvo que tirar el tablón de madera al suelo. El viejo tenía los dedos manchados de sangre.

—Está loco —contestó arrastrando las sílabas.

—Qué sabrás tú, imbécil. Muévete.

El anciano le indicó con la punta de la pistola que se apartara del escenario. Matt retrocedió hacia la pared mientras Damián se acercaba a sus muñecas, contemplándolas emocionado.

—Este es mi regalo para Linda.

—Linda está muerta —gruñó el policía y se ganó la mirada de odio del chófer—. Ahora mismo deben estar abriéndola en canal encima de una mesa de aluminio.

—¡No! —gritó el viejo tapándose los oídos con las manos.

Matt aprovechó el momento de zozobra de Damián para darse la vuelta, arrancar una de las antorchas de su soporte en la pared y arrojarla contra la tarima de la casa de muñecas. La saturación de gases alrededor de las figuras era tan grande que en unos segundos las criaturas quedaron envueltas en llamas. El viejo empezó a chillar, incapaz de controlar el desastre, mientras Matt corría para llegar a la entrada. Damián lo vio y disparó furioso, pero no acertó y el pelirrojo logró abandonar el salón. Damián salió detrás de él y se encontró de repente con un codazo que lo dejó temblando en el suelo. El policía se había escondido detrás de la puerta.

Matt dio una patada a la pistola antes de que el viejo pudiera recuperarla y se abalanzó sobre él.

—¿Dónde las tienes, hijo de puta? —gritó zarandeándolo por la pechera.

Aunque Damián estaba demasiado aturdido para contestarle, el policía escuchó una voz que lo llamaba desde algún lugar de aquel infierno.

Capítulo 55

«No lo había soñado, eran disparos», se dijo Carla.

La inspectora se desangraba a través de la cuenca vacía del ojo. Aun así, al oír las detonaciones tuvo la sangre fría de permanecer completamente inmóvil, en silencio, esforzándose por averiguar de dónde procedían. Solo se le ocurría una persona capaz de encontrarlas.

—¡Matt! —chilló.

La hija del policía estaba inconsciente, aún seguía drogada y había perdido tanta sangre como ella.

—Papá... —Susie llamaba a su padre con un débil hilo de voz.

Sin dejar de gritar el nombre de Matt, Carla intentó reanimarla. No podía perderla tan cerca del final.

Pero pasaban los minutos y solo el silencio había seguido a aquellos disparos. Ni más tiros ni voces ni pasos, ninguna señal que avivara sus esperanzas de salir vivas de allí.

Cuando terminó de entender lo que estaba sucediendo, se dio cuenta de que hacía un par de minutos que había dejado de llamar a Matt. Tenía la mirada clavada en el filo luminoso de debajo de la puerta. Miraba aquella pequeña porción de suelo con su único ojo inundado en lágrimas, deseando que a ella también le hubieran inyectado una sobredosis. De pronto, la sombra de unos zapatos bloqueó la luz. Alguien se había detenido delante de la puerta. La pelirroja quiso gritar, pero el miedo le hizo contener la respiración. ¿Y si no era Matt? Quiso girarse para proteger a Susie y enseguida recordó que estaba encadenada. Entonces, tras tres golpes secos, el candado saltó por los aires y el Rojo derribó la puerta.

—Matt... —murmuró Carla.

El policía intentó forzar los grilletes que encadenaban a Susie a la pared, trató incluso de arrancarlos del muro con las manos, pero no consiguió más que lastimar a su hija. Necesitaba algo para hacerlos saltar, así que se agachó en la oscuridad y tanteó el suelo buscando cualquier cosa punzante con la que forzar la cerradura. Entonces escuchó el silbido del aire cortado por el filo de un machete.

—¡Yetch!

El cuchillo le había pasado cerca, por encima de su cabeza, y se había clavado en la puerta del armario. Carla empezó a gritar. Se dibujaba en el umbral la silueta contrahecha del chófer, que forcejeaba para liberar su arma de la madera. Matt no esperó tanto, se levantó y lo agarró por los brazos, desgarrándole la herida de la axila, impidiéndole reaccionar. Lo empujó con todas sus fuerzas para apartarlo de allí y lo arrastró por el pasillo hasta que, de pronto, al llegar a los escalones que bajaban al taller, los pies de Damián perdieron contacto con el suelo y salió despedido de espaldas contra uno de los ganchos vacíos. El golpe fue tan brutal que cayó con todo su peso sobre el filo del garfio y quedó ensartado, desgarrándose por dentro.

El irlandés chasqueó la lengua con sarcasmo.

—¡Yetch!...

Capítulo 56

Convertido Damián en una masa informe de carne palpitante, colgada del techo como una piñata de sangre y vísceras, los hombres de Almeida tuvieron tiempo para encontrar, repartidos entre el taller y la hoguera humana de la habitación principal, los restos de muchos de los *perdidos* que llevaban ocho años buscando.

Capítulo 57

Las llaves de los grilletes estaban sobre la mesa del taller. Matt solo pensaba en abrazar a su hija.

Playa Blanca, mayo de 2014

Nota del autor

Una ciudad respira de la memoria de sus calles y del latir de sus gentes. Durante mis años de estudiante y sobre todo después, en mi época de agente comercial, aprendí a conocer y a adorar la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria. Desde la playa de Las Canteras hasta el barrio de Vegueta he conocido personas y he compartido historias que han alimentado este pequeño homenaje al alma de mi ciudad. No todo lo que aparece en esta última parada es real, pero sí que es, al menos, muy parecido. Desconozco cuántos casos más investigará Matt, *el Rojo*, pero sí sé dónde vivirá la mayor parte de ellos.

Por otro lado, una novela como esta no se puede escribir sin el apoyo de familia y amigos —mis fieles lectores cero comprometidos con la causa— ni sin el aliento de una madre, aunque le siga costando leer las truculencias de su hijo. Esta novela viaja, además, a lomos del apoyo incondicional de Eli, mi guía durante el camino, y de muchos compañeros escritores con los que vivir estas aventuras resulta más fácil y divertido. Gracias, Víctor, tú sí que eres la ley.

Para todos ellos y para ti, lector, que siempre estás ahí, muchísimas gracias.

¡Yetch!



Miguel Aguerralde, residente en Lanzarote, es maestro de primaria y escritor de novelas de suspense y terror. Es miembro de Nocte (Asociación Española de escritores de terror), colaborador en varias publicaciones literarias y articulista en la revista local *Yaiza te informa*. Ha participado en no pocas antologías de relatos, como *Taberna espectral* (23 Escalones, 2010), *Errores de percepción* (DH Ediciones, 2011), *Monstruos clásicos* (Cultura H, 2011), *Ilusionaria* (Asociación Matrioska Fons-Mellaria, 2011), *Calabazas en el trastero. Especial Clive Barker* (Saco de Huesos, 2012) y *Postales desde el fin del mundo* (Editorial Universo, 2012) entre otras, y hasta la fecha ha publicado cuatro novelas de terror policíaco: *Claro de Lunay Noctámbulo* con Ediciones Idea en 2009 y 2010, y *Los Ojos de Dios* (2010) y *Última parada: la casa de muñeca* (2012) con 23 Escalones.

Más información en la web
www.miguelaguerralde.com
ZWA Agencia Literaria

El fabricante de muñecas
Miguel Aguerralde

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Miguel Aguerralde, 2014

© **ZW** Agencia Literaria, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2014

ISBN: 978-84-08-13232-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S. L.,
www.victorigual.com

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

[Despiértame para verte morir](#)

Miguel Aguerralde

[La extranjera](#)

Asrid Nielsen

[El hombre de Grafenech](#)

Félix Jaime Cortés

[La clave Ishtar I. Overture \(epub 2\)](#)

Alexander Hawks

[La clave Ishtar I. Overture \(epub 3\)](#)

Alexander Hawks

[Todo lo que nunca hiciste por mí](#)

Rafael Avendaño / Juan Gallardo

[En la oscuridad](#)

Miguel Aguerralde